

MALKAVIAN

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.09)

STEWART WIECK

"Clan Novel: Malkavian" © 2000

Traducción: Manuel de los Reyes

PRIMERA PARTE:

«AL OESTE»

_____ 1 _____

VIERNES, 8 DE AGOSTO DE 1788, 8:08 PM

FAUBOURG SAINT-DENIS PARÍS, FRANCIA

No brega como lo hará en su día el príncipe confederado.

Al anudar tanto éste como otros cabos sueltos aún por desatar, veo que esta víctima, esta primera víctima voluntaria, ha inspirado un motivo revolucionario. El que se forja en las tierras que me rodean. Mi potencial (mas no, cómo oso siquiera plantear tal idea), mi inminente abandono de la senda que Dios desplegó ante mí hace tantos y tan curvos kilómetros.

La ambrosía que alimenta mi éxtasis, mi dolor y mi gesta forma parte de mí. Con ella llega un torrente de interrogantes cuyas respuestas, a mi pesar, no alcanzan siquiera la octava parte de lo que

cabría esperar.

Un brujo poderoso bebe de esta ambrosía a su vez, mas junto a él veo tres ojos que alumbran desde una distancia infinita de tinieblas. El brujo llega tan lejos como para considerarlo un mensaje o, cuanto menos, una revelación. Ni más ni menos que lo que yo recibo pues, ¿cuan grande es el perro en comparación con la pulga? ¿Y a la inversa?

Mas también la oscuridad se cierne sobre mí y siento cómo se cierran las tapas del libro sobre este momento, aunque no sea, alabado, más que la inauguración de una serie de finales. El trío mira más allá del brujo y se fija en mí. El perro no ve a la pulga, por lo que al ver yo veo más que él.

Ya la sangre acerca la Ruptura de los Tres.

Prosaico, se diría, a no ser por lo que pudiera haber visto antes sin obtener beneficio alguno de lo que ahora me es revelado. Qué curioso resulta ver el puzzle cuando faltan todas las piezas. Aunque, hablando de rompecabezas, se plantea ante mí uno muy interesante, si bien el rastro es demasiado débil como para que lo siga este orondo rey que husmea por los bosques a solas en pos de su presa.

Así los niños andarán siempre tras los pasos de sus padres, tal es el perfume tercero que destila esta sangre.

Aquí la fragancia estimula el apetito de un chiquillo martirizado por los calambres del hambre. Nada más que el alimento salido del horno y la esposa del hornero podrán satisfacer esta ansia. Habrá banquetes tras la hambruna, mas no para los que se sacien ahora.

¡Ah, un rastro aún más intrincado! ¿Acaso pretendo que Dios, tan inestable como el hornero que lo sufre, ocupe el segundo lugar bajo sus hermanos? Poco importa que el chiquillo sea el tercero después de eso. O puede que Él esté ahí, tan descuidado con los míos como nimio le resulta el bienestar de sus más diminutas creaciones. En cualquier caso, la tormenta que aquí se desate barrerá al perezoso monarca.

Siento cómo cambia mi rumbo.

Ahora siento cómo se eleva una resplandeciente bestia dorada que alza su testa sobre las olas del mar escarlata. Su sinuoso reptar la lleva primero y con sigilo a la tierra del águila que aprende a volar.

¿Sería demasiado abrupta mi despedida? Secretos a montones se ocultan entre las volubles dunas de comino y canela, si bien no serán los secretos sino la sorpresa lo que desplume al águila de aquí a siglos vista. Quizás, en otra vida, me vuelva a aventurar en aquellos parajes, aunque sea por las tierras del Pacto donde mi pobre mártir previo que habría de discurrir mi camino. Mas esto me resulta transparente y dudo que mi auténtica senda atraviere nunca derroteros tan límpidos.

Atuso y retiro el cabello que cubre la frente ensangrentada del moribundo. Más sangre, más Signos, la voz de un demonio. Todo aún por venir. Mi víctima voluntaria sigue quieta. Bien. No lamenta su sacrificio. Bien. Lo contrario sería terrible. Desciendo en busca de más.

La muerte de otro mártir me recibe en la sangre de aquel que me nutre. La pobre mujer, la última de su nigromante saga, la que llaman "ángel" del Octavo segada para poner fin a su línea, aunque la existencia de los mercaderes de Venecia pretenda desmentir tal conclusión.

¿Tanto tiempo ha pasado? La muerte del ángel. La diablerie del brujo. La creación del Pacto. La Guerra de los Hijos. La Ruptura del Trío. Incluso el séptimo se ha sellado ya aunque aún no haya terminado: la telaraña del Maestro Constructor se teje y un gran poder amenazará a su tierra natal al este de aquí, así como a la enorme isla por la que los decadentes holandeses pagaran primero una miseria en oro y luego una fortuna en guerras.

¿Y el último de sus ocho? ¿Habré de devorar tal visión con la sangre? ¿Buen Dios, habré de reclamarte? Sin duda ésta es la voz de su demonio en lugar de su profética visión. Sí, aún hay vida en él. Quizás debiese devolverle todo lo que le he cogido prestado. Todo y más. Toda y la mía. Octavio, ¿se invertirán nuestros caminos? Veo cómo se confirman mis pesadillas. ¿Para qué la verdad si habrá de tragársela esta tierra?

Una inmensa tormenta engulle al mundo.

Montañas licuadas anegan las llanuras, taponan los ríos, inundan los mares. ¿Habrán de importarme los incontables muertos? Ahora que Él ya no anda tras mis pasos, ¿qué podría atarme a esta

monstruosa labor? ¿A esta majestuosa labor?

Si estuviera dispuesto a desangrarme en aras de otro ante la sola visión de tamaño futuro, ¿por qué habría de desear ni contemplar siquiera la posibilidad de sobrevivir en esta tierra apocalíptica?

Sí, te escucho, demonio. Parlotea tus planes enloquecidos a mi oído como hicieras al de mi difunto compatriota, pero yo sé más que él. Él buscaba librar al mundo de ti, mas tus patéticos planes palidecen al compararlos con los poderes que percibo. Temo el precio que haya de pagar mi frágil mente por tu culpa, pero es el futuro lo que me preocupa. El tuyo es un papel de comparsa.

¿Es orgullo desatado lo que habrá de motivarme? ¿Tan poco es lo que me dicen mis visiones?

Soy humilde.

¿Es ansia de poder lo que habrá de motivarme? Con la sangre del Octavo en mi interior es mucho lo que he logrado, mas, ¿tan poco es lo que me enseña la lección del brujo y su consiguiente caída?

Soy débil.

¿Es el deseo de conservar mi humanidad lo que habrá de motivarme? ¿Tan poco es lo que aprendo de este sacrificio voluntario?

Soy un monstruo.

Así sigo sin encontrar la respuesta. Ahora, si ya he caído derrotado, ¿qué pérdida supondría mi fracaso?

Habré de salvar el mundo. Ni siquiera me atrevo a permitir que mi mente subconsciente ronde mi plan más allá de ese punto.

Si es que alguna vez tuve un plan.

No se da el caso.

Pero, si lo tuviera, no lo rondaría.

¿O sí?

Ah, no me hagas caso, Dragón. Estoy loco.

Loco.

SÁBADO, 28 DE JUNIO DE 1997, 1:33 AM

ORILLAS DEL RÍO MILJACKA, SARAJEVO, BOSNIA-HERZEGOVINA

La alternancia de luces y sombras resulta monótona. Las nubes apresuradas ocultan el sol y luego permiten que caiga sobre mí. Claro que aún no era un paria el día que estuve aquí. No aquí, aunque la conexión me seduzca y transporte diáfana las canciones de los asesinos para que reverberen en las osamentas de quienes cayeron ante ellos, algunos de los cuales se amontonan en el fondo del río.

Ahora los veo, atrapados entre desperdicios o por el accidentado lecho del canal, con la carne mondada despacio por el toque del agua o desgastada por las caricias de los depredadores. Por un instante veo la hinchada y amorfa figura de una serpiente de las profundidades marinas, cuajada de tentáculos y otras protuberancias menos discernibles gracias tan sólo a que la facultad de arrastrar importa poco en las gélidas simas.

Me olvido de la serpiente de inmediato. Debo. Pero entonces me pregunto si aquello sería una serpiente... o algo más. Lo he olvidado, o me he visto obligado a olvidarlo. El recuerdo no pasa ya de un punto de luz que no cesa de menguar.

Claro está que tampoco era de día. La batalla que se libra en estos momentos depositó las tropas ensangrentadas sobre mi regazo en la llanura. Aquí, un río fluyó durante miles de años antes de que cualquiera de los hombres que se convertirían en dioses, dioses del sol, hijos de los dioses, o nuncios de Dios, imaginaran una jerarquía mayor que la que existe entre los primates a los que uno ha de considerar bestias menores.

Así que, a cientos de kilómetros de distancia, las tropas cargaron colina abajo tras de mí. Igual ocurre hoy, pero la oleada de hordas cubiertas de lentejuelas será inexorable y con el tiempo erosionará las fuerzas del príncipe que haya de morir este día, con su cruz enterrada en la arena bajo la sombra de la mezquita. Así comienza la canción cuyo estribillo se beneficia del eco de los disparos entre las trincheras que separan a los hermanos y resuenan en el valle de la tierra que me rodea. De la que me rodea ahora.

La batalla ruge durante días, pese a lo que los minutos continúan

desgranándose con individual exactitud. Entre cada uno de ellos habita un nanosegundo cargado de atronadores cascos al galope multiplicados hasta entonar un cacofónico coro de agonía. ¿Cómo consigue mantener su lentitud el tiempo tras tantos siglos de repetirse a sí mismo?

La sangre coagulada que forma un charco a mis pies me proveerá de luz, aunque sigo sin entender el porqué, dado que la sangre nunca ha conseguido arrojar luz sobre nada, aunque sea por un atisbo de su verdad por lo que persisto. Antes de que despunte el alba, obtendré una iluminación aún mayor. Me encojo junto a los hombres moribundos y mutilados, pero ahí acaban mis movimientos. Si las pezuñas de los caballos sedientos de sangre han de aplastarme, sea. Vana esperanza. Sé que sobreviviré a ese día. No soy sino un buitre atraído a estas tierras por el olor de la verdad que encierra la sangre, cuya fragancia jamás había exhalado tal dulzura. ¿Por qué? ¿Tan fresco es el rastro de los heridos?

El martilleo de los cascos de los caballos y el estrépito de los moribundos consigue aumentar de intensidad. El constante rumor del río que ya no está aquí llega a desaparecer y la caballería pasa junto a mí de nuevo, en esta ocasión sin desvanecerse. Los corazones que laten en sus pechos bombean la sangre en la que me baño.

Sin previo aviso, el roce de la punta de una lanza rota me da la vuelta y descubro que el tiempo se ha ajustado a mi percepción. Se completa otro círculo. La segregación primordial que inunda la llanura traga, reemplaza y empequeñece a la sangre. Esa serpiente que brega en la insondable profundidad de la linfa se niega a que la toque cuando hundo una mano en el río y no consigo agarrar más que un puñado de fétido cieno.

Cuando el barro se escurre descubro un manojo de balas entre los dedos. Sea lo que sea lo que va a ocurrir, ya ha ocurrido. Vuelvo a estar cerca. Quizá más cerca que nunca.

SÁBADO, 28 DE JUNIO DE 1997, 4:41 AM

ORILLAS DEL RÍO MILJACKA, SARAJEVO, BOSNIA-HERZEGOVINA

Para ser sinceros, no consigo recordar por qué hemos regresado a Sarajevo, aunque no me corresponda a mí meditar sobre el futuro; ésa es la labor de mi compañero, Anatole, al que llaman el Profeta de la Gehena. Dentro de mi cabeza me resulta sencillo ver este afligido escenario tal y como se nos presentó la última vez que estuvimos aquí. Ésa es mi labor. He de recordarle a Anatole las veces en las que el pasado parecía asemejarse al futuro que intenta comprender, lo cual ocurre a menudo. De ahí mi importancia como acompañante, además de como observador.

Anatole vuelve a visitar una pequeña terraza desde la que se domina el río Miljacka. El terraplén, un yermo la vez anterior que estuvimos aquí, ha sido reparado desde entonces. Nuevas plantas arraigan, una desvencijada muralla presenta signos de reciente reconstrucción y, lo más destacable, no hay cadáveres. Tampoco es que me esperase ninguno de resultados del hambre de Anatole, dado lo frugal de su dieta, consistente en ocasionales vampiros dotados de sangre tan potente que consiga resistir durante años gracias a su poder. Lo que vemos son cuerpos acribillados por las balas de los francotiradores en nómina de Belgrado.

Pero ése es un pasado que, con toda probabilidad, sólo pocos más aparte de mí mismo consigan recordar. Lo mismo se puede decir de la importancia que entraña la fecha de hoy. Otros pasarán por lo mismo una y otra vez sin aprender jamás, y no sólo los mortales, dotados de una memoria tan fugaz y homogénea como el impulso reproductor de un conejo. También algunos Vástagos (sí, incluso la inmortal Estirpe) son olvidadizos. Esos Cainitas de mente débil terminan por ser los que encuentran la muerte al final, los que no persisten durante siglos tal y como Anatole y yo mismo hemos conseguido.

El Miljacka es oscuro y mucho más profundo que el mitigador firmamento. Anatole lleva horas aquí, bajo la intermitente luz de una farola que ilumina a intervalos la cabeza inclinada que escruta las

simas del rápido curso de agua. El río abofetea con rudeza las toscas paredes de su lecho. El hedor, pesado y metálico, de las aguas de la ciudad se eleva hasta más allá de la planicie para inundar la calle que yace detrás y por encima de nosotros. En medio de esto se yergue Anatole: sucio, con el cabello apenas aún rubio colgando en largos mechones desaliñados que le ocultan el rostro por completo. Los harapos con los que se cubre fueron un hábito en su día, ya que las inclemencias del mundo mortal que no pueden horadar su carne aún encuentran el modo de raer la lana. En medio de esta antigua obra de mampostería, ataviado de tal guisa y con las tinieblas cubriendo los escasos edificios modernos que han sobrevivido a los brutales bombardeos, Anatole podría pasar por un monje medieval. De no ser por sus Birkenstocks, un par de buena calidad que adquirió a finales del invierno del año pasado en Alemania, aunque incluso las sandalias podrían pasar por el sencillo calzado propio de una época anterior.

No me ha preguntado acerca del pasado, por lo que presumo que piensa en el futuro. Sin duda el viaje que nos ha traído hasta aquí no tiene nada que ver con el pasado, pues lo único que me pidió fue que me acordara de este terraplén, y de los aterrorizados mortales que correteaban en las cercanías, musitando oraciones y conjuros para que la ineludible bala no astillara sus huesos, sino el cemento bajo sus pies o, al menos, los huesos del siguiente carroñero.

Me temo que en Sarajevo, o puede que en Yugoslavia en su conjunto, pero sobre todo en Bosnia, Anatole ve un reflejo de sí mismo. Ambos buscan sin cesar la unión de lo dispar (pues Bosnia sumaba cuatro religiones y al menos tres identidades culturales principales, mientras que Anatole intenta reconciliar sus visiones con las experiencias de una vida y las creencias cristianas que en su día le fueron más queridas que ahora) pero ambos, en el ínterin, albergan una enorme desconfianza, o paranoia, o incluso maldad que en cualquier momento podría desatarse y consumirlos.

Devoraron a Bosnia y escupieron a Sarajevo. Los años de la no vida de Anatole se han visto marcados más por su carácter depredador, tanto de ganado como de Estirpe, que por cualquier posible miedo a convertirse él en víctima. Así y todo, las fuerzas que operan dentro de su cabeza amenazan sin cesar con abrumarlo y

aniquilarlo. Lo único que desea es conocer la verdad antes de que la Muerte Definitiva lo reclame. Lo que desconozco, con total sinceridad, es si esa verdad será sólo para él, o para todos los Vástagos, o para todos aquellos que caminan sobre esta tierra. Puede que ni Anatole mismo lo sepa. Quizá sólo descubra lo que quiere cuando lo encuentre, lo cual debe de ser una pesada cruz con la que cargar.

Unos cuantos coches cruzan la carretera que queda a nuestras espaldas con la velocidad asesina que caracteriza a los europeos. Me distraen, aunque no a Anatole, que se arrodilla despacio sobre la orilla de la agrietada terraza. Se parece al penitente cristiano que fuera hace dos siglos, antes de que abandonara su fervor religioso poco después de la Revolución Francesa. Fue más o menos por aquel entonces cuando lo conocí. Desde aquel momento, claro está, he viajado con él.

También por aquella época fue cuando los entresijos de la Yihad llegaron a fascinarlo más que ninguna otra cosa.

Anatole había creído que era Dios el que dirigía sus manos para asesinar a otros Vástagos y consumir su sangre, sus conocimientos y su poder. Por aquel entonces ya sabía, creo, demasiados secretos como para creer en Dios o al menos como para albergar la creencia de que él era uno de Sus agentes. Los príncipes de toda Europa exhalaban un suspiro de alivio al ver cómo se reducía el riesgo de verse algún día obligados a acabar con él si lo atrapaban cometiendo diablerie en sus ciudades.

Lo que pretende ahora Anatole es desvelar la Gehena, el supuesto final de todas las cosas, de la que la Yihad no es sino un producto. O quizá sea la Yihad, la interminable batalla que enfrente a la Estirpe, lo que desate la Gehena.

Lo extraño, no obstante, es que los enormes poderes que hacen célebre a Anatole, los que él creyó inspirados por una intervención divina, no se hayan evaporado del mismo modo que la fe del Malkavian.

Sí, Anatole forma parte de esa incomprendida línea de sangre. Locos, los llaman. Sabios, dicen otros. Yo siempre he tendido a creer a aquellos lo bastante honestos como para ensalzar a los demás antes que a sí mismos.

Anatole se estremece de pronto e hinca una rodilla en el suelo.

Miro alrededor en busca de indicios de cualquier enemigo, puesto que se ha granjeado algunos que bien podrían atreverse a atacarlo con la intención de destruirlo. No veo a nadie. Al instante siguiente, el Malkavian vuelve a estar de pie como antes. Cuando se inclina al borde del Miljacka, lo que pretende Anatole cobra sentido. Para mí, al menos, pues comienza un ritual que ya he presenciado unas cuantas veces; la última, antes de un asesinato en esta misma ciudad que desencadenó lo que los mortales llaman la Primera Guerra Mundial. Así que supongo que no debería sorprenderme de verlo de nuevo a nuestro regreso a Sarajevo.

El Malkavian extrae un afilado cuchillo de entre los pliegues de su sucio hábito y, con gesto ceremonioso, lo deposita a su diestra. Luego se quita la túnica para desvelar un torso desnudo y una figura nervuda y musculosa. Se descalza, extrae una larga cartera de cuero de la parte delantera de sus pantalones y la deja junto a las sandalias. Entonces se zambulle en el agua, con los tiznados vaqueros por todo avío. También de ellos se desembaraza Anatole, asido a una protuberancia de mortero, antes de enfrascarse en el somero esfuerzo de frotarlos para luego sacudirlos con fuerza contra las rocas del terraplén que se yergue ante él. Los húmedos chasquidos resuenan como el trueno de la resaca a primera hora de la mañana.

Se suelta para sumergirse en el agua.

Transcurre el tiempo.

Cuando emerge, Anatole se encuentra a cierta distancia río abajo; la corriente ha tirado de él incluso cuando se encontraba en el fondo. Unas poderosas brazadas lo devuelven a la orilla y a su anterior asidero. De un fuerte impulso, se iza del río y aterriza en la orilla, donde el agua forma una cascada que baña su cuerpo y se derrama sobre las grietas del suelo que desembocarán de nuevo en el río.

Se lleva ambas manos a la cara y se aparta el cabello, ya rubio sin lugar a dudas, de los ojos, recogéndolo detrás de las orejas. Los brillantes orbes así revelados son profundos como los de un místico. Posee lo que sus hermanos franceses aún llaman *un je ne sais quoi*, una cierta calma, un magnetismo indudable, un aura de confianza... un algo indescriptible.

Todo ello aumentado porque es un hombre atractivo, al menos

cuando se asea y pueden distinguirse sus rasgos aristocráticos: nariz delicada, pómulos altos, mandíbula marcada. Se inclina para recoger los pantalones, los retuerce y escurre el agua que los empapa. A punto está de desgarrar el tejido con el apretón final que elimina hasta la última gota de la tela vaquera.

Tras ponérselos, vuelve a sentarse en el mismo lugar que ocupara momentos antes. Anatole ase un puñado de cabello con la mano izquierda, recoge el cuchillo con la derecha y cercena una rubia maraña de su cabeza. Trabaja con minuciosidad, con los ojos fijos de nuevo en el río adonde arroja los mechones, hasta pelarse casi por entero.

Algo está a punto de ocurrir. El Malkavian sólo se prepara de este modo cuando presiente la proximidad de algún acontecimiento. Podría ser que se encuentre cerca de algún hallazgo conceptual; o que sus visiones le hayan dicho que se prepare para lo desconocido; o que supiera a ciencia cierta que algo va a ocurrir antes o después. Lo más probable es que nadie salvo Anatole conozca la naturaleza del acontecimiento, o al menos su auténtica naturaleza, hasta que hayan transcurrido muchos años. O nunca.

El cuchillo descartado por Anatole hiende la corriente con un débil chapuzón y el Malkavian envía también el manchado hábito a reunirse con las aguas. Su mirada se desvía a la derecha para observar cómo la corriente arrastra la túnica lejos de allí. Vuelve a inclinarse sin dificultad para recoger la cartera de cuero de entre las piedras, la encaja en la parte delantera de los pantalones mientras se da la vuelta, le ofrece una enigmática sonrisa al firmamento y salta del terraplén a la carretera, donde para un taxi.

Estoy a su lado, desde luego.

El tiempo es un terreno como cualquier otro. Puede mostrarse hostil, tentador, o indiferente.

Cuando soy un depredador que persigue a su presa por el escenario del tiempo, espero que mi trofeo, una vez acorralado, se muestre de alguno de esos modos. Mi enemigo, hostil, me encontrará; tentador, me recibirá. Es del contrincante indiferente del que huyo y, por desgracia, es el tipo que abunda. Qué lamentable y, sin duda, aterrador toparse con un objetivo al que por una parte le da igual que puedan seguir su rastro y, por la otra, sabe que eso no va a suceder.

La senda del Dragón serpentea ominosa entre estas calles destrozadas. Veo su mano tras las bombas de este siglo creciente, como ocurría con las de su etapa menguante, sí. Ya entonces me había fijado en ellas, antes de que el mundo se hubiese zambullido en el temprano episodio de brutalidad e ignorancia que caracteriza a esta era, sólo que entonces el rastro ya se había enfriado. He tardado mucho tiempo en descubrir su calor.

Empero, el tiempo no entraña verdadera excelencia, ni siquiera ninguna consecuencia de consideración, salvo por el hecho de que incluso una enorme porción de lo finito sigue siendo menos que cualquier migaja de lo infinito. Yo las tendré a ambas, por lo que también yo seré frío y caliente cuando llegue la hora.

Mas, ¿cómo es que sé estas cosas? Y, ¿de qué manera afecta a mi búsqueda? Debo justificar el fin de acuerdo con los medios, por lo que sigo adelante.

Del mismo modo que la locura del hombre sigue adelante sin nadie que la controle, sí. Pero también encontramos disparates entre los no muertos. Lo que ocurre es que ellos no gozan de la excusa de la ignorancia, pecan de desidia. En el caso de los mortales, sobran las palabras; tanto es lo que se puede decir tan deprisa acerca de tan poco cuando repasamos el estado y contenido de estas mentes.

Fue un disparate lo que trajo al aguilucho aquí en el día de hoy. Los lobos eran seis y las alas del aguilucho estaban condenadas a recibir alguna dentellada. Cuatro de los lobos fueron tímidos, el quinto no tuvo éxito... pero el sexto... era un lobeño ni de mejor raza ni de mayor valía que los demás, pero fue su ataque el que ni vaciló ni erró.

Salgo del coche cerca del lugar donde se había derramado la sangre del heredero. Forma un charco a mis pies, encuentra pendiente donde no la hay, entre los guijarros sobre los que ya se ha pavimentado. La líquida tensión sostiene al charco carmesí en su sitio durante un instante, pero el retroceso del rifle levanta olas sobre su superficie que aprovecha para derramarse impune.

Lo sigo.

Busca los desagües, pero el Dragón no le permite que se acerque, así que encuentra las patas del lobezno. Otros peatones lo retienen, pese a haber cumplido ya con su misión; sus disparos se convertirán en heridas mortales para ambos pasajeros. Sus ojos y los míos se encuentran en un momento de intensidad cristalina. El vapor de su arma forma carámbanos suspendidos en el aire, tan fríos son sus ojos.

Mas aquello fue entonces, cuando su mirado no revelaba sino idealismo y vana filosofía. Ahora los ojos son más cálidos, y la pistola humea. Son demasiadas las bombas que han intentado ahogar este trivial sonido como para permitir que se apague.

Se lo llevan en volandas y observo mientras lo extienden ante el heredero aguilucho. La sangre de éste se convierte en bronce líquido y su senda permanece inalterada: un reguero que discurre entre mis pies hasta las zarpas del lobezno, ahora panza arriba. El reguero se torna marea que, en cuanto toca esas patas, se vuelca sobre el cuerpo con una erupción de vapor que estremece a los peatones aún arracimados. El lobezno se transforma en una gruesa lámina de maleable bronce al rojo y el aguilucho en una tosca escultura que aún logra conservar la estampa del heredero.

Comienzo a atacar y moldear el bronce con un martillo de herrero que descubro asido con firmeza en la mano. Con cada golpe reduzco su tamaño. Con cada caricia el aire resuena y vibra algo más deprisa. Los sucesivos martillazos desencadenan tal vendaval que el viento no tarda en volverse cortante y, cuando se desata, los peatones apelotonados quedan reducidos a trizas que se apresuran a abandonar la periferia de mi visión entre chillidos, hasta desaparecer por completo.

Mientras tanto, la escultura del heredero tiembla y cae en un

foso que, al parecer, uno de mis martillazos ha abierto a sus pies. En lugar de desaparecer, no obstante, es reemplazada de inmediato por otra forma que se derrama desde algún agujero practicado sobre mi cabeza, como si todo el mundo estuviese construido en niveles que caen hacia abajo igual que fichas de dominó.

También el nuevo cadáver es una escultura, aunque espantosa, más rata que noble águila. En cualquier caso, se trata de una transformación que la devuelve a su propia vida, parodiada por la desaparición del heredero. Pese al horrendo semblante deformado en la roca, me arrodillo junto al cadáver y hundo el dedo en su corazón inmóvil. La sangre forma allí un charco, del que extraigo una gota en la yema del dígito.

Inexorable, inscribo una leyenda en la placa de bronce que tengo a mi lado.

Sé que estas palabras ya se han escrito antes.

SÁBADO, 28 DE JUNIO DE 1997, 5:18 AM

PUENTE PRINCIP, SARAJEVO, BOSNIA-HERZEGOVINA

El conductor no se atreve a mirar hacia atrás. En el agrietado espejo retrovisor veo cómo el sudor de su cejo tiembla y refracta la tenue luz de una farola. Afronta con manos trémulas la curva pavimentada a orillas del río. El motor, mal calibrado, obliga al coche a estremecerse en medio del leve giro. De este modo se tambalea hasta detenerse a escasos metros de un cruce que permite el acceso al otro lado del Miljacka si se atraviesa el puente Princip.

Anatole extrae un arrugado billete de veinte dólares estadounidenses de la enorme cartera de cuero que lleva escondida bajo la parte frontal de sus vaqueros, sucios aún a pesar del reciente lavado. El contraste es asombroso: la cartera, tan deshuesada, corroída y tiznada de varias manchas detestables, y la divisa, blanca y

verde igual que un huevo recién puesto sobre la tierna hierba. Se corta la lengua con el borde del billete para provocar un delgado canal de sangre, antes de aplastar el papel contra la lengua hasta empaparla de rojo. Cuando lo aparta de la boca, un tenaz hilo viscoso se resiste a dejar libre al billete, incluso cuando Anatole lo pega de una palmada contra la maltrecha partición de plástico que suele separar a los pasajeros del conductor.

Registro por un momento el estremecimiento del chófer antes de que hayamos salido a la calle, pavimentada pero sucia, para cruzarla de dos atléticas zancadas. El apagado fulgor de la farola erguida sobre la otra acera proyecta una sombra alargada que danza entre las tinieblas de la vía dotada de una macabra vida propia. Anatole aterriza en cuclillas en la acera que discurre enfrente del taxi y el río. Sus brazos tejen sombras con tal afán que se asemeja a una araña enorme, una obscenidad del tamaño de un hombre salida de otra era, de una época tan antigua ahora como en la fecha del nacimiento mortal de Anatole, hace miles de años.

El conductor no pierde el tiempo. Un breve lamento de neumáticos señala su partida. De repente, nos hemos quedado solos en la calle. Anatole se yergue como un resorte, momento en el que el monstruo desaparece, reemplazado por el filósofo. Pero la impronta del profeta se evidencia en ambos, pues no importa su conducta, su vestimenta ni sus exigencias, Anatole se encuentra inscrito en medio del aura de un ángel caído, es una figura alrededor de la cual se agolpa el futuro. Me imagino a las irritantes sombras, ya apaciguadas, como a musas que recurren a él para recibir sus consejos acerca del futuro que deberían revelar.

Ah, ojalá fuese así de fácil. Ojalá aquellos que lo asaltan en pos de guiños pronosticadores se mostraran tan callados y respetuosos como estas sombras. Ojalá costase tan poco dispersarlos.

Anatole da tres solemnes pasos hacia delante antes de afianzar ambos pies en el suelo. Veo que se alza sobre las huellas impresas del hombre que le dio su nombre al puente cercano, aunque Anatole se ha girado ciento ochenta grados con respecto a la posición del asesino.

Observa una placa inscrita en la pared de un edificio que se

yergue en la intersección que le había indicado al taxista. Estira un dedo hacia ella y deja que su diestro dígito recorra despacio los surcos de las letras impresas. Al irse aproximando al final, aparta la vista y la vuelve hacia arriba como si quisiera examinar la altura de la estructura mortal que tiene delante, aunque su dedo no vacila. Sólo cuando repasa los números que rematan la inscripción, cuando, bien sea de forma metódica o despreocupada, sigue el camino marcado por el "1" y luego el "9", me percató de que sus ojos no ven.

Están abiertos, pero ciegos, algo asombroso de contemplar. Una percepción global para Anatole. Se convierte en una antena que recoge las señales de los dioses y los comunica con el suelo del asesino sobre el que se alza. Cuando los ojos de Anatole se ensanchan de este modo, parece que no vea nada y lo comprenda, que lo vea todo y desdeñe sus secretos. También se da cuenta de mi presencia. Hasta cierto punto, siempre es consciente de ella, o eso espero, pero en momentos como éste engulle mis propios sentidos y mis conocimientos mientras intenta, enloquecido, que encajen las piezas; piezas que, no sólo no encajan, sino que ni siquiera tendrían que haberse percibido.

Su dedo llega al número siguiente, otro "1", momento en el que la inscripción se vuelve a escribir y se forma otro "9" en su lugar. Es tan nimia la evidencia física de este cambio tan obvio que me siento impulsado a desecharlo. Nada de calor ni de humo. Nada de esfuerzo ni de presión. Nada de desmayos ni desvanecimientos de la visión.

El último dígito, un "4" que se transmuta en "7". Es en ese momento cuando me doy cuenta de que los nombres que adornan la placa se alteran a su vez. Uno de ellos me resulta desconocido, pero el otro... Veo que el nombre de un justicar ha reemplazado al del archiduque y no puedo sino asumir que, a partir de este día, su destino será el mismo.

—La muerte de Ferdinand desencadenó una guerra —musito, al oído de Anatole.

Asiente con la cabeza, aunque no sabría decir si lo hace en respuesta a mis palabras o en señal de aquiescencia ante algún pensamiento interior.

De igual modo, recupera la vista, pero sin verme.

–Los paralelismos son ominosos –exhala, con un hilo de voz–. El que me encuentre siquiera cerca de este lugar lo es aún más.

Siento el impulso de sugerir que el simple hecho de encontrarse en Sarajevo tal día como hoy, el más sagrado y místico del calendario del pueblo serbio, invita a los presentimientos de cualquier tipo. Esto es lo que llena las noches del Profeta de la Gehena, y da igual la noche y da igual dónde nos encontremos, siempre nos rodean y acechan similares patrones metafóricos en potencia. Si el Profeta de la Gehena no invitara a lo *verboten*, ¿qué visión podría esperar alcanzar? Anatole estuvo en Kosovo en 1489 y fue testigo de la destrucción de la nobleza serbia, por lo que éste es un ramal histórico que no le resulta desconocido. Yo no le acompañaba por aquel entonces, por lo que no logro entender la fijación ni la relevancia, sino tan sólo el acontecimiento en sí.

Luego le susurra al firmamento nocturno, donde sus palabras parecen cobrar forma y alzar el vuelo para dejar atrás las toscas pinceladas de las primeras luces del alba, sinuosas como constrictores. Sé que me está hablando, pues mi labor consiste en acordarme de esto para poder recordárselo en tiempos venideros.

–Han obligado al Dragón a despertar –dice–, y sus tentáculos intentarán arrancar las trece estrellas del firmamento...

El General poseía un sexto sentido para las emboscadas.

Quizá fuese como consecuencia de los siglos de experiencia, o el equivalente a toda una vida mortal, con sus días y con sus noches, empleada en la batalla. O puede que no fuese sino el resultado de haberse librado de tantas en el pasado.

El General había sobrevivido a muchas ocasiones en las que todas las probabilidades parecían serle adversas. Claro que estas probabilidades carecían de importancia con tal de que los historiadores del ganado tuvieran algo que apuntar, ensalzar y adorar. En cualquier caso, sobrevivir era algo bien distinto de ganar, mas tal era la naturaleza del peculiar sentido del placer del General, que encontraba en la derrota algo que sólo podría describirse con exactitud como excitante. Jóvenes mutilados a su alrededor, volando sus sueños con negras alas mientras su sangre riega la tierra que los rodea.

Disfrutaría durante años con la ironía de la diferencia entre las heroicas historias de los últimos momentos de los soldados y la sucia verdad de la que él había sido testigo. En Little Big Horn. En el Álamo. En la isla de Roanoke. En la caída de Constantinopla.

Y en Termopilas, hace tanto, tanto tiempo, donde comenzó todo, aunque el General no quiera admitirlo. Quizá no pueda, ya que cuanto menos recuerden algunos Malkavian de sus Abrazos, tanto mejor. Se rumorea que los terrores que inflige el Sabbat sobre sus recién engendrados retoños son espantosos pero, ¿qué podría ser más horrendo que el Abrazo de un hombre despojado de cordura a manos de otro desprovisto de compasión? No todos los Abrazos de los Malkavian son terribles, desde luego, pero el calificativo de poco menos que inhumano cuando nos refiramos a éste que nos ocupa no se alejaría mucho de la verdad.

Cuando el General dio el espectáculo de trepar desnudo por la inmensa escultura del *Conde Ugolino y sus hijos*, dudó de su cordura. No sólo porque parecía improbable que fuese a haber ninguna emboscada allí esa noche, aunque los nervios de su recién regenerada lengua cosquilleasen ante la posibilidad del conflicto, sino por parecer tan dueño de sí en aquellos momentos. Sus actos eran premeditados y directos. El propósito de buscar refugio sin salirse de los probables confines de la posible contienda quedaba claro.

Eso era lo que le convencía sin lugar a dudas de que la muerte sería su pareja de baile aquella noche en la sala de exposiciones. Nada le resultaba más estimulante que ver cómo los demás luchaban por sus vidas, con la excepción de ver cómo los demás luchaban en

vano por sus vidas. Ese momento, cuando la derrota y la muerte quedaban registradas en los rostros de los condenados, era un reflejo tan fiel del alma del General que éste bebía los vientos por poder presenciarlo. Mejor ser testigo de ello en el exterior que tener que presenciarlo dentro de uno mismo. Ese momento en el que un ser, ya fuera mortal o vampiro, entraba en un estado de cámara lenta en el que el reloj de su vida comenzaba a marcar los últimos segundos. Sólo entonces, durante ese momento interno e infinito, se aprovechaba el tiempo como era debido a la contemplación de lo que se estaba perdiendo.

Esa consciencia preternatural era lo que impulsaba la premeditada búsqueda de refugio por parte del General. Ya podía sentir cómo se apretaba el nudo corredizo alrededor del Museo de Arte. Constreñía el vigor y la energía de los reunidos y conseguía que las imágenes y los sonidos adquirieran una nueva intensidad y brillo.

El General no podía pasar por alto aquellas señales.

Desde el interior de la escultura del conde caníbal que había devorado a sus hijos, el General dedicó una sonrisa radiante a la muchedumbre a la que servía de distracción y que no tardaría en ser consumida.

Se suponía que celebraban el solsticio de verano, irónica conmemoración para un Vástago, aunque tan infantil sentido del humor era difícil de erradicar en los recién muertos. Victoria Ash, la anfitriona de la fiesta, no era ninguna recién llegada a la Estirpe, pero pertenecía a los Toreador, especie en la que este tipo de chiquilladas persistía aún más de lo normal. Al menos, eso es lo que dejaban trasparentar. El General solía mostrarse de acuerdo con este "al menos", sobre todo en el caso de Ash. Era un Vástago adepto, concluyó el General.

En cualquier caso, le entusiasmaba la perspectiva de ver su adorable rostro paralizado por la angustia. Sí, el de ella sobre todo, decidió, aunque no por ningún motivo en especial.

Mientras observaba cómo Victoria hablaba con invitado tras invitado, primero con un jovencísimo Ventrue, luego con el primogénito Brujah y el príncipe Malkavian, luego con un Setita intrigante y por fin con el arconte Brujah que había llegado tarde, el General cambió de

opinión. En ocasiones gustaba de escoger a un héroe, y esta noche le había tocado el turno a Victoria Ash. Sí, sin duda sufriría algún daño, pero el General decidió que conseguiría escapar. No estaba del todo seguro acerca de lo racional de aquel cambio de opinión, pero era algo que ya se había permitido en el pasado. Los supervivientes solitarios podían resultar igual de interesantes que los asesinatos en masa.

El General soltó una carcajada y la boca de mármol del conde se agrietó. Se preguntó si tal sentimiento sugeriría que aún quedaba algo de nobleza en su interior.

Agrió el semblante y sus ideas a propósito.

Esperaba que no significase nada parecido. En cualquier caso, ya había tomado una decisión y, aunque tuviese que correr el riesgo de sucumbir él mismo a la matanza, Victoria Ash escaparía indemne esa noche. Si saltara de su escondrijo y vadeara las inevitables aguas del conflicto en busca de la orilla de la salvación, se aseguraría de que también ella encontrara el mismo refugio que él.

Durante un rato más, el General observó los juegos sin sentido de la Estirpe. "Sin sentido" no porque su actividad en conjunto careciese de él, sino por el sencillo hecho de que todo lo que los Vástagos realizaran aquella noche sería en vano. Irse de allí sería la única excepción. El General tomó buena nota cuando el Setita con el que había hablado Victoria y un Nosferatu al que el General conocía como Rolph abandonaron la fiesta poco antes de medianoche.

Se preparó para vivir un ajuste de cuentas entre las paredes de aquella cámara, aunque sabía que aún no había llegado la hora. Sin embargo, la urgencia de aquellas dos marchas lo habían confundido. Quizá fuese la anticipación lo que lo mantenía en vilo. Cualquiera diría que se adquiriría paciencia con el paso de los siglos. Sobre todo si la mayoría de esos siglos se pasaban en letargo.

Cuando una oscuridad tan espesa como repentina se apoderó de la sala como un río enfurecido que se derramara sobre los asistentes, incluso el General se sorprendió. El poder sobresaltarse de aquel modo constituía una sensación deliciosa que hacía mucho, mucho tiempo que no experimentaba.

Los gritos y los alaridos quedaban ahogados por la negrura. El General se había percatado de que los Lasombra debían de estar

detrás de aquello antes de que alguien diera nombre en voz alta a la naturaleza de la amenaza. Los Lasombra y sus aliados del Sabbat. Era una emboscada de los enemigos de la Camarilla, un grupo al que pertenecía la propia línea de sangre del General. Éste decidió que esperaría unos instantes antes de sumarse a la refriega. Necesitaba acostumbrar la vista a aquella ausencia de luz.

La carnicería que aconteció fue brutal y despiadada. Y rápida. Tanto que sólo podían completarla en tan escaso margen de tiempo seres que no fueran humanos. El General no se movió de su sitio. Al principio, intentó convencerse a sí mismo de que no era miedo lo que lo retenía. Se sofrenaba por prudencia.

Pero a medida que la masacre seguía su curso y los borbotones de sangre tiñeron los blancos suelos y las paredes, el General admitió que prefería ser el único Vástago en medio de una manada de reses cuando tenían lugar tales matanzas. En dichas circunstancias, su seguridad se veía mucho más asegurada, garantizada por completo, de hecho. Ni siquiera entonces sintió miedo de verdad, y aún encontró tiempo de sobra para observar cómo el terror operaba en las bocas y en los semblantes e incluso en los ojos de un puñado de Vástagos cuyas vidas estaban siendo segadas en lo que dura un latido.

En honor a la verdad, el General comenzaba a disfrutar de forma malsana con aquella carnicería. Utilizó sus poderes para mantener la batalla lejos de la estatua dentro de la que se había refugiado; las débiles mentes de los guerreros del Sabbat no ofrecieron resistencia a sus esfuerzos. Fue entonces cuando se enfrascó de tal modo en la supervisión de todos los detalles de la batalla que a punto estuvo de perder a la que había elegido como compañera para sobrevivir a manos de una obscena criatura que la aporreaba con un carnosos apéndice.

Sintió cómo la mente de la mujer tanteaba desesperada en busca de ayuda, pero eran tales su alarma y confusión que apenas podría haber pronunciado su propio nombre en voz alta, mucho menos el de quien habría de rescatarla. Así que el General la ayudó. Suponía bien poco para un Malkavian tan antiguo como él el dar voz al terror y al caos de aquella mente. La voz aún carecía de componente oral, desde luego, pues no hubiese podido hacerse oír por encima del

estruendo de la batalla en ningún caso, pero consiguió pedir auxilio.

Un joven Toreador que el General había espiado antes mirando a Victoria con gran interés se encontraba en las proximidades. No era ningún héroe, pero su cercanía ayudaría más de lo que podría conseguir el General en la distancia, así que fue él el que lanzó una patada contra la cabeza de la bestia y salvó a la primogénita Toreador.

El General siguió observando mientras el joven Toreador salía despedido por los aires gracias a un tentáculo de sombras. En el ínterin, Victoria había logrado zafarse de su asesino en ciernes y había encontrado refugio temporal dentro de un pequeño compartimento formado por los muros de partición de quita y pon que se empleaban para dividir los grandes espacios abiertos de la planta superior del Museo de Arte.

Lo que no logró, no obstante, fue alcanzar su cristalino refugio sin que la vieran. Un ghoul de guerra malherido en busca de presa fácil se fijó en la fuga de la mujer y se lanzó al galope impulsado por unas patas tan descomunales como las columnas de cualquier mansión colonial. Rezumaban borbotones de sangre de un trío de miembros cercenados, pero la monstruosa criatura aún exhibía cuatro brazos, todos ellos rematados en garras aserradas.

En esta ocasión no quedaban más salvadores a mano para Victoria Ash. De hecho, no quedaba casi nadie. Los únicos vampiros de la Camarilla que seguían peleando eran la improbable pareja que constituían el príncipe Benison y el arconte Brujah, Julius.

El General actuó con presteza. Aún desnudo, salió de la estatua y se apresuró a interceptar la embestida del ghoul de guerra. La bestia apenas tuvo tiempo que percatarse del asalto del General antes de que el Malkavian, impulsado por la sangre, se le echara encima. La sangre servía para aumentar la fuerza del General hasta niveles insospechados, por lo que la potencia de su ataque fue tal que ningún mortal, ni siquiera un ghoul, hubiera podido resistirlo. Los maestros Tzimisce que habían ensamblado al ghoul de guerra no habían anticipado un envite tan terrible como aquel.

Como si estuviese aporreando una puerta con los puños y los antebrazos, el General se incrustó contra el pecho del ser. La bestia salió despedida de espaldas contra otro congénere que ya se estaba

alimentando en los regueros de sangre de la Camarilla que bañaban el suelo.

Sin detenerse, el General demolió uno de los muros de partición y se dispuso a alzar a Victoria Ash en brazos y transportarla a lugar seguro. La mujer había desaparecido. La trampilla del suelo le resultó aparente, aunque quizá pudiera pasarle desapercibida al enemigo durante algún tiempo. Dudaba que nadie más le prestase atención a las baldosas.

El General realizó una pirueta y bordeó con cautela el caos imperante de regreso a su santuario esculpido. El ghoul de guerra al que había atacado no había recuperado aún la verticalidad. El estruendo de la batalla martillaba en los oídos del General; sabía que su vida correría peligro si intentaba escapar en esos momentos.

Así que observó, y escuchó.

*MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 1:37 AM
EL CONCORDE, SOBRE EL OCÉANO ATLÁNTICO*

Un lucero. Siempre sobre mí, da igual lo rápido o lo alto que vuele.

Qué extraño resulta pensar que los mortales hayan visitado lugares a los que ninguno de nosotros puede llegar. Al menos, yo no puedo, no de verdad. Sin duda me resultaría sencillo convencerme a mí mismo de que he ido a la luna y he vuelto. Pero ése es un asunto que dejaré para que lo discutan los magos. Soy capaz de crear mi propia realidad, pero no la de los demás.

Aunque a veces lo dudo. He ocupado este avión junto a muchos otros sin billete. Al menos ésa es la forma más sencilla de clasificarlos, aunque no me corresponda a mí el juzgarlos. Están en marcha otros procesos para descifrar las metáforas a las que debo enfrentarme. Más vale penetrar la niebla de símbolos que amortaja a los antiguos

cuando yo mismo me encuentro sumergido en ellos. Por lo menos eso sí que lo he aprendido.

Sus semblantes ofrecen tan pocas trabas concretas y discernibles que cuesta racionalizarlos, por lo que continúo fingiéndome loco, aunque sé que mi locura no es sino una aflicción pasajera.

Lo más probable es que esta pretensión de cordura termine por acuñar nuevas pruebas en mi contra. Los mortales que me espían a hurtadillas desde el otro lado de las delgadas paredes interiores de esta gran máquina se burlan de mi excéntrica persona, pero la auténtica locura se encuentra enterrada a mayor profundidad y es mucho más primaria. No puedo esperar que vean eso. Por el amor de Dios (sí, una maldición inicua), se pasan el tiempo mofándose de mis sandalias. Ninguno de ellos...

Qué tonto soy.

Juzgando a los demás cuando yo mismo soy una obra tan huera como incompleta.

¿Adónde me han llevado los años? ¿Desde el Octavo? ¿Desde Sarajevo? Pescar... pescar es lo que hago, siempre en pos de mi elusiva ballena blanca... ese dragón marino que se zafa de mis aproximaciones aun cuando sigue siendo el más accesible de los de su especie.

Pero ese lucero me trae de vuelta.

Parpadea en mi dirección.

¿Acaso una personificación que se pueda ignorar sin más?

No. Pero tampoco lo bastante intruso como para explorarlo.

¿Por qué hay pasajeros en el avión? Fácil respuesta: vuelvo a encontrarme en un momento infinito. Las miradas de reojo han cesado porque existo entre comentarios. Entre momentos. Los asientos vacíos que me rodean se añaden a la sensación de soledad. Ése es el quid. Todo lo que pudiera exagerar estas fracciones de segundo adquiere un valor inmenso. ¡Imaginemos las asombrosas visiones que podría tener si flotara sobre las dunas lunares después de haberme propulsado más allá de la atmósfera! Con toda la tierra extendida a mis pies, como una mota en el ojo de Dios.

Sería como una estrella en el firmamento para los que me

mirasen.

Ese lucero, que parpadea en mi dirección igual que un ojo cómplice. Ojos y estrellas y ojos.

El Ojo.

El momento infinito traspasa la línea horizontal del tiempo y, en un momento de caótica perspectiva, veo que un Ojo me muestra el camino. Como era evidente que ya sabía, pues, ¿por qué si no iba a estar volando en estos instantes?

Me elevo y el lucero se apresura a recibirme. Cosa extraña, este gesto carece de efectos funestos. La atmósfera de la Tierra permanece intacta, el avión permanece intacto, la luz no disipa las tinieblas del compartimento.

En medio de la pequeña sala redonda, el lucero flota igual que un fuego fatuo y me atrae hacia sí. Levita a la altura de mis ojos. Sólo al llegar ante él me doy cuenta de lo tenue de su luz. Sólo entonces veo el áspid que pende de él por la cola. La serpiente se retuerce para mordirme, pero su ataque se queda demasiado corto... o yo soy demasiado rápido.

La finta me aleja del alcance del polvo de tiza que brota a chorro de la boca de la serpiente. El polvo flota lánguido a la pálida luz igual que motas atrapadas por un rayo de sol. Luego se agrupa con rapidez, propulsado al parecer por una ráfaga de viento invisible que lo envía al suelo, donde se une para formar una fina línea.

Me arrodillo para verla de cerca, pero la cobra vuelve a atacarme. Su capuchón se extiende al máximo, tanto que por un momento la estancia se oscurece al quedar eclipsada la luz de la estrella en miniatura. Ruedo de espaldas, lejos del polvoriento veneno que la cobra vuelve a escupir. En esta ocasión, la tiza surge en ingentes cantidades y la luz está a punto de apagarse de nuevo, hasta que se apelmaza y planea para posarse en el suelo.

Se forma otra línea.

Comienza a dibujarse algo, por lo que bailo alrededor de la serpiente para llamar su atención. Me acerco lo suficiente como para distinguir las rayas rojas, negras y amarillas de la serpiente de coral, pero ésta no me ataca hasta que trazo un semicírculo alrededor de ella. No me coge por sorpresa y vuelvo a rodar de espaldas.

Se forma otra línea.

Una forma serpentina enroscada resulta ahora visible a la tenue luz de la estrella, por lo que he de buscar refugio en las paredes. Se trata de una pitón, que ataca; luego una anaconda intenta estrangularme entre sus viscosos anillos. Después desaparece. Y luego se disipa también el lucero. No, no se ha ido, se ha apagado... sigue suspendido en el aire, encima de mí.

Sigo solo en el interior de la pequeña cueva, capaz de ver tan sólo gracias a la antorcha. Examino el tosco símbolo. ¿Se trata de alguna letra procedente de algún alfabeto desconocido? Cinco líneas irradian desde un punto central: dos cortas, una mediana y dos largas. ¿Una estrella de cinco puntas deforme?

Me apoyo sobre el estómago al lado del diagrama y paso un dedo despacio por una de las líneas largas. Se ajusta a la longitud de mi brazo, pero cuando llego al final veo que la tiza pertenece a la pizarra sobre la que escribe un joven. Me resulta curioso, rodeado por un nimbo blanco que se proyecta desde una hendidura en el aire sobre las impasibles cabezas de los alumnos que observan su caligrafía. ¿Puede descifrar alguno de ellos la antigua lengua que está representando? ¿Podrá él? ¿Comprende la enorme capacidad de libertad que les está proporcionando? Supongo que así es, igual que reza para que ellos lo entiendan también en sus subconscientes, aunque no sepan discernir la fuente de tamaño regalo.

Me apoyo sobre un codo y estiro el brazo para pasar por encima de esa línea larga hasta la mediana. Me encuentro en la calle oscura de una ciudad. El hedor de la muerte y de la sangre impregna el aire. A una docena de metros, una gigantesca serpiente está enroscada en el suelo. No, no se mueve, quizá dormite tras el festín de carne y sangre, asumiendo que sea la responsable de la carnicería practicada con los cadáveres que se amontonan alrededor.

La serpiente abre su horrendo ojo y lo clava en mí. Sólo tiene uno, enorme y abultado, en lo alto de la cabeza. Veo mi propia imagen reflejada en la superficie del ojo y, como siempre, soy yo. Nunca más parecido a un semblante metafórico que antes. Luego soy la serpiente y me veo, con el cuerpo retorcido y roto, con los miembros exagerados y torpes cuando el único orbe gigante se aloja en mi cabeza. Pero

vuelvo a ser yo, con la mirada fija en ese ojo y no al revés.

Cuando comienzo a apartar el dedo de la línea, la serpiente se desenrosca y compone su cuerpo en forma de ocho. Una vez lejos el dedo, la serpiente se convierte en un montón de polvo... la única carne que persiste es el ojo, que descansa en el vértice de la figura numérica.

Luego el Ojo se apodera de la serpiente en polvo y sopla para convertirla en cinco líneas de distintas longitudes; el ojo mismo flota en el aire y suplanta al lucero apagado al final de la cola de la serpiente oscilante.

Vuelvo a mirar el tosco diagrama y me incorporo de rodillas para fijarme en la otra línea larga. Paso los dedos por ella y entro en una cripta a oscuras. Si la calle de la ciudad me trajo el aroma de la sangre fresca y muertes naturales, esta cripta me habla de asesinatos rituales y sacrificios.

Las paredes son obra de hombres antiguos que emplearon burdas armas con un fin inspirado, pero no me entretengo en esos detalles. No puedo, o sería bombardeado por la importancia de cada una de las imágenes, y lo que aquí busco es algo más siniestro: el corazón de esta tumba.

Recorro pasillos y atravieso barreras infranqueables de piedra y mampostería derruida, me adentro en corredores donde se agolpan prisioneros ghouls encadenados, apenas vivos, tan antiguos como la tumba. Cámaras donde se amontonan las ratas y las serpientes. Hasta llegar a una estancia cuyo suelo salpicado de motas de sangre sobre el que brinca una mangosta descarnada que consigue que la cobra se lance al ataque.

En un momento, la cobra pierde fuerza y velocidad, y entonces es cuando salta la mangosta. Ase la cabeza de la serpiente y la aplasta. Al instante, la carne de la cobra es la de la mangosta y el esqueleto del ofidio cae a un lado. Veo de pasada que el cráneo de la serpiente poseía una única cuenca orbital.

La mangosta, disfrazada ahora con su nueva carne, me ve, pero con un solo ojo, aunque poseía cuencas para dos. Quiere decir algo, pero la línea es más larga de lo que puedo estirarme y mi dedo se aleja de ella. La mangosta se torna niebla que asciende en forma de

volutas.

Elijo al azar una de las líneas cortas. O eso creo. La raya de tiza apilada se me resiste y, como era de prever, me dirijo a la siguiente. Al menos soy consciente del engaño, aunque eso no me haga menos maleable.

Llego a la que quizá sea mi destino más prosaico. En el interior de un laboratorio de alquimista, observo cómo un joven indolente juega con un surtido de objetos que finge comprender. Incluso el profesor de hace unos momentos poseía una pericia más real con la información que diseminaba.

El alquimista abre una cajita decorada con una *fleur de lis*. Extrae una hoja de su interior y la estudia durante un rato, antes de posarla sobre una mesa. Veo que el papel está en blanco. Comienza a escribir una lista de objetos comunes.

El papel esconde un secreto inscrito en sus bordes aunque, en cuanto me doy cuenta de ello, también me percato de que está reservado para otros ojos. Vuelco mi atención en otra parte.

Cuatro líneas que irradian en dirección a las piezas del puzzle. La luz del ojo del que pendía la serpiente comienza a desvanecerse y veo la lenta evolución que la convierte en una estrella que diviso a través del marco de mi ventana...

Resisto. Había una quinta línea. ¡No me burlará un engaño tan burdo!

Las conexiones se evaporan a pesar de mis denuedos. Los sutiles tapices de la ilusión y la visión, tejidos a partir de metáforas, se están deshilacliando, y esta creación amenaza con perderse para siempre, inexplorado el último hilo. No quiero perder esta elaborada fantasía, así que agarro mi aguja e hilo quiméricos y me pongo manos a la obra para remendar todos los rotos y descosidos.

¡Un reguero en la ventana!

Sitúo el dedo sobre un extremo y lo recorro despacio. Despacio, despacio, el hilo de agua se transforma en una serpiente. Mi dedo sigue y sigue durante mucho tiempo mientras busco el final de la serpiente, pero descubro que se ha enroscado en un bucle infinito, con la cola dentro de su boca.

Se percata de que he descubierto su disfraz y, cuando mi dedo

vuelve a avanzar en pos de su cabeza, la serpiente ataca. En esta ocasión no hay cenizas polvorizadas. Ni en la siguiente. La serpiente tiene mucho cuidado.

Mi aguja tiene mucho trabajo.

Me convierto en una mangosta. Finto, salto y hostigo. Imploro el ataque de la serpiente, que siempre falla. Su veneno bien podría matarme llegados a este punto, tan cerca.

Sin embargo, la agoto y se vuelve descuidada. Una breve raya de polvo se escapa, la de la luz. Luego otra más larga, la del profesor. Luego la línea mediana. Transcurren lo que parecen horas de lucha antes de que vuelva a aparecer la ceniza regurgitada de resultados de un mordisco fallido. Aparece de nuevo la otra línea larga. Yo también acuso síntomas de cansancio y me temo que, antes de señalar otra vez el quinto rastro, la serpiente sucumba. Así que me finjo aún más fatigado y la serpiente se ve animada a renovar su asalto.

Por fin se dibuja la quinta línea. Salto sobre ella de inmediato, apoyo el dedo en el montón de polvo y palpo la longitud de la raya.

Así aparezco en una jaula de metal que desciende despacio hacia las entrañas de la tierra. Soy yo mismo, lo cual me hace débil y vulnerable. Se trata de un ascensor antiguo, pero opera con suavidad, sin proferir ruido alguno. Continúa su descenso. Miro hacia arriba y abajo y veo enseguida el pozo horadado en la roca, más semejante al túnel de una mina que a la excavación que se adecuaría a esta clase de aparato.

El aire parece cargado de humedad y me fijo en la pátina de agua que recubre el metal. Las barras de bronce cruzadas que hacen las veces de puerta han sido pulidas con esmero, pese a lo que se aprecian descoloridas motas verdes. ¿Es ésta la conexión que abría la puerta? ¿El puro azar? Espero que no, o no habré aprendido nada.

Abajo se agita algo, lánguido. Al momento siguiente, mis pies tocan el agua, aunque el ascensor continúa bajando. Caigo en la cuenta de la velocidad a la que me muevo y, por tanto, cuán bajo tierra debo de encontrarme tras el par de minutos de viaje, cuando el agua se apresura a cubrirme la cintura, el cuello y, por fin, la cabeza.

Sumergido, la inercia me impulsa hasta el techo de la jaula, donde se encaja mi espalda contra la elaborada pieza de metalurgia.

Sigo bajando.

Por suerte, no necesito respirar, mucho menos en un mundo tejido como es éste, por lo que el agua no consigue más que dificultar mis movimientos. Cuando el ascensor se detiene por fin con un estremecimiento, la inercia me empuja de vuelta al suelo. Cuando vuelvo a flotar hacia arriba, consigo agarrarme al mecanismo de cierre, lo desbloqueo y abro las puertas de un empujón. Sin embargo, las puertas no ceden porque una cepa tan gruesa como mi brazo se ha enredado en la celosía del suelo de la jaula. Ahora veo que la viña se extiende desde el ascensor hasta una cámara enorme que se abre a lo lejos, y me pregunto si sería la cuerda de la que cuelga el ascensor lo que me ha bajado, o si habrá sido esta parra que lo ase desde el fondo lo que me ha arrastrado hasta aquí.

Brego con las puertas y el bronce no tarda en ceder. Algunos barrotes consiguen doblarse con cierta dignidad, pero los bordes del fondo se han doblado y retorcido. Las puertas no volverán a cerrarse por completo. No importa, mientras el agujero sea lo bastante ancho como para que pueda salir de la jaula y adentrarme en la caverna submarina.

De inmediato veo, o me doy cuenta, de dos cosas. Primero, no hay tal caverna, ya que los muros, aunque toscos, han sido tallados por la mano del hombre. Presumo que hicieron falta herramientas modernas para excavar una cámara de este tamaño en las profundidades de la tierra. Segundo, me rodean criaturas gigantescas que, aunque parecen dormir, agitan el agua con su respiración.

Éste es el movimiento que había detectado antes. Había una corriente de agua, aunque fortuita, como si la generaran las inhalaciones y exhalaciones de aquellos dragones descomunales.

Suelto la puerta de bronce y me dejo arrastrar por estas corrientes. No se trata de un movimiento rápido, pero sí repentino. Se apresura en una dirección en un momento para languidecer hasta detenerse y recuperar el impulso hacia otro lado. Las corrientes me asen con firmeza y no consigo flotar hacia el techo de la cámara.

Transcurridos algunos instantes de bamboleos intermitentes, me doy cuenta de que no es probable que ninguno de los tres dragones presentes se haya movido desde hace tiempo. Cepas mucho más

gruesas que la que une las puertas del ascensor se enroscan alrededor de estos gigantes aletargados. Puede que no sean los dueños de este lugar, sino sus prisioneros.

La respiración de una de las bestias durmientes parece adueñarse de mi destino. Me veo arrastrado sin remisión hacia ella con cada retumbante inhalación. Se trata de una muerte lenta e ineludible: no tardaré en desaparecer en el estómago de una bestia que habita en el interior del vientre de otra Bestia aún mayor. La cámara está viva. No se trata tan sólo de las parras como secoyas que se adhieren a los muros, sino de la cámara en sí.

Ya me hallo cerca de las fauces del dragón. La lengua, enrollada en el interior de la boca, parece rodar con cada ingente cantidad de agua engullida. Veo que la boca carece de dientes pero, para ser francos, ese detalle pesa poco sobre la fatalidad de las consecuencias que acarrearía el hecho de verme dentro de ella. No pereceré en esta visión pero, si vuelvo a ser expulsado de este lugar, ni siquiera la más probable de las conexiones metafóricas podrá crear el camino de vuelta. La serpiente, el Ojo, los dragones, lo perderé todo. Me consumiré la ignorancia si permito que me devoren. Los secretos ahora tan cercanos volverán a resultarme inaccesibles.

Es entonces cuando me doy cuenta de que mi rescate está en la libertad que el profesor le ofrecía a sus pupilos. En el cántico arcaico que escribía en la pizarra. Al fin y al cabo, no es sino un mero estado de ánimo y, ¿en qué estoy yo más que en un perpetuo estado de ánimo tan sentenciado como sentencioso?

Así que me convierto en un pez que traga el dragón, al que sus entrañas procesan para defecarlo de regreso al agua. Mas no a las sencillas aguas de la cámara, puesto que he penetrado en el vientre de la Bestia y nunca antes había estado tan cerca.

Veo al monstruo abisal ante mí. O, al menos, un atisbo del mismo. Tras siglos de búsqueda, nunca había conseguido tanto. ¿Por qué ostenta éste la clave? Quizá se trate tan sólo de que deba creer que así es. Es uno de los pocos (¿el único?) que quedan despiertos, y el más cercano de todos con los que he tropezado. Hay más, como el que está encerrado, o puede que oculto, en el hielo, pero éste, el Dragón, es el único que no descansa.

Si los secretos que todos deseamos, si los acertijos que debo desvelar residen en alguna parte, será dentro de él. Y aunque no sea así, estaré tan cerca de la Bestia que podré aprender todos los secretos que esconda y desvelar todos los que descubra.

Tiene la piel erizada de tentáculos, brazos gelatinosos y otras formaciones indescriptibles. Algunos de esos apéndices son carnosos, otros fibrosos, pero todos ellos coinciden en extenderse en cualquier dirección y, sin duda, durante incontables kilómetros.

He cometido un error fatal. Esta Bestia, al contrario que los dragones durmientes, requiere sustento. Aunque un pez pudiera nadar a través del dragón, no escapará a un depredador como éste.

Conecto.

Durante una breve y elusiva fracción de segundo, la Bestia se fija en mí.

Ve a través de mí y lo ve todo de mí.

Yo no veo nada más que su mirada y el más leve atisbo de algo más. Algo para lo que mis metáforas no suponen rival. Algo que no logran representar. Éste es el motivo por el que el depredador no caerá en mis débiles redes.

Vuelvo a ser devorado. Vuelvo a convertirme en excremento.

Estoy sentado, atónito, bajo la luz de un lucero.

Me mira.

Mi misión, otrora imposible, pasa a ser ahora más improbable todavía, pues esta victoria es mía. Pero es que esta victoria es mía. Donde se puede ganar una batalla, se puede ganar la guerra. Por tanto, con independencia de las complicaciones añadidas, en el día de hoy mis posibilidades de éxito se han visto catapultadas de lo inadmisibile a lo apenas astronómico.

Prefería mis antiguas posibilidades.

A pesar de encontrarse ya en el aire, las azafatas parecían estar disfrutando de unas vacaciones. Nunca sabían lo que hacer con este estrafalario pasajero, mi amigo Anatole. Rechazaba cualquier tipo de atención, claro está, lo que dejaba a las asistentas de vuelo, por lo general ocupadas y parlanchinas por educación, en un estado de inutilidad, dado que no había nadie más a quien servir.

En todo el avión.

Siempre prevengo a Anatole acerca del riesgo de atraer este tipo de atención pero, ¿cómo se le puede describir la soledad a un hombre en cuya cabeza habitan multitudes? Ésta era la décima vez que se encontraba a bordo del Concorde y la novena que volaba sin ningún otro pasajero.

Salvo yo, desde luego.

Y algunos efímeros cuya compañía no me preocupaba esta noche, pues no estoy al cargo de tales asuntos. A veces me pregunto si lo hará Anatole.

Ésta es la prueba evidente de que el mundo exterior interfiere con el interno de mi amigo, dado que la incesante cháchara de aquel primer viaje desencadenó los futuros desembolsos que costearían hasta la última plaza del avión. De hecho, cierto día, hace varios años, Anatole había reservado los siguientes nueve viajes en el Concorde. Éste nos llevaba de vuelta a los Estados Unidos. El hecho de que estuviésemos en camino indicaba que algo relevante para mi amigo ocurría o estaba a punto de ocurrir.

También causaba que me preguntara, al igual que en los demás vuelos preparados con antelación a éste, por qué había reservado nueve viajes, ni uno más. No se debía a escasez de fondos, dado que Anatole poseía una considerable fortuna que rara vez utilizaba. Esperaba encontrar pronto la respuesta a esta pregunta, puesto que resultaba obvio que éste era el último de tales vuelos.

También yo agradecía el silencio. Una pareja de azafatas, ya veterana de anteriores excursiones, se había preocupado de advertir al resto de que no se debía molestar al pasajero. El capitán del Concorde seguía anunciando las instrucciones de rigor a las que le obligaba la ley, pero el volumen del sistema de megafonía era tan bajo

que cualquier mortal habría encontrado dificultades para escuchar los avisos.

Anatole, claro está, sí que los oía, pero lo sufría como un inconveniente ineludible propio de los viajes trasatlánticos.

En cuanto a los demás compañeros fantasmales a bordo del avión desierto, podría explayarme, aunque puede que baste en gran medida con sus nombres, los cuales he anotado para Anatole. En cuanto a mí, me siento incómodo, pero lo acepto como un inconveniente de mi propio viaje trasatlántico. Es tan poco lo que me pide Anatole que no puedo echarle esto en cara.

Dos Setitas conferenciaban en la parte posterior del avión. Que a nadie le sorprenda que sepa tanto acerca de estos huéspedes. Puede que nunca le revelen información a nadie más, pero me fijo en Anatole y es mucho lo que deduzco a fin de poder recordárselo más tarde.

Ambos eran hombres de constitución atlética y aspecto peligroso. Uno era negro. Con la cabeza calva según los cánones modernos de la estética, aunque sin pretensión alguna de estar a la moda, visto el monóculo que exhibía sobre su ojo izquierdo. Sobre su asiento y el vecino se veían dobladas unas espléndidas telas, y sus dedos inquietos fabricaban sin cesar intrincadas figuras con una delgada cuerda, al final de la cual oscilaba un amuleto de bronce que parecía exudar un oscuro poder, pese a lo que este tal Heshu no parecía preocupado. Se limitaba a tejer un entramado para luego deshacerlo y comenzar de nuevo. Asentía con la cabeza cada vez que el otro Setita le informaba de algo.

Este otro era más adusto, si bien igual de atlético que su superior. Se llamaba Vogel. Aunque sangraba en grandes cantidades, ningún pasajero, ni siquiera Heshu, ni las azafatas se violentaba ni le ofrecía auxilio.

Cualquiera diría que los demás Vástagos alzarían las orejas en presencia de la sangre, sobre todo el solitario Tremere sentado en la parte delantera del aparato. La indiferencia de los empleados del Concorde podía explicarse gracias al estricto veto que Anatole imponía sobre su actividad.

La sangre parecía manar de la cara de Vogel mas, dado que mantenía el rostro vuelto hacia Heshu, oculto a Anatole, no pude

distinguir los pormenores de la herida. En fin, tampoco iba a lamentar la ausencia de uno de estos pasajeros.

En cuanto al Tremere, se mantenía ocupado intentando ocultar una cajita de madera al resto del pasaje. Por eso había elegido la parte frontal del avión, cerca de las azafatas, quienes no le prestaban la menor atención. Atisbé detalles de madreperla inscritos en la tapa de la caja, pero no pude distinguir el diseño.

No tardé en olvidarme del hombre, ya que Anatole había dicho que no entrañaba interés alguno para nosotros, aunque los demás implicados en nuestra búsqueda podrían necesitarlo.

No sé qué es lo que quiere decir Anatole con esto pero, en fin, tampoco entiendo casi nada de lo que hace. Me limito a dar cuenta de los hechos, así que si este tal Johnston Foley no tiene nada que añadir, no pienso atarearme con información irrelevante.

Los otros tres pasajeros me llamaron más la atención que el trío anterior. Bueno, otros dos pasajeros, aunque ninguno de ellos sea tan peculiar como el pequeño letrero sobre el asiento al lado del de Anatole, al otro lado del pasillo. Reza "Reservado" en pequeñas letras mayúsculas, aunque ninguno de los demás pasajeros lo haya ocupado ni haya mirado siquiera en su dirección. ¿Habría perdido alguien el vuelo? Pero, Anatole había comprado todas las plazas.

Los otros dos, pues. Uno, mortal; otro, más antiguo incluso que Anatole. Jordán Kettridge era el más atento de ellos. Se notaba que era un mortal con experiencia, de los que sin duda saben algo acerca de nosotros, aunque no lo suficiente como para arriesgarse a pasar por alto ni un solo detalle. Su semblante, moreno y apergaminado, no cesaba de escrutarlo todo a su alrededor, aunque concentraba casi toda su atención en la única conversación, la que mantenían los Setitas en la parte trasera del avión.

El otro, supongo que un Matusalén, me preocupaba tan sólo por su edad. Al contrario que Kettridge, este Ravnos llamado Hazimel no tenía motivos para escuchar a hurtadillas; la confianza que poseía en sus conocimientos y en su poder me resultaba enervante. Todo el mundo, incluso Anatole (sobre todo Anatole), buscaba información, pero este Ravnos creía que ya lo sabía todo. Temerario, quizá, pero aterrador en cualquier caso. Su actitud lo revestía de un aura de

imbatibilidad que parecía lo bastante real como para resultar creíble.

Al igual que Odín, Hazimel había pagado un precio por su sabiduría, un ojo. Las profundidades inescrutables de aquella cuenca vacía eran tan oscuras como el resto del hombre. No por su piel (ésa sería una descripción superficial para tamaño individuo), sino por su aura. Todo él parecía tan insondable e ilimitado como un agujero negro.

En ese momento, todos ellos guardaron silencio o se enderezaron para prestarle atención a Anatole, que se había estirado para retirar el cartel de "Reservado" del asiento. Esperó durante un instante hasta que, al ver que nadie se levantaba ni ocupaba la plaza vacía, lo miró con ojos enfáticos. En cualquier caso, aquello no consiguió transformarse en algo que adquiriese más sentido, como suele ocurrir cuando concentra su atención de ese modo. Aquella metáfora permaneció envuelta en el misterio y Anatole devolvió el letrero a su sitio.

Luego se arrellanó en su asiento para pasar así el último de sus vuelos reservados con antelación sobre el océano Atlántico.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 1:58 AM

TEATRO FOX, ATLANTA, GEORGIA

El príncipe Benison se puso de rodillas con dificultad. Se sentía como si hubiese librado toda la Guerra Civil en una hora, como quizá había ocurrido, si se tiene en cuenta la cantidad de energía empleada. La creación de todo un mundo a raíz de la locura era una cosa, pero la superposición de ese mundo sobre quien no estuviese tan perturbado como el príncipe... bueno, eso era algo muy diferente.

El que fuera príncipe de Atlanta se encontraba al borde de la extenuación.

Volvió a desplomarse de espaldas.

Desde aquella posición podía observar el decorado egipcio de aquella sala de bailes que formaba parte del célebre teatro Fox. El príncipe se acordó de la cantidad de fiestas que había celebrado en aquel sitio.

Luego se vio obligado a cerrar los ojos, y sólo tras un esfuerzo hercúleo (similar al que le había permitido, hacía menos de veinte minutos, abrirse paso a través de las tinieblas animadas que los Lasombra habían utilizado para rodear el Museo de Arte), consiguió obligarse a abrirlos de nuevo.

Escarabajos, elaborados sarcófagos y estatuas con cabeza de animal se cernían sobre él, lo que llevó a Benison a aventurar que aquel lugar no resultaba del todo inadecuado como escenario de su muerte. Aunque lo cierto era que no le importaría canjear toda su existencia como Vástago por el derecho a estar junto a Jackson "Muro de Piedra" en Chancellorsville y recibir los disparos que habían derribado al general. Aquellas eran las particularidades del destino que enviaban a un hombre a la muerte a manos de su propio ejército y al otro a las filas de los vampiros.

Se preguntó por un instante si el arconte Brujah, Julius, habría conseguido alcanzar aquel refugio temporal; en tal caso, tendría más posibilidades de sobrevivir, puesto que no habría gastado tanta energía como Benison en su fuga. Para su sorpresa, la posible supervivencia de Julius no le dejaba mal sabor de boca. Reconocía que era un gran guerrero.

El príncipe volvió a cerrar los ojos. No le quedaba nada. Ni sangre, ni voluntad, ni esperanzas.

Se acordó de Eleanor y supo por qué había combatido con tanto empeño por escapar. Por qué se había abrazado con tanta desesperación a la ilusión de su pasado y se había hundido en ella de aquella manera tan miserable. Por un momento volvió a separarse de sí mismo para contemplar su propia expresión horrorizada reflejada en las pupilas de Julius instantes antes de que el fuego griego se hubiese derramado como un infierno de lava sobre su querida esposa, atrapada bajo aquella maldita puerta descomunal. Se apartó de su propio semblante. Era terrible. No sólo le había abandonado la energía para vivir, sino también la voluntad necesaria para seguir adelante, y el

trauma de esta pérdida aumentaba la sensación de aquel momento. La vida en sí le parecía una expectativa tan horrible que ni siquiera se atrevía a considerarla.

Sus sentimientos por su amante y amada Ventrue eran demasiado auténticos, demasiado sinceros como para dejarlos de lado por tedio, daba igual cómo viniera destilado. Una llama, tan ardiente como la que había borrado a su esposa de esta tierra para siempre, atenazaba los miembros de Benison. Se abrieron sus párpados y se puso en pie sin tambalearse ni estremecerse.

No pretendía engañarse: no podía combatir. Necesitaba seguridad y reposo.

Juró que el Sabbat se sacudiría hasta los más hondos cimientos de su más inexpugnable fortaleza por la pérdida que le había infligido.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 7:15 PM

UNA GRUTA SUBTERRÁNEA, CIUDAD DE NUEVA YORK

Una figura oculta por las sombras entró en la pequeña cámara y se izó hasta su asiento. Los largos dedos se estiraron, se entrelazaron y tiraron de la cadena de la lamparilla dispuesta sobre el despacho. Calebros se sentó ante su escritorio y se dispuso a examinar los últimos informes. El núcleo de su operación para acumular información bullía al otro lado del cuarto con la noticia de que el ataque perpetrado en Atlanta la noche anterior había sido mucho, mucho más que la simple "incursión" que se esperaba. En lugar de engrosar la lista de incesantes escaramuzas entre la Camarilla y el Sabbat, esta última secta se había preparado y organizado de forma asombrosa a fin de descargar un golpe de gracia sobre sus enemigos.

Y nuestros aliados, se recordó Calebros.

Por mucho que le gustara imaginarse a su clan como parte neutral dentro del mundo de la Estirpe, seguían perteneciendo a la

Camarilla. No obstante, el propio Calebros sentía escasa simpatía por esa causa, al menos en lo referente a temas que atañían más de cerca a los Nosferatu y mucho mayores en el enorme escenario del mundo y de la historia.

Incluso desde su asiento, Calebros oía a Umberto enumerando una lista de las posibles (y, a la luz de la escala del ataque, probables) bajas.

–Príncipe Benison... líder de la capilla Tremere, Hannah... arconte Brujah, Julius...

Nombres de peso, subrayó Calebros con un mudo cabeceo. Rolph había presentado su informe y resultaba evidente que el hombre de Hessa, Vogel, había conseguido escapar por la salida indicada. El ataque había tenido lugar algo más tarde de lo esperado, no obstante, por lo que la ruta de escape podría no haber funcionado tal y como se había planeado.

Aunque así fuera, al cabo de un tiempo, quizá incluso el año que viene, el veintiuno de julio no sería más que una fecha que un puñado de miembros de la Camarilla recordaría como el día en que el Sabbat había atacado Atlanta. Aunque la incursión se hubiese transformado en atentado a gran escala con la intención de arrebatarse la ciudad a la Camarilla, se señalaría el acontecimiento con una anotación minúscula en los anales de la historia, con un comentario que sólo una ínfima porción entre todos los seres que caminan sobre la tierra llegaría a estudiar con interés.

Sí, el saber era esencial, por lo que el tomar nota también lo era, porque se trataba de un acontecimiento que se estudiaría como parte de diseños más complejos; pero el hecho en sí obedecía más a la exageración que a la razón en estos momentos.

Calebros volvió a asentir para sus adentros. Quizá los Brujah opinaran de otro modo, ya que la fecha señalaría para siempre el aniversario de la pérdida de un arconte. Aunque eso no se podía comparar con el segundo aniversario que pronto celebrarían los Nosferatu. ¡Dos años desde que perdieran un justicar! Y seguían sin encontrar una solución.

Con independencia de la brutalidad del asalto, al menos sus agentes y él habían conseguido lo que necesitaban para proseguir con

sus propios esfuerzos. En cualquier caso, estaban obligados a solucionar los conflictos de los demás clanes, y eso implicaba la minuciosa observación de los detalles del ataque.

No obstante, tendría que dejar eso para los demás por el momento. Si bien Calebros creía que este acontecimiento, al parecer tan importante, era en realidad más bien mundano, le corroían las vastas implicaciones de lo que, en la superficie, parecía ser otro toma y daca más.

Común sí que era, pero al venir pisando los talones de esta ofensiva del Sabbat, el momento de la llegada en cuestión resultaba preocupante.

Calebros estiró un brazo por encima de la mesa y cogió su infalible bolígrafo rojo.

Quienquiera que hubiese colocado los informes sobre la mesa aquella mañana merecía una mención especial, porque la elección para el asunto prioritario no podría ser más acertada, incluso aunque rematara una pila de detalles referentes al ataque de Atlanta.

COPIA DE ARCHIVO

22 de junio de 1999

ref: Anatole

___Por qué ahora? ¿Voló antes o después de que Rolph extrajera el Ojo?

Interrogar al Rolph acerca de la hora exacta.

Visto el llamado Profeta de la Gehena a las afueras del aeropuerto J.F.K. a las 4:25 AM. Sin equipaje, compañeros, dinero aparente ni demás objetos de valor. Se le siguió hasta la Catedral de San Juan el Divino en NY. Fue directamente a los jardines, donde pareció rezar ante (o con) una de las estatuas.

Llegado este punto, me vi obligado a abandonar el lugar. No consigo explicar este fenómeno: algún tipo de fuerza me sacó de allí. Busqué ayuda, pero los demás tampoco pudieron entrar en el jardín, ni siquiera lo

bastante como para verlo. Vigilamos el perímetro de la catedral durante toda la noche, pero Anatole no volvió a salir.

___Comprobar asignaciones.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 11:11 PM

CATEDRAL DE SAN JUAN EL DIVINO, CIUDAD DE NUEVA YORK

Llego demasiado pronto, aunque el suelo ya comienza a rodar como si se hubiese apoderado de él una acariciadora marea. Los ojos sin pupilas en lo alto de troncos astados tiemblan cuando la tierra ondula bajo ellos. La baja muralla verde que nos rodea a la mujer y a mí cruje cuando una última oleada la sacude.

La tierra sabe lo que ha de venir, al igual que yo. Aquí es donde el joven brujo reclama su musa. Pero lo que necesito hacer ya está hecho. ¿Por qué he venido?

El áspid negro está mutilado y destrozado, pero vivirá. De milagro.

¿Por qué la mujer no me da un milagro a mí también?

La miro. Sus articulaciones son desproporcionadas y está sangrando. No tiene rostro. Sin duda reza para sí y para aquellos tan malheridos e indefensos como ella. ¿Por qué debería esperar socorro de alguien tan consumido?

¿Es esto lo que me alejó de Dios?

La perra blanca husmea y encuentra el rastro.

El hijo de la mangosta, guiado por la cuenca vacía, también sigue el rastro.

Pero el renegado oculta bien la presa y sólo la perra blanca, con el áspid enrollado a modo de collar, sigue adelante.

¿Cuál es mi camino entre estos corredores? ¿Nado en la corriente junto al dragón abisal? Son sus aguas lo que provoca este

mecimiento y sus corrientes lo que dirige su curso. La mujer y yo estamos en una barca en medio de la tormenta.

El ojo de la tormenta es el lugar seguro; es en el centro donde se engendra la omnisciencia. ¿Dónde está el guía que pueda llevarme allí? Lo esperaré, aquí. Sólo veo adónde no puedo ir. Será otro el que haya de conducirme donde debo estar.

Deja sitio para mí, artista. Deja sitio para mí.

*MIÉRCOLES, 23 DE JUNIO DE 1999, 4:50 AM
UNA RESIDENCIA URBANA, ESTADOS AVONDALE, GEORGIA*

El príncipe Benison (no, Benison a secas ahora) pugnó por recuperar la consciencia. El amanecer no era inminente todavía, pero se encontraba cerca, y se sentía tan débil que la más tenue promesa de su llegada enviaba espasmos de aletargada somnolencia a sus brazos y piernas. Era una sensación horrible para alguien de un físico tan dotado, pero Benison apretó los dientes y consiguió incorporarse hasta quedar sentado.

El Malkavian sabía que se encontraba al borde del letargo, el profundo sueño recuperador que necesitaba a veces su especie para sanar las heridas que habrían terminado de sobra con un mortal. En el caso de Benison, el daño no era tanto físico como emocional. Pero la causa de su herida más profunda, la pérdida de su querida Eleanor, era también lo que le impulsaba a moverse, a anhelar, a existir. Se veía impulsado por la necesidad de vengarla. Si los otros creían que antes estaba loco, ahora se encogerían ante el espectáculo de su terrible naturaleza.

Mas ahora era Benison el que se encogía. El Malkavian volvió a derrumbarse. No necesitaba estar sentado para escuchar el grito de ayuda que resonaba en su cabeza. No era la voz de su dulce y amada Ventrue desde la tumba (aunque sí que había hablado con ella

mientras dormía por el día), sino la de la Toreador, Victoria Ash. Una de las primogénitas en la que había sido su ciudad.

Así que también ella había sobrevivido. A pesar del extremo agotamiento que le hacía sentir su cuerpo tan liviano y pesado a un tiempo como la materia de las lejanas estrellas, Benison consiguió esbozar una triste sonrisa. La mujer *sobreviviría*, pensó. Su especie lo conseguía a menudo. Los bellos siempre encontrarían benefactores.

Ella buscaba uno en aquellos instantes. Quizá no hubiese escapado, sino apenas sobrevivido, y ahora despertase para descubrir que se encontraba presa del Sabbat. Aquello también tenía sentido para Benison. El Sabbat disfrutaría con un juguete como ella. *Puede que pronto esté tan loca como yo*, pensó.

Por suerte, pese a su debilitada condición, Benison pudo resistirse a la llamada. Aquella exhortación era de las que no podían ignorarse. Si él podía conseguirlo en su estado, entonces Victoria debía de sentirse débil e indefensa a su vez. Así que era probable que se resistieran también otros, si es que llamaba a alguien más.

Lo que hizo que Benison se preguntara si estaría pidiendo auxilio en realidad, o intentaba atraerlo a las redes del Sabbat. El otrora príncipe suponía que el Sabbat debía de tener cierto interés en encontrar su cuerpo. Puede que Victoria estuviese dispuesta a canjear su vida por la de ella.

Si era cierto que necesitaba auxilio, tendría que ser otro el que ejerciera de rescatador. Benison tenía motivos suficientes, aparte de su condición, para negarle su ayuda, motivos que giraban en torno a la dinámica de la fiesta que había organizado Victoria. Los sentimientos de Benison respecto a Julius, un arconte Brujah, habían cambiado ahora que ambos habían luchado por sus vidas codo con codo. De no ser por ese lazo creado por las extremas circunstancias, lo más probable es que hubiese habido derramamiento de sangre entre ellos. Benison asumía que aquello había sido idea de Victoria Ash.

Además, Eleanor nunca se había fiado de aquella mujer. Mientras era príncipe, Benison había hecho la vista gorda, tomándose como las rencillas de rigor entre Toreador y Ventrue, pero ahora que lo habían apeado de su trono ya no le quedaban motivos para negar lo evidente.

Así, en el menos impresionante de su antigua multitud de refugios, Benison agachó la cabeza y cerró los ojos. Faltaba una hora para el amanecer pero, aunque despuntara el alba, el interior de aquella primera planta lo protegería.

LUNES, 26 DE JULIO DE 1999, 3:30 AM

CATEDRAL DE SAN JUAN EL DIVINO, CIUDAD DE NUEVA YORK

Regreso junto a mi dama. Quizá ceda por fin. Quizá me muestre el camino. *Él me dará vida, dice. He rezado lo suficiente y dentro de pocas noches me concederá mi deseo y bailaré, saltaré, brincaré...*

No le digo que la vida que él le ofrece no se parece en nada a las que le otorga a su otra creación.

¡La obra maestra ha comenzado por fin!

Ojo de tritón, ala de murciélago... los lobos le han proporcionado un nuevo ingrediente para la mezcla.

Salen de los bosques en dirección a su aguilera montañosa, estos lobos metamórficos. Corren a dos o a cuatro patas y lo único que buscan es sangre, pero no se imaginan el poder. Ya están condenados, lo veo. La mayoría.

Rodean la montaña y creen que encontrarán dentro a su presa. ¿Quién podría hacer frente a la manada? Pero cuando entran, la propia montaña se alza y los lobos descubren que se han adentrado en sus fauces por voluntad propia. La montaña se despereza y se transforma en un enorme dragón que devora a los pobres animales.

Unos pocos escapan cojeando. La perra blanca que necesito se cuenta entre ellos. Sigue husmeando en busca del rastro adecuado. Igual que yo. Muchas de sus pistas son falsas. El hijo de la mangosta la tiene. El áspid negro la tiene.

La montaña tiene su sangre. Sangre de lobo, ojo de mangosta... Veo a través de ese ojo, y el hijo del renegado, mi artista dragón,

ve a mi paloma con él. ¿Verá también el peligro al que habrá de enfrentarse nuestra paloma? ¿O sabrá ya lo del tejón? Yo no. Puede que el tejón venga después. Puede que viniera hace mucho.

¡Menuda mezcolanza! Añade el alma de un brujo, ya en posesión del artista. La veo enroscándose con él. Quiere permanecer con vida mientras exista uno de sus diseños perfectos. ¿Qué visiones vería? Debe de haber visto algo. De no ser así, ¿para qué ponerse en manos tan inexpertas antes de que Atlanta ardiera de nuevo?

¿De qué sirven los materiales si el artista no sabe cómo malearlos? Pero él es más que un artista. Lo era, pero no se ganó la sangre del artista. Es el hijo del renegado. Y la prole de la serpiente. ¿Cómo puede ser ambos?

Es la visión de la musa lo que le guía. Vuelve a coger la paloma, pero ha terminado su obra. Entonces, ¿necesito a la paloma? ¿Habré de recompensar al escultor con la verdad? ¿Qué verdad le ofrezco? ¿La mía?

¡Cuántos ingredientes! Los combina con maestría. Con crueldad. El barro cobra vida en las manos del escultor, pero sólo después de ser manipulado, y eso es lo que no comprende la mujer que tengo ante mí. Ella recibió otra clase de vida. Se la dio un mortal. Bailará cuando el vástago del dragón se lo ordene, pero no vivirá ni más ni menos de lo que moriré yo. Aunque estará cerca, y yo también.

La gran ave emprende el vuelo de nuevo, pero no volveré a ser su pasajero. Diez veces en su pico.

No es cruel, sólo descuidado.

Veo cómo retuerce los miembros y repara la piedra. Los teje y los corta. Los miembros mueren. La piedra renace.

Veo un esbozo de lo que pretende conseguir. Espero que lo logre. Ahí está gestándose algo especial. Debo observar. No importan las consecuencias. Observaré.

La gran montaña del dragón se vuelve hacia nosotros, hacia el artista y hacia mí, y se dispone a devorarnos. Miro al engendro del dragón para ver cómo debo reaccionar. Abre los brazos de par en par, agradecido, así que lo imito. Caigo dentro del vientre de la bestia y, en la más completa oscuridad, veo.

El artista prosigue con su obra. Continúo observando. Me

estremezco presa de la histeria por encontrarme *tan* cerca del dragón. Se me permite estar aquí pero su atención se concentra en el chiquillo.

¡Esto! Esto es lo que he esperado durante siglos. Desde mi Abrazo, o desde que nací, incluso. Estos secretos, la verdad del fin de los tiempos, la verdad de aquellos que lo traerán y cuándo y por qué y dónde comenzará y de qué modo y quién se alzarán en contra y quién lo ansia y *todo*.

Puede que sea esperar demasiado. No es sólo la proximidad... ¡es que estoy tan cerca! Si supiera de mí. Debe. ¡Lo sabe! Puede sentir que lo sabe y cómo siento que no lo sé, pues no consigo detectar ni discriminar *nada* de él o de sus pensamientos. Aparte de que lo que busco está aquí. Aunque puede que eso no sea sino yo salvándome de mí mismo. Salvándome de una eternidad de remordimientos. Es mejor fracasar que no conseguirlo.

Lo sé porque sigo lejos. Dentro, pero no entre, como el artista engendro del dragón. No siento celos, sólo lamento haber perdido la oportunidad.

Pero la oportunidad se forja a sí misma. La oportunidad es la creación de este artista.

Me parece imposible asir siquiera una discreta porción del infinito. Imposible separarlo del resto. Analizarlo. Comprenderlo. Debo estar entre.

Pero, ¿cómo?

¿Cómo?

Lo cierto es que no podría decir por qué había insistido Anatole en rezar con esta mujer durante todo el mes que llevamos en Nueva York, ocultos tras el sistema de calefacción situado en el sótano. Sospecho las razones, claro está, pero todo lo que tengo son hechos,

y cuando intento descifrar la motivación o la explicación de las obras del Profeta de la Gehena, los hechos no bastan.

Le di algunos consejos y algo de información a Anatole poco después de nuestra llegada, y él escuchó y prestó atención como tiene por costumbre. Es decir, actuaba según los datos proporcionados sin reconocer en ningún momento la fuente de los mismos. No es que me queje. No mendigo agradecimientos ni aspiro a ningún reconocimiento. No soy de los que se dejan adular y, desde luego, no estoy ayudando a Anatole a lograr mis propios fines.

Los suyos son lo que importa. Es una pena que nadie sepa cuáles son sus fines. Me lo tomo como una misión particular, el determinar su sino de forma racional antes de que él lo dictamine por medio de profecías o visiones, pero luego me vuelco en el descifrado del hombre. Si no sé por qué elige ciertos cursos de acción, más difícil aún me resulta adscribir un esquema aún mayor o teorizar acerca de una posible conclusión.

En cualquier caso, creo que Anatole conoce su destino de forma subconsciente. Claro que, ¿qué será lo que no sepa de forma subconsciente? Se niega a reconocerlo. Le he interrogado al respecto, sobre todo después de nuestro último vuelo con reserva a bordo del Concorde, pero ya hace semanas que permanezco en silencio.

Le señalé al Nosferatu que nos siguió desde el aeropuerto. Supongo que decidió que carecía de importancia el que ese clan supiese adónde iba, porque no cambió el rumbo. Pero no quería que lo observaran, así que solicitó la bendición de la dama y ésta ahuyentó al vampiro.

Nadie más ha podido entrar, y eso que lo han intentado por todos los medios. Ocultos, por medios arcanos y científicos. Enviando mortales y ghouls e incluso a un mago, creo. Anatole no quiso confirmar mis sospechas.

Luego trajeron a uno de los suyos que había sido sacerdote en vida y consiguió penetrar el umbral del jardín. Espero que los Nosferatu no piensen lo mismo, pero lo cierto es que Anatole le permitió la entrada al hombre. Para que los Nosferatu siguieran haciéndose preguntas, supongo. Ahora caerán en el error de creer que podrán acercarse a Anatole cuando quieran, y éste lo permitirá, hasta

que encuentre razones para desmentirlo. Luego los Nosferatu se quedarán perplejos y sin tiempo para perfeccionar una técnica que pudiera funcionar.

Anatole pasó tres noches hablando con este Nosferatu. Insistió en que el huésped pasara la noche dentro de la catedral, y sugirió que, en caso contrario, no volvería a hablar con él. Así que, claro está, el Cainita se quedó, con el requisito añadido de que no comunicarse con el resto de su clan *en ningún caso* hasta que la conversación hubiera tocado a su fin.

No fue un diálogo constante, ya que Anatole tampoco tenía mucho que contar, me parece. Veréis por qué no puedo decir más que "me parece" en un momento. En los periodos de silencio, Anatole le pidió al Nosferatu que se uniera a él en sus oraciones.

Por fin, cuando dio por concluida su entrevista con el Cainita, Anatole obligó al Nosferatu a olvidar toda la conversación. Lo mismo hizo conmigo. Me pregunto si él mismo recordará el contenido de la misma.

Así que ya veis por qué me cuesta tanto comprender las acciones del profeta. ¿Para qué dedicar tanto tiempo si todo va a ser en vano? Sólo puedo concluir que algo durante el transcurso de la conversación consiguió que Anatole decidiera que ésta jamás debió haber ocurrido.

Me pregunto si el Nosferatu comparte mi confusión. ¿Por qué debería recordar que tuvo lugar aquella conversación si se me niega el recuerdo de su contenido? También sería interesante que el Nosferatu recordara las palabras, pero no al orador. Éstas son algunas de las especulaciones a las que me enfrento. Me niego a abandonar a Anatole, así que no puedo interrogar al Nosferatu al respecto.

Fue al día siguiente cuando le proporcioné a Anatole el último consejo que consiguió llamar su atención: Deja que los Cainitas puedan entrar. Mientras todos los Nosferatu ajenos al clero tengan denegado el acceso, sabrán al menos que está aquí por defecto, puesto que no conseguirán aproximarse. Asumo que se presentarían pocos voluntarios dentro de ese clan para pasar tres días con Anatole, el Profeta loco de la Gehena, si saben que luego no conseguirían acordarse de nada.

Además, me gustó el cambio que supuso ver a Anatole ocultándose de los Nosferatu. Llegaron a hurtadillas por los pasillos, cuatro de ellos, pero no lo encontraron. Anatole llegó incluso a interrumpir sus oraciones con esta mujer por un día, a fin de perpetuar la charada. Creo que los Nosferatu no han vuelto.

Así continúa, rezando junto a ella. He intentado decirle que la mujer es una estatua, una creación de lo que llaman arte moderno, pero él me responde que está dotada de vida y que incluso podría llegar a bailar.

Sea lo que sea lo que quiera decir con eso.

Pero ahora, esta noche, es muy distinto.

Se encuentra relativamente aseado, dado que le sugerí que se acicalara antes de subir al Concorde y, ya que desde nuestra llegada a la ciudad de Nueva York no ha salido de la catedral más que para pisar el cuidado césped de este jardín, no ha tenido ocasión de ensuciarse. Por tanto, no se baña primero como hiciera en el Miljacka hace dos años, sino que se desviste sin más y extrae la roma navaja de su cartera de cuero.

Anatole se sienta, desnudo, y se corta los rubios cabellos.

Luego ora junto a la mujer y ocurre algo espléndido. Es todo cuanto puedo decir. Anatole musita algo acerca de un paisaje esculpido y dibuja algunos bocetos en el suelo, tan intrincados que me parecería imposible que ningún escultor lograra realizarlos jamás en piedra ni tierra, aunque Anatole diga que el artista lo está consiguiendo.

Mi amigo borra cada parte a medida que el artista la completa, mientras yo me mantengo ocupado intentando unir las diversas secciones. Un agujero conectado comienza a formarse en mi cabeza. Me abruma la genialidad de la obra. Desearía estar frente a ella, caminar entre los pilares, las arcadas y los enrejados que conforman este artefacto, delicado y, al mismo tiempo, geológico.

Es entonces cuando me percató de que el amanecer se aproxima y de que Anatole no parece darse cuenta. Se lo menciono, pero no responde. No me extraña. Suelo advertirle en demasía acerca de este tipo de asuntos, por lo que Anatole ha adoptado la costumbre de ignorar mis primeras señales de aviso.

Aunque en esta ocasión no pecho de insistente, pues también yo he caído bajo el influjo seductor de las grandiosas imágenes de la creación, por lo que, supongo, he fracasado. Arrecio mis llamadas de atención a Anatole.

Aún nada. Pasa el tiempo. El alba se encuentra a minutos de distancia. Comienzo a gritarle a Anatole, algo que habré hecho en contadas ocasiones en el pasado.

La situación todavía no bordea lo desesperado. Si Anatole fuera un crío Cainita, un Vástago, entonces sí, acecharía un peligro mortal, pero es más antiguo y sabio que la mayoría a la hora de proteger su cuerpo de los estragos de los enemigos y el fuego y, sí, también de la luz del sol.

De hecho, a medida que el amanecer se acerca, empiezo a preocuparme cada vez menos por el daño físico en sí que los rayos de sol pudieran infligir sobre su cuerpo y más por la apatía de Anatole. Ni siquiera un comentario paradójico o indescifrable. Nada. Es como si estuviera atrapado en esta visión de roca mutante y carne maleable. Anclado en un plano mental, si no físico y astral a su vez.

Cuando el alba se encuentra ya al doblar la esquina, lo regaño y lo maldigo como nunca antes lo había hecho. Saco a la luz todos aquellos ejemplos en los que mi desdeñado consejo podría haberle evitado problemas o pesares y se los echo en cara. Intento clavárselos en lo más hondo de su sesera.

Ni se inmuta.

Miro al cielo y veo que, sin lugar a dudas, comienza a clarear. Ha transcurrido al menos un siglo desde que viera por última vez un cielo tan dispuesto a madrugar. Ojalá pudiera mostrarme tan despreocupado como mi amigo, o tan descuidado, para así disfrutar de este instante. Pero esta es mi cruz y he de cargar con ella.

Intento que las articulaciones de Anatole respondan, que se doblen siquiera, ¡que cedan un milímetro! Pero no consigo moverlo. Se ha anclado en ese lugar con la misma fijeza que la mujer de metal que nos observa desde lo alto.

Cuando los láseres del sol despuntan por el horizonte, y pese a que estamos lo bastante aislados en este patio como para que la luz nos bañe directamente, el brillo con el que traspasan las nubes ilumina

el mundo. Enmudezco de asombro, y de dolor. La carne de Anatole ha comenzado a humear.

Por increíble que parezca, permanece sentado, inmóvil. Desnudo, con los mechones de pelo cortado dispersos alrededor. Me encojo de dolor, y él ni se inmuta. No logro comprender la existencia de algo imaginario, visionario o intelectual que pudiera absorberme y consumirme de tal modo que lograra anestesiarme ante este tipo de agonía. Le grito a Anatole.

Su carne comienza a cuajarse bajo la luz del amanecer. Observo horrorizado cómo se ampolla, se funde en algunos lugares y recompone en otros cuando los poderes protectores que el profeta ha cultivado durante siglos actúan para contrarrestar la amenaza.

Por fin, me veo obligado a suplicar. *Por favor, por favor*, imploro, *si no lo haces por ti, ¡piensa en mí!* No me puedo creer que esté pronunciando estas palabras, y rezo para que los restos de inteligencia que queden en mi interior hayan elegido estos ruegos a fin de impulsar a Anatole a buscar refugio para *él*, no para *mí*.

Él es el que importa, el esencial. Yo soy dispensable, ¡pero aún puedo ayudarle! Quiero ayudarle...

Duerme, me dice.

¡No me puedo creer que le esté oyendo dirigirse a mí!

El dragón nos devorará a ambos, dice. *Al joven brujo y a mí*.

Entonces vuelve a desaparecer y yo encuentro un agujero profundo y oscuro donde ocultarme.

Anatole se queda sentado al sol.

El escultor se encorva ante su obra. Trabaja sin descanso en las profundidades de la montaña mientras le observo. Se creía a solas

con sus materiales, pero también éstos le observaban.

Su obra es un pequeño universo. O puede que un portal a uno mayor.

Sangre de lobo, ojo de mangosta, alma de bruja, todo ello moldeado por las manos de un hechicero dirigido por una paloma y un dragón. También ellos lo han ocultado, pues su verdadero señor sigue buscándolo.

¿Se habrá escondido en la creación?

El amo que no tiene nada que ver con ella, que no se la merece, lo encontrará pronto. ¿Debería importarme?

Creo que sí. Esta creación ha de ser hallada y, aunque puedo verla y sentirla, no sé cómo.

Se ha convertido en su obra. Un artista se crea a sí mismo una y otra vez a través de su obra, adonde va a para una parte de él. Esta roca... forma parte de una legión. Profeta ahora para los brujos inmortales. Altar y osario para los lobos. Ambos, todos, profundos hasta que lo que ven se torna conocido.

Luego cesan. Yo nunca he disfrutado de ese privilegio, nunca he sido capaz de detenerme mientras siguiera sintiéndome cómodo. Siempre desentraño más de lo que debería ver, o de lo que se supone que debería haber visto, para después verme obligado a trazar esos diseños en un cerebro inmortal, mas aún de carne.

Familiaridad. Conexiones. La sangre fluye de la montaña en una arteria tan vasta como el túnel que la surca y se estira hasta lo infinito. La mangosta rodea el mundo. El pez dragón la sigue de cerca.

¿Ésta es la respuesta?

La música de las esferas suena para todos nosotros.

¿Se disiparán estas conexiones? ¿Cabrán aún más? ¿Serán demasiado estridentes las súplicas de los lobos y ahogarán los mensajes? ¿Se los puede domar?

¿Será una seductora la bruja? Continuó su vida por medio de encantos carnales. Como éste. ¿Hará lo mismo para reclamar lo que era?

La paloma vuela.

La perra blanca corre.

El áspid negro se retuerce.

El hijo de la mangosta baila.

Recorren tantas sendas diferentes, cruzan tantos lugares y tiempos distintos. ¿Cuál es mi ruta?

Si la solución a un enigma tan simple es así de vaga, ¿qué oportunidad tendré de conocer al dragón?

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 3:03 AM

INTERESTATAL 80, AL ESTE DE SOUTH BEND, INDIANA

Sé que lamenta haberse perdido el baile, el cual tuvo lugar noches atrás, pero Anatole pensó que sería mejor estar lejos de la catedral de San Juan el Divino cuando ocurriera el acontecimiento. No alcanzo a comprender del todo el motivo por el que quiso quedarse con aquella puñetera mujer mientras permanecía inmóvil para luego marcharse al primer indicio de actividad.

Anatole dice que no procedía hallarse en medio de aquel ballet, que ya son demasiados los bailarines. Cualquiera diría que muchos de los que elegiría seguir se contarían entre los participantes de aquella danza, pero Anatole dice que hallará la guía que le muestre el camino.

Obvia decir que sus palabras no responden a las preguntas que acuden a mi cabeza al pensar en aquellos que bailarían con la mujer, aunque tampoco quiera decir que no conoce la respuesta. Así que responde a la pregunta con una declaración que oscurece aún más el cuadro. Para mí, al menos.

¿Para qué necesitamos un guía si lo que vamos a hacer es mostrarle el camino?

Anatole dice que participar en el baile propiciaría que los demás asumiesen que sabemos más de lo parece. Lo cual, claro está, elude la confirmación de si sabemos lo que buscan. Aunque si vamos a guiar al guía, quizá lo sepamos.

También dice que debemos mantenernos a la vista de todos,

aunque no sé cómo lograremos llamar la atención viajando hacia el oeste vía Greyhound a través del norte de Indiana. Aunque el pícaro hombrecillo del asiento junto a los nuestros, al otro lado del pasillo, sí que ha reparado en nosotros. El hecho en sí de que no haya mostrado interés, intriga ni confusión alguna por nuestra presencia indica que es mortal (que sí que lo es, incluso Anatole está de acuerdo en eso), con unos planes que no podrían importarme menos.

Anatole ocupa la plaza junto a la ventanilla, a través de la cual discurre el paisaje. A veces me da la impresión de que descansa más cuando está despierto, igual que ahora, que mientras duerme, ya que las visiones y las alucinaciones lo bombardean durante el día. Estas horas nocturnas le sirven para poner algo de orden en el caos e intentar determinar qué es qué.

También me parece que debe de pensar en nuestros amigos, en los que fueran compañeros durante tanto tiempo, como Lucita. Sé que sueña con ella a menudo, igual que el día que abandonamos la catedral de San Juan el Divino, cuando mencionó que los señores de nuestro guía se habían puesto en contacto con ella y que era probable que nosotros fuésemos los siguientes.

Tengo la impresión de que ella está implicada de algún modo en los acontecimientos que nos rodean y aprisionan, pero su senda la enviará de regreso a Europa, me parece, a enfrentarse con su padre. O eso creo. Supongo que es por eso por lo que Anatole no viaja con ella, porque debe viajar sola.

O quizá se pregunte las razones del éxito de su amigo Beckett, otro Malkavian (presumo) al que Anatole tiene en alta estima. Beckett persigue los misterios de la Gehena quizá con mayor ahínco que Anatole pero, mientras que éste busca la revelación, me temo que Beckett no persigue más que la satisfacción de su ego; la presunción de que ha de ser y será él quien desvele los misterios de la Gehena. Es una conclusión que Anatole comparte, muy a mi pesar. Pero eso no es sino mi propio y horrible ego haciendo de las suyas, supongo. O el amor que siento hacia Anatole; aunque ésa no es sino una racionalización previsible.

En el ínterin, mientras esperamos a que las verdades universales de la vida y de la no vida se revelen o sean descubiertas,

seguimos dirigiéndonos hacia el oeste.

¿Dónde y cuándo nos encontraremos con nuestro guía? ¿Habrá perdido el rastro de nuevo Anatole, tras creerse tan próximo a un modo de acceder a los secretos del Fin de los Tiempos? ¿Seguiremos viajando durante años y más años, a la espera de una guía que nunca llega?

De momento, me basta con esperar que lleguemos a Chicago antes del amanecer. Un milagro es lo único que salvó del sol a Anatole hace dos semanas cuando yo busqué refugio y él tuvo que soportar la terrible luz. Aunque parezca que Anatole suele beneficiarse de tales milagros, prefiero no depositar mi confianza en ellos.

Llegaríamos en un suspiro si no fuera por todas las paradas que hace el autobús. Ojalá el ganado, al igual que la Estirpe, no tuviera que eliminar excrescencias de sus cuerpos. Además de resultar inconveniente en extremo, proporcionaría una explicación nada heroica para vernos acorralados en medio de la carretera al despuntar el alba.

SEGUNDA PARTE:

«AL SUR»

_____ 17 _____

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 5:36 AM

630 DE LA AVENIDA WEST HARRISON, CHICAGO, ILLINOIS

Esperaba que vinieras, pero sabes que siempre estoy contigo. Veo lo que sabes, por eso sé que me seguirás. Me seguirás porque soy tú y te he esperado aquí, ahora, y por este motivo: para descubrir

tu futuro y revelar un pasado.

Sí, sígueme por aquí. Baja por la calle Roosevelt. Ésa es la entrada a la terminal de trenes, la "L". Subimos en la Línea Roja. Hacia Belmont.

Mira, ya estamos aquí. Nos encontramos cerca de nuestro destino, pero el amanecer se aproxima y también aquí te mostraré un lugar donde descansar. Somos extraños, sí, como nuestro aspecto, pero aquí habitan fugitivos, aunque sé que no los necesitas para alimentarte. Aquí encontrarás los arreos de la juventud de ahora, aunque sé que te aferras al pasado.

Dentro de este edificio. Sí, ese a través de cuyas ventanas se exhibe la mutilación y la locura. ¿No coges el chiste? Sí, abre tan pronto. Abre para nosotros. Entra, por favor. ¿Oyes la música que sacude las paredes a esta hora tan temprana? Sí, por eso eres tú el que debe descubrir tu propio futuro y revelar un pasado. Yo puedo enseñarte el camino hasta aquí, pero tú debes mostrarnos el camino a todos.

Yo soy sólo un guía, siempre he estado aquí.

Veo que comprendes, confías y crees.

Siempre he estado aquí.

Contigo.

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 5:42 AM

630 DE LA AVENIDA WEST HARRISON, CHICAGO, ILLINOIS

Veo una caravana que atraviesa esta América hace más de un siglo. Viajo subido en una de las diligencias con mis hijos e hijas sentadas a mi alrededor o atrás, con su madre. Los escucho gruñir de dolor e incomodidad, pero debo mantener la carroza en marcha. La pérdida de los demás significaría nuestra propia pérdida. ¿De qué

sirve tener un destino si llegamos solos?

Lleva algún tiempo embarazada. Siempre está embarazada. Es tanta mi prole.

¿Adónde irán todos? Ha habido tantos antes que éste.

El niño sale serpenteando del vientre de su madre y se sienta junto a mí. Está aquí porque conoce el camino. No tardamos en encabezar la caravana de carros y nuestra senda converge con el sinuoso curso de un antiguo río. Viajamos en línea recta, pero el río se impulsa entre pliegues y recodos igual que una serpiente enloquecida atrapada en la caja que sería este valle inscrito entre dos cadenas montañosas.

Los caballos de nuestra carreta tiran de toda la caravana. Se han perdido conmigo. Sin mi hijo, que nos ha mostrado este camino. Nos apresuramos a cruzar el valle, pero no somos lo bastante rápidos. La lluvia, la cual me doy cuenta de que lleva algún tiempo empapándonos, propicia que el río se salga de su cauce. La inundación es roja, pero no como la sangre. Demasiado diluida. Fluye demasiado deprisa.

Las olas bañan los cascos y los tobillos de nuestros caballos y no tarda en lamer el fondo de los carruajes. Seguimos abriéndonos paso a través de la tormenta. El valle se abre frente a nosotros. Si pudiéramos llegar a aquella loma, estaríamos a salvo.

Los caballos resbalan en el limo carmesí, pero tiran de nosotros, inexorables, por el camino sumergido. Las aguas han subido tanto que amenaza con arrastrar a algunas de las carretas pero, en un alarde de fuerza y velocidad, los caballos vadean el valle y se llevan su proscrita carga con ellos.

No llueve fuera del valle. Una llanura inmensa se extiende ante nosotros, pero donde se rozan valle y llanura, donde nos encontramos ahora, se alza una pequeña ciudad. Mi hijo dice que debemos entrar, lo que hacemos pese a ver que el lugar está poblado por tratantes de esclavos, ladrones y asesinos. Pero creen que somos de los suyos al ver que nuestras ropas gotean agua roja, y piensan que se trata de la sangre de aquellos a los que hemos tenido que asesinar para refugiarnos aquí.

No los saco de su error, claro está, ya que necesitamos

descansar. Si queremos sobrevivir, tendremos que aprovecharnos de este malentendido.

Me preparo para dormir hasta el día siguiente. Soñaremos algo más, mis multitudes y yo. Mis multitudes más uno y yo.

*DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 5:48 AM
AVENIDA BELMONT, CHICAGO, ILLINOIS*

Todos los hombres son legión, quizás Anatole más que ningún otro; pero no me preocupa este intruso. Nunca me he preocupado por esa clase de amigo que te informa del favor que te hace. Mejor un amigo como yo, que haga el favor que le pidas.

Si siempre ha estado con nosotros, ¿cómo es que sólo aparece cuando llegamos a Chicago? La mente puede llegar a resultar extraña (algo que yo debería saber mejor que la mayoría), pero un amigo auténtico nos habría ayudado hace mucho. ¿Por qué no hubo indicios de que podríamos encontrarlo en Chicago?

Claro está que me doy cuenta de que he estado quejándome y preocupándome de la sempiterna espera de un guía y que, ahora que aparece uno (de milagro, podría decirse), no dejo de refunfuñar. Bueno, cuando se busca el bienestar de alguien como Anatole, me reservo el derecho a actuar de forma ilógica. Sí, sí, se supone en mí cierta capacidad para dar cuenta de los hechos y, por tanto, que tendría que estar bendito (o maldito) con un mínimo de lógica, pero no se puede ser amigo de Anatole y atarse a una sola dimensión.

Además, para ser sinceros, no logro recordar la última vez que me sentí así de decepcionado con Anatole. Con toda su cháchara acerca de guiar al guía, lo cierto es que se muestra conforme con todo lo que le dice este recién llegado. No como conmigo o con los demás que le hayan ayudado en el pasado, que parecemos invisibles para él cuando acepta algún consejo como verdad indiscutible y otros como

suposiciones incorrectas.

Pero aquí estamos, al filo de otro amanecer, aún sin ninguna idea razonable de qué tipo de asilo encontraremos para protegernos de los rayos del sol. Este nuevo amigo parece que tiene un plan, eso sí; demasiado orquestado, he de añadir. Huelo a trampa, pero aunque no hubiese ninguna, me disgusta la confianza ciega que deposita Anatole en éste.

¿Celos? Quizá. Bueno, sí, lo más probable. Pero Anatole parece más despreocupado de lo normal. Cierto es que sus motivos me resultan ajenos, y que son muchas las decisiones que ha tomado sin que yo pudiera comprenderlas, pese a que tampoco le he guardado rencor.

Hmmm... No me fío de éste, pero he de aferrarme a mi confianza en Anatole.

Parece que hemos encontrado un refugio para el día. Un par de cuartos conectados en el sótano de un almacén.

Me aferraré a esa confianza y, pase lo que pase, estaré aquí para ayudar a mi viejo amigo.

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 9:05 PM

TORRE DE PISOS HARMONY, CHICAGO, ILLINOIS

Estaba sentado en la esquina, observando a Anatole. Era una tarea ora tediosa, ora sorprendente. Qué raro debía de resultar eso de tener sangre Malkavian, pensó. Ver tanto y descifrar tan poco.

Al final, decidió que estaba de acuerdo con la sabiduría común de su clan. Los Malkavian veían la realidad desde el otro lado de cualquiera que fuese ese velo que ocultaba la verdad a los ojos de los demás. Para éstos, esa verdad oculta, revelada, no podría correlacionarse con lo que les rodeaba. Así que los Malkavian estaban locos, o parecían ilusos, o dementes, o proféticos, dado que veían la verdad pero eran incapaces de formularla en términos mundanos para

que los demás pudieran entenderla.

La mayor parte del tiempo, no obstante, Anatole deambulaba sin propósito por la estancia. O permanecía sentado. Callado, por lo general, aunque murmuraba en ocasiones. Estos comentarios eran fortuitos y no parecían establecer relación ni conexión alguna con el aquí y ahora. A ratos, parecía enfrascarse en conversaciones consigo mismo. Distintos tonos de voz. Distintos idiomas, a veces.

El que lo vigilaba tomaba nota de todo esto.

¿Sabía que había hablado en rumano?, preguntaba uno de sus apuntes. El observador hablaba un amplio abanico de idiomas. ¿De qué le serviría embarcarse en una misión clandestina si no podía entender lo que decían sus sujetos? Comprender la sustancia de los comentarios era otro cantar, claro está, sobre todo con alguien como Anatole, aunque su labor no consistía en sintetizar la información.

Sino en dar parte.

La noche discurría y Anatole no evidenciaba signos de impaciencia ni incomodidad. El observador se preguntaba cómo era eso posible. En un lugar desconocido, en una ciudad aún sin explorar, cualquiera, ya perteneciera al ganado o a la Estirpe, buscaría algo de diversión.

Pero, claro está, éste era el motivo por el que Anatole le resultaba útil al señor del observador. El mundo interior de Anatole estaba desprovisto de las ilusiones que ocultaban los secretos a los que miraban desde este lado. Mientras el estudio en el que pasaban las noches impulsara ese mundo interior, el observador tendría alguna oportunidad de lograr su misión.

Solía tener éxito, igual que su señor. Éste era el raro misterio que su señor había tardado dos años en resolver. Dos años y contando, aún sin ninguna conexión directa.

Cuando la oscuridad menguó y el observador supo que la luz del sol no tardaría en iluminar la orilla oriental del lago Michigan, garabateó unas líneas someras antes de recoger a Anatole y llevárselo de vuelta al sótano cercano. Cuando giraban la esquina que los dejaría en la avenida Belmont, el observador tiró su informe dentro de un buzón. Un correo ghoull lo recogería en breve para enviárselo por fax a su señor.

El observador sabía que debía tener paciencia. Ésta era sólo la primera noche. Las visiones no eran algo que se pudiera provocar así como así, aunque confiaba en estar creando las circunstancias apropiadas para atraerlas.

Proyecto Persuasión
Informe nº 2

El sujeto parece gozar de buena salud.

El sujeto parece encontrarse a gusto, tanto en el refugio como en el estudio. Parece que no está al tanto de mi presencia, ni de nada de las proximidades, aunque tampoco se tropieza con el mobiliario ni nada de eso.

Adjunto plano de la planta., tal y como se convino al inicio del proyecto. El recorrido del estudio ha sido mínimo, así que la ruta trazada por el sujeto aparece señalada en su totalidad.

Los apuntes adjuntos son una lista, de todas las frases o palabras inteligibles que ha pronunciado. ¿Sabíamos que habla rumano? Destaco algunos comentarios clave:

- 1. Al entrar se refirió al estudio como un laboratorio.*
- 2. Habla a menudo de un brujo, a veces de un "joven brujo".*
- 3. También ha menciona "gárgola". No aventuraré conclusiones, pero me pregunto si esto hará referencia al fallecido.*

A vuestro servicio.



VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 2:29 AM

BLOQUE DE EDIFICIOS HARMONY, CHICAGO, ILLINOIS

Es enfermizo, en serio. No sólo el que paseen a Anatole de un lado para otro igual que a un perro, sino que él se comporte como uno y permita que esto ocurra. Un perro que husmea un rastro para alguien más.

¿De qué modo encaja esto con los recientes acontecimientos que impulsaron a mi amigo a acercarse más que nunca a las respuestas que ansia? Las respuestas que necesita para mantener a raya su locura.

Puede que la locura no remita. Lo confirma el hecho de que siempre ha formado parte de él, aunque se trate de una aflicción que ha sabido convertir en algo útil. Nunca ha hecho de él un idiota pueblerino del que se burlara la gente. Pero mi vergüenza no me apartará de su lado, aunque haya dejado de hablarme.

¡Ja! Todos hemos dejado de hablar. Mi único consuelo es que Anatole tampoco habla con el nuevo amigo. Unos cuantos murmullos de los que suele dedicarme cuando siente curiosidad por ver si sería capaz de dilucidarlos. Ahora los comentarios son para este nuevo amigo y, aunque puedan parecer más concretos, resultan más fragmentarios. ¡Que el nuevo idiota intente extraer algún sentido!

Ya que hablamos de este nuevo amigo, tampoco él habla. ¿Dónde está? Nos lleva a este enorme edificio en ruinas renovado y nos encierra en él. Sí, vuelve a buscarnos cuando se acerca el amanecer, y gracias por ese atisbo de libertad. Anatole anda de un lado para otro como el perro enjaulado que es. Parece que es incapaz de permanecer sentado. Esta noche no ha parado de recorrer una y otra vez el mismo circuito.

Puede que saquemos algo en claro de aquí; después de todo, aquí es donde vive el joven brujo, el hacedor de la gran obra sobre la que meditara Anatole con tanta intensidad durante varios días, tanto de luz como de oscuridad. ¿Será la humillación el precio a pagar por la

sabiduría?

Quizá sea yo demasiado mundano. Tendría que desdeñar estos detalles como las meras apariencias que son. ¿Cómo podría contribuir la posición social a desvelar las verdades de la Gehena?

¡Bah! En cualquier caso, no me gusta éste que pretende engañar a mi amigo Anatole.

VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 9:01 PM

BLOQUE DE EDIFICIOS HARMONY, CHICAGO, ILLINOIS

Salgo del establecimiento. Mis enseres domésticos durarán hasta el final de la temporada. Veo que ha caído la noche, por lo que sé que mis pretensiones diurnas pronto darán paso a mis proezas nocturnas. Cuando alcance los límites de mi mansión, renunciaré de nuevo al título de lord para volver a ser un humilde nigromante que pugna por desentrañar los secretos de la vida más allá de ésta, mortal.

Mis experimentos se acercan a un punto crucial. Si bien mi especie podría esforzarse por transmutar el plomo en oro, o por aprender los nombres verdaderos de los demonios que aspiran a controlar, lo que yo persigo es dotar a la piedra de la vida de la carne. Si lo consigo, mis ejércitos rapiñarán el oro de mis hermanos y ni todos los demonios a sus órdenes encontrarán almas a las que tentar dentro de los pechos de mis guerreros animados.

Detengo mi carruaje al final de la acera. Los miembros de mi grupo refunfuñan, pero no se atreven a quejarse en voz alta por miedo a atraer la atención sobre sí. Qué atrevimiento. Sigo siendo un lord para ellos, aunque uno de ellos bien pudiera ser mi mentor sin saberlo en las ceremonias enmascaradas que llevamos a cabo en ciertas ocasiones.

Conformamos una sociedad secreta, como secretas son nuestras actividades. Forjo a mis guerreros a semejanza de uno de

ellos, y sé que esto sería motivo de celos para otro si se llegara a conocer. Pero no se puede revelar nada; en caso contrario, los secretos de los que depende mi vida saldrían a la luz y correría peligro por el mero hecho de haber sido engendrado.

En el interior del carruaje, eludo las preguntas de mis compañeros. Sólo respondo que sí, regresamos a la mansión. Esto parece sorprenderlos, como si esperasen otro destino a esta hora tan avanzada. Quizá no tengan planes para la noche, ni siquiera una compañera de cama con la que copular, pero yo dispongo de un buen número de recados de los que ocuparme entre las tinieblas.

También el conductor formula enojosas preguntas y, cuando mis compañeros no pueden responder a ellas, me veo obligado a intervenir. Señalo. ¡Allí! ¿Acaso no veis mi mansión? Momentos más tarde, llegamos. Por razones que estoy seguro que no podría comprender ni siquiera preocuparme, uno de mis compañeros recompensa con una propina al conductor del carruaje. Ah, qué no daría por épocas pretéritas, cuando mis poderes como lord se extendían hasta el punto de decidir sobre la vida y la muerte de cada uno de éstos. Tal es mi herencia y, espero, tal es mi destino.

La mansión bulle de actividad, claro está, pese a la hora tardía. Su proximidad a una populosa zona abarrotada de centros de entretenimiento y diversión contribuye a conservar mi aislamiento, aunque tan despreocupada actividad no encaje con mi persona.

Aguardo en la zona de entrada mientras pasan un puñado de los otros, antes de despedirme de mis compañeros y encaminarme hacia las puertas secretas que comunican con mi laboratorio. Las puertas correderas se abren y entro en la pequeña estancia. Aprieto la secuencia de botones adecuada en la pared y, un momento después, la puerta se abre para revelar el pasadizo que me llevará al laboratorio.

Avanzo con talante sombrío. La anticipación del trabajo de esta última noche en una obra tan delicada comienza a abrumarme con su peso, cuando antes me imbuía de expectación. Esta noche habrán de cincelarse los últimos toques en la piedra, líneas que darán al proyecto la forma de algo que se merezca la eternidad o lo condenarán a las calderas del infierno.

Mi taller ofrece el mismo aspecto de siempre. Un desorden para los demás, no me cabe duda, pero mi familiaridad con este entorno lo convierte en algo preciso y bien engrasado. Al demonio con los demás, pues, ¿qué más habría de haber o habrá aquí? Puede que mande limpiar el lugar tras la finalización de este asunto, aunque obvia decir que la barragana que se encargue de ello me proporcionará la sangre que impulse futuros proyectos. Así es la vida de los campesinos. Ya no puedo asesinar durante el día amparado en la ley, así que el asesinato nocturno, cuando yo soy la ley, se ha convertido en mi método.

Me yergo ante mi obra. Ya puedo apreciar que la transformación del semblante es casi completa. Esta noche le proporcionará el vigor que le falta. Quizá el modelo en sí resulte escalofriante, pero lo he transformado en algo más angelical que el demonio al que se asemeja. Qué apropiado que la muerte que habrá de marchar a mis órdenes posea un rostro beatífico y no demoníaco. ¡Que me subestimen! Mis enemigos no osarán hacerlo más de una vez; pero ese único error supondrá su caída.

Preparo los rituales adecuados para rodearnos al sujeto y a mí. Recito los encantamientos de rigor. Me pongo a trabajar con mano firme. Los detalles comienzan a volverse aparentes y siento el poder que crece en la estancia.

Demasiado tarde me percaté de que parte de esa energía en ebullición no es obra mía, sino que me atacan, y desde una posición insospechada. Qué pena que las líneas y los símbolos trazados con tiza que rodean mi obra no posean cualidades protectoras. Me cogen por sorpresa y no consigo detener a mi señor. Debe de pensar que mi obra supone una amenaza también para él; así es, desde luego, puesto que sabe todo lo que haría falta para destruir a mi gárgola.

Con un aleteo de su mano, mi señor vaporiza la obra. El pulido rostro se ve bombardeado con energía y el horrendo semblante del modelo se revela para quedar reducido a polvo a su vez.

Caigo postrado y ruego por el perdón de mi señor. Jamás habría utilizado mi poder contra él, asevero. Ahora que mi obra ha desaparecido, lo que digo es cierto, y le convengo.

Así es como conservo la vida, pero habré y he cambiado para

siempre. Nunca el señor, sino el peón de muchos.

MIÉRCOLES, 18 DE AGOSTO DE 1999, 4:10 AM

BLOQUE DE EDIFICIOS HARMONY, CHICAGO, ILLINOIS

El enorme estudio lleva prácticamente dos años sin sufrir cambio alguno. Hubo una investigación policial cuando se denunció la desaparición del artista que vivía y trabajaba aquí. Aquel artista, un joven llamado Gary Pennington, nunca apareció, pero el caso sigue abierto en los archivos del Departamento de Policía de Chicago.

Deberían haberse tomado medidas para cerrar el estudio e incluso confiscar las obras de su interior a fin de saldar las numerosas deudas contraídas por el escultor. Los prestamistas alabaron aquella propuesta ya que, escasos meses antes de su desaparición, Pennington había participado en una exhibición a tres bandas en una reputada galería sita en la Magnificent Mile de Chicago. Sus obras acapararon los mayores elogios, pese a lo cual ofertó muy pocas a los compradores. El escultor afirmaba que, a excepción de algunas piezas anteriores que no eran dignas de ponerse a la venta, las obras exhibidas eran las únicas de las que disponía.

Detractores, rivales y astutos inversores declararon que aquella ajustada oferta no era sino un movimiento calculado con el fin de encarecer el precio de su arte. Bueno, el escultor pudo demostrar su sinceridad o, al menos, si existían otras obras completas, no las ocultaba en su estudio. Debían de estar escondidas a conciencia, de ser ése el caso, puesto que fueron muchos los aficionados a desentrañar secretos que intentaron dar con el rastro de los escondrijos en potencia.

El caso es que sus primeras obras ofrecían una calidad muy superior a la que Pennington había dejado entrever, y existía una cantidad ingente de ellas, tanta que los deudores habían salido incluso

debajo de las piedras.

Hasta que un benefactor anónimo salió al paso y saldó hasta el último dólar de la deuda, incluyendo uno o dos espurios, contrahecho por Pennington. El mismo benefactor continuó pagando el alquiler, incluso después de que los acreedores acordaran un dramático aumento del mismo; una táctica que ni siquiera consiguió que el anónimo patrón saliera de entre las sombras para imponer una demanda ni buscar otro recurso.

Así quedó la situación hasta la fecha. Eso fue en esencia lo que el más bien callado observador le contó a Anatole en varias de sus visitas a este lugar, tan elevado sobre los demás edificios vecinos de su fachada oriental que se podía permitir una respetable vista del lago Michigan, el cual incluso desde la altura del piso veinticinco se extendía hasta el horizonte al norte, al este y al sur. Durante el día lo atestaban las embarcaciones, e incluso durante la noche podía apreciarse el intermitente sendero que delimitaban en el agua los botes y veleros reformados para ejercer de restaurantes flotantes.

Pese al constante recital de los hechos que el observador volvía a subrayar en su cabeza, Anatole daba pocos indicios, a juzgar por lo que se podía apreciar a simple vista, de avanzar en su comprensión de lo que había acontecido aquí el veintiocho de junio de mil novecientos noventa y siete. Al menos, no del modo que esperaban el observador o su señor. Había sido una apuesta, una desesperada súplica de información que, aun en el caso de recibir respuesta, le resultaría ininteligible a cualquiera que no fuera Malkavian y operase en la misma frecuencia de onda que el Profeta de la Gehena.

El hecho de que este Malkavian fuera el apodado profeta era razón suficiente para observarlo, y al señor del observador le parecía que, siempre y cuando esto se llevara a cabo de forma sutil, y en tanto en cuanto los esfuerzos se concentraran en anotar y descifrar los barrantos del demente, el visionario bien podría utilizarse para los fines que exigía el clan.

Por suerte, el observador poseía una asombrosa habilidad para evitar que lo detectaran e insinuarse en los pensamientos y mentes de los demás. Aquellos que ya adolecieran de un precario asidero en la realidad constituían, como era fácil de prever, un blanco fácil para esta

táctica.

Los dos hombres se encontraban sentados en silencio dentro de los confines del estudio artístico. Anatole había ocupado su asiento en la zona de trabajo, la porción de aquel sitio hacia la que había gravitado de inmediato y que parecía renuente a abandonar. Había habido breves incursiones en las demás zonas del espacio, tales como el rincón dispuesto para el almacenaje de obras dejadas a medio terminar durante dos años, así como a las habitaciones habitables, entre las que se contaban un pequeño dormitorio, un aseo y un recibidor, todo ello amueblado con absoluta adustez.

Incluso ahora, tan distanciado en apariencia del resto del mundo y olvidado el hábito de la conversación, los ojos de Anatole resplandecían con una llama temible. La única pista que sugería que el vampiro no se había sumido en un estado catatónico profundo era el hecho de que se había descalzado para encajar las sandalias en las manos, con las que frotaba las suelas siguiendo un trazado circular.

Cosa curiosa, el observador presentaba un aspecto muy similar, al menos en lo que a emotividad se refiere. Desprendía una aparente serenidad que lo había llevado a permanecer varias horas meditando acerca de cada palabra y registrando hasta el último movimiento de Anatole, lo que implicaba que el observador llevaba días sin moverse, salvo para garabatear uno o dos apuntes en el transcurso de muchas, muchas horas.

Anatole no aguardó a que nadie lo exhortara a resguardarse de la proximidad del amanecer. Motu proprio, el profeta se incorporó y abandonó el estudio para dirigirse sin más dilación al manido ascensor. Desde allí al almacén sólo restaba un corto paseo.

El observador le pisaba los talones y, por duodécimo día consecutivo, dejó caer un papel doblado con toda meticulosidad en el buzón que se erguía en la esquina de la calle. Esperaba con todas sus fuerzas que se estuviese utilizando toda la información que se preocupaba de enviar. Antes de la misión, se había acordado de que no habría contacto con el exterior a menos que fuese absolutamente necesario ya que, aunque el observador podía permanecer escondido y a salvo, cualquier otro agente podría crear una situación demasiado compleja de ocultar al Malkavian.

El observador exhaló un suspiro y se reclinó en una cama próxima a la elegida por Anatole. El profeta pareció dormirse de inmediato. Aunque existían apoyos mecánicos para aquellas ocasiones en las que Anatole pudiera despertarse antes que el observador, éste permanecía despierto y alerta. Hasta que el sol no hubo dejado tan atrás la línea del horizonte que parecía como si un gran peso lo aplastara, el observador no se permitió entregarse al descanso diurno.

Proyecto Persuasión

Informe nº 12

El sujeto mantuvo su comportamiento de los últimos días: es decir, nada más que sentarse y frotar las sandalias. Las coordenadas de su posición vuelven a variar ligeramente, aunque parece que no guarda relevancia alguna. Por si la información demostrara ser de alguna utilidad (y ya que es mi deber), he registrado las variaciones del rozamiento de las sandalias como ya comenzara a hacer en el informe nº 10. p.e. cuando pasó a seguir un movimiento circular.

Resulta obvio que el Proyecto Persuasión alberga pocas probabilidades de éxito, aunque mis exhortaciones a dirigirnos a Atlanta no han conseguido respuesta. Parece que el sujeto sigue "oyéndome", pero ha dejado de responder.

El tiempo empleado por el sujeto en trivialidades me ha permitido reflexionar acerca de mis días de observación e intentar componer una imagen con los retazos de los diversos comentarios que ha pronunciado. Una inquietante idea que sigo considerando es la de que el sujeto puede, en ocasiones, "asumir un papel" sin más. Por lo general, este papel sería el del "joven brujo". Esto es algo que no puedo verificar (puede que no exista modo alguno de verificar algo así), pero sospecho que cuando ha asumido tal papel, las incoherencias del sujeto describen algún tipo de imagen alegórica procedente de algún tipo de acontecimiento de la vida, del "joven brujo". Por ejemplo, este asunto de la "gárgola" que bien podría ser nuestro difunto. En un

par de ocasiones (sobre todo la noche antes de que comenzara este periodo de aparente meditación, el sujeto ha "creado una gárgola" en su "laboratorio". ¿El fallecido, en un estudio? No puedo asegurarlo, aunque son varias los comentarios que subrayo tanto en éste como en anteriores informes los que el prestan cierta credibilidad a esta teoría.

Proseguiré con esta tarea, claro está, hasta que decidan ponerse en contacto conmigo según los medios ya acordados.

A vuestro servicio.



DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 5:05 AM

REGENCIA HYATT, COLINA DEL CAPITOLIO, WASHINGTON D.C.

El cuarto estaba a oscuras. Más oscuras aún eran las sombras que rodeaban los ojos de la enorme figura, pero lo más oscuro de todo era el humor del Vástago. Su imponente físico se hundía en el mullido asiento de la habitación sin iluminar del hotel. Las dos manos carnosas enmarcaban y cubrían el rostro rubicundo como llevaban haciendo ya durante una hora. La penumbra, una oscuridad tan impenetrable que sólo podía conseguirse por arte de magia, imposibilitaba estimaciones más precisas del tamaño del hombre.

De arte de magia se trataba. El hombre era Borges, arzobispo de Miami, venido a Washington, D.C, para coordinar la continuada ofensiva del Sabbat que estaba obligando a la Camarilla a hincar la

rodilla. Por desgracia, la Camarilla, o alguno de sus simpatizantes, o alguien con un propósito tan inoportuno como desconocido, intentaba asesinar a Borges. O puede que el blanco fuera alguno de sus rivales dentro del Sabbat, Vykos o Polonia.

Sir Talley, el apodado Sabueso del Sabbat, aunque llamarle perrito faldero del cardenal Mondada resultase más apropiado, creía que el objetivo era Borges. Bueno, al menos eso es lo que pretendía creer. Borges sabía que todo podría formar parte del complot, un complot que quizá buscase hacerle andar con pies de plomo para que, a la hora de atribuirse méritos por los baños de sangre de la costa este, fuesen otros los que parecieran más merecedores.

Alguien quiere deshacerse de ti, le había dicho Talley hacía una hora. El muy idiota también le había pedido que dejara las luces encendidas. ¿Para qué? ¿Para que el presunto asesino pudiera ver mejor a su presa? ¿Para ahuyentar a las sombras que constituirían la mejor defensa posible del arzobispo contra un asesino superior? Cualquier otra cosa que no fuera un asesino de extraordinaria habilidad no supondría rival alguno para el talento físico del arzobispo.

Bueno, Torres había muerto, aunque eso no dejaba de ser otra conclusión de Talley.

Todo esto serían vanas especulaciones con las que Borges no se dignaría distraerse, de no ser por la llamada de Vykos. La zorra asexual le había encomendado a Torres un destino que lo mantendría aislado, aunque no el tipo de misión que podría haber resultado en la muerte del hombre. Y aquí estaba de nuevo, llamando con información al parecer fresca de fuentes periodísticas en las que Borges se cagaría muy a gusto, de no ser una información que volvía a atañer a las personas que más necesitaba.

En esta ocasión se trataba de Sebastian. El joven Lasombra ya se encontraba demasiado lejos del lado del arzobispo, en Atlanta, donde se ocupaba de solidificar el control del Sabbat sobre la ciudad. Se suponía que seguía habiendo problemas. Un Tremere y un Nosferatu permanecían ocultos. Persistían los rumores que decían que el antiguo príncipe no había perecido en la conflagración que había barrido a toda una unidad de ghouls de guerra y que aún podría campar por la ciudad, con posibles intenciones de reclamarla. Más

cotilleos irrelevantes.

Pero si Rey Torres resultaba haber muerto, o si continuaba desaparecido durante mucho más tiempo, Borges tendría que haber convocado a Sebastian a su lado. Ese novato de Sutphen no serviría más que para echarle un ojo a todo hasta el regreso de Sebastian. Sutphen carecía de dotes para el liderazgo, así como de ingenio táctico, por lo que Sebastian, que al menos poseía el último de esos dos atributos, sería recibido con los brazos abiertos. No obstante, mientras tanto, Sutphen evitaría que la situación degenerase. El hombre sabía cómo ser un monstruo y podría hostigar sin piedad a quien intentara cualquier jueguito mientras Sebastian el gato estuviese fuera.

Dado que Sutphen jamás podría reclutar a un puñado de simpatizantes, Sebastian no se encontraría ningún conflicto a su vuelta.

Pero ahora Vykos había hecho del todo imposible tal cosa al decir que Victoria Ash iba de camino de regreso a Atlanta. No podía, o no quería, decir con seguridad el porqué, pero creía, o quería que Borges creyese, que iba con intención de organizar la resistencia. Afirmaba que la mujer estaba a punto de desbancar a Benison, o que al menos era la responsable de la presencia del arconte Brujah en la fiesta que el Sabbat se había ocupado de interrumpir con su característica brutalidad y presteza. Y el arconte Julius, junto con Benison, era el responsable del noventa por ciento o más de las bajas sufridas por el Sabbat aquella noche.

Vykos había llegado a sugerir que tal vez, sólo tal vez, Ash hubiese encontrado apoyo parecido para coronarse príncipe.

Para rematar la faena, ¿cómo iba Borges a pasar por alto el hecho de que fuese Vykos la que había capturado a Victoria? ¿Cómo había logrado escapar ésta? O bien era peligrosa, o Vykos era una incompetente. O había incluido a la Toreador en algún tipo de plan a largo plazo.

Si fuese ése el caso, Borges necesitaría un hombre de confianza como Sebastian en Atlanta, aunque eso fuese ni más ni menos lo que Vykos quería.

Borges hundió la cabeza aún más entre las manos. Se

imaginaba que la Toreador sabía resultar persuasiva, y deseaba que hubiese sido él en lugar de Vykos el que le hubiese puesto las manos encima. Él le enseñaría lo que era la persuasión.

Borges gruñó y asió los brazos del asiento. Cuando uno de ellos se ajó ante la insistencia del tirón, a punto estuvo de caerse al suelo. Se enderezó y decidió que lo mejor que podía hacer era adentrarse en la boca del lobo. Dejaría a Sebastian en Atlanta.

En cuanto a él... Bueno, no tenía intención de quedarse al margen. Si Lucita quería un trozo de él, ya podía venir y cogerlo. A lo que se negaba era a perder por quedarse de brazos cruzados.

DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 8:15 AM

BLOQUE DE EDIFICIOS HARMONY, CHICAGO, ILLINOIS

Telarañas de carne y follaje dentro de cavernas subterráneas llenas de agua y dragones.

Telarañas geománticas que cubrían las ciudades.

Una telaraña esculpida de carne y piedra imbricadas que podría albergar y combinar a todas las demás.

La tela de una araña gigante inscrita en un círculo de piedra. No... de cemento. Estirada entre el borde y cuatro puntos, dirigida, no hacia los puntos cardinales, sino al estilo de la huella de un ave.

La rueda gira y se convierte en una serpiente que se muerde la cola. Se convierte en una carretera, en una gran autopista atestada por el tráfico atrapado en unos carriles pegajosos como gigantescas tiras de papel atrapamoscas.

La telaraña de la ciudad.

Una paloma reluciente vuela en medio de todo esto, intentando encontrar su camino, girando de improviso, impredecible, a fin de evitar a los cazadores. Desesperada por volar más alto y disfrutar de la vista aérea, no para comprender las formaciones de la tierra, sino

tan sólo para conocer la disposición del terreno. Las reglas por las cuales regirá su vida.

Un cuervo con cabeza de serpiente espía a la pobre paloma. En la oscuridad, el cuervo resulta invisible, y acelera hasta dejar atrás a la paloma en dirección a una araña silenciosa que aguarda en una esquina de la tela de la ciudad. El cuervo aterriza en la telaraña, tensa sus hilos, pero se apresta a reanudar el vuelo cuando el arácnido surge de las tinieblas.

También la araña espía a la paloma y observa cómo el adorable pájaro aterriza en una jaula de oro. Pero esta jaula se cierra desde dentro y la paloma descansa las alas.

La araña se atusa las peludas patas y se enjuaga las fauces con veneno.

Otras criaturas horrendas aparecen en la periferia de la telaraña. Un escorpión con ocho patas de perro, una cucaracha cuajada de grietas y agujeros por los que rezuma una miríada de diminutos gusanos. Una hormiga putrefacta que segrega un rastro de aceitoso moco negro por un ano supurante cuajado de pequeños dientes. Hay más en la oscuridad, pero no necesitan revelar su monstruosidad.

Arrastrarán a la paloma hasta la tierra, donde la someterán, la desplumarán y se orinarán sobre el brillante plumaje. Sé que necesito a esta paloma. La necesito porque no logro predecir su vuelo, lo cual bien podría significar que no la necesito en absoluto.

Pero debe portar mi mensaje. Comienzo a garabatear mis palabras en un trozo de basto papel. Quizá su vuelo, por ser errático, la convierta en una buena mensajera. Sé que así es, pues de otro modo no la vería siquiera.

Así que si ha de ser derribada, deberé acudir al viejo tejón que lleva tantos años a la espera. Ya ha dejado de dormir, pero sigue aguardando. Sólo necesito escribir el mensaje para que lo reciba, si lo escribo con sangre, lo que hago sobre mi tosco y embastecido papel.

El tejón arruga la nariz. Ya conoce el olor de esta ave y no es que espere, sino que ansia, que tome tierra con bien.

Esa unión exhausta, hombro con hombro en el suelo, se desvanece de mi cabeza y me veo siguiendo el rastro de otro.

Rara vez se me encuentra dentro de sueños ajenos, pero hace

siglos que anticipé la sangre de éste. Hollaré tal terreno. Quizás el verme simbolizado llegue a darme algún día cualquier pista acerca de mis propias visiones y metáforas.

Luego regresaré al sueño que el resto de mi especie disfruta durante el día. ¿Será igual de accidentado su descanso, o acaso duermen en paz?

*DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 9:03 AM
UNA CASA, ESTADOS AVONDALE, GEORGIA*

Estaba soñando, y lo sabía. Iba a ser terrible, y lo sabía. Pero no podía despertar del sueño.

No sólo era de día, anatema para un vampiro, sino que el príncipe Benison se había sumido en el letargo. Las heridas que habían sufrido su psique y su cuerpo hacía dos meses no sanarían ni siquiera por los métodos sobrenaturales de los que se beneficiaba su especie. El único recuerdo desde aquella noche fatídica era otro sueño, el de una hermosa mujer que no era su esposa. Aunque ahora soñaba, mantenía la suficiente consciencia como para recordar aquella visión.

Sabía que aquella mujer era Victoria Ash y, aunque recordaba lo que sentía hacia ella y las dudas que albergaba respecto a lo cierto de aquella llamada de auxilio que había recibido de ella, ya no conseguía odiarla ni tampoco aborrecerla siquiera. ¿Sería este entumecimiento consecuencia del sopor que se había apoderado de él?

Sólo podía admirar su belleza y llorar por su Eleanor, que jamás resultó tan encantadora y que jamás volvería a caminar sobre la tierra.

Las lágrimas del antiguo príncipe nublaron la claridad de su visión. A través de esa bruma apareció un hombre sin ojos. No sólo sin ojos, se percató Benison, sino también sin rostro. El hombre iba tan amortajado en su gruesa capa de algodón que se asemejaba a un

bebé envuelto en una manta protectora. Pero nada había protegido a aquel hombre pues, aunque carecía de semblante que describir, sus gestos, su forma de caminar y su cabeza inclinada comunicaban un dolor y un agotamiento extremos.

Benison pensó por un momento que se veía a sí mismo, su propio dolor; pero la agonía de este hombre era aún más completa. La de Benison podría calificarse de aflicción calculada, de anhelo por que cambiaran las cosas, de ansia de una senda que atravesara aquella selva de desesperación, ¡pero este otro! Su dolor era como el de Benison pero sin un pasado al que aferrarse y sin un futuro al que aspirar.

Vadeaba la neblina que habían levantado las lágrimas de Benison en ese escenario, en dirección al Malkavian otrora príncipe de Atlanta. El hombre sin rostro estiró los brazos, lastimero, en cruz, y cayó postrado de rodillas ante Benison. El Malkavian intentó en vano escuchar las palabras que pronunciara el hombre sin boca, pero también aquel plano vacío había enmudecido. Era un silencio que comenzaba a lacerar los oídos de Benison, por lo que éste se los tapó con las manos.

El extraño sin rostro se incorporó, señaló a Benison y detrás de él. El Malkavian se giró para ver, donde antes no había habido nada, un enorme caldero negro. Humeaba, y la superficie del agua de su interior hervía en ebullición aunque bajo él no se apreciaba fuego alguno.

El gigantesco recipiente estaba inscrito con las sinuosas siluetas de serpientes enzarzadas, dos de las cuales arqueaban los lomos a lados opuestos del contenedor para formar gruesas asas, aunque, lleno, el recipiente pondría a prueba la fuerza incluso de Benison, e incluso vacío serían pocos quienes pudieran izarlo. Ante la mirada de Benison, las serpientes comenzaron a contornearse y, en respuesta a su culebreo, el agua hirvió aún con más furia. Luego el extraño dejó atrás a Benison para interponerse entre el Malkavian y el caldero. Benison ladeó la cabeza para captar la imagen furtiva del recién llegado asiendo ambas asas del gigantesco contenedor. La piel de sus manos siseó y no tardó en ampollarse y enrojecer. Benison intentó gritar algo, pero no consiguió proferir sonido alguno. Las manos del

extraño se ennegrecieron y la carne de la superficie se ajó y descascarilló igual que los delicados restos de una hoja de papel arrojada al fuego.

Benison se acercó y vio que el agua permanecía ahora en una rara calma y que, dentro del líquido, el reflejo del extraño poseía rostro. El Malkavian volvió a mirar al desconocido, pero éste seguía careciendo de semblante.

Cuando Benison volvió a clavar los ojos en el agua, el rostro de su interior le devolvió la mirada. Su boca formaba palabras insonoras. Benison intentó leer los labios y, aunque éstos parecían pronunciar sílabas inconexas, o puede que pertenecientes a un idioma desconocido para Benison, y su entorno permanecía en el más absoluto silencio, el otrora príncipe no pudo escuchar ninguna frase.

–Tráeme el Manto de Nessus –decía el rostro reflejado.

Aunque no sabía qué quería decir aquello, qué manto era aquel ni a quién debía llevárselo, Benison asintió con la cabeza. En aquel momento, la imagen reflejada del desconocido perdió también la cara.

El extraño deshizo los pliegues de algodón que lo amortajaban y tiró la brazada de tela a un lado, que cayó en un montón de trapos sucios y raídos. Desnudo, el desconocido parecía mucho más pequeño. Era muy delgado, con una larga melena que le caía sobre los hombros y ensombrecía gran parte de su semblante desprovisto de rasgos. El extraño se sentó. Desnudo como estaba, extrajo un puñal de alguna parte y se cortó el cabello en grandes y toscos mechones. Cayeron desparramados sin orden ni concierto, a su alrededor, sobre su regazo. Cuando hubo terminado, se irguió.

Benison no hizo ademán de detener al extraño (o quizás no pudiera, el Malkavian no estaba seguro) cuando éste se zambulló de cabeza en las límpidas pero humeantes aguas. De improviso, el ruido se hizo en el sueño y el chapoteo del agua sonó como una explosión atronadora. Sólo un puñado de gotas salpicaron fuera del caldero para, en pleno vuelo, transformarse en sangre. Varias perlas carmesíes aterrizaron a los pies de Benison y patinaron igual que cuentas de mercurio, o como si el suelo hubiese sido pulido con esmero, o como si careciera de fricción. Dos o tres cayeron sobre el propio Benison y traspasaron las ropas con las que se cubría el

Malkavian.

Benison se apresuró a despojarse de sus vestimentas, demasiado tarde, aunque no sabía con certeza para qué era demasiado tarde. En cualquier caso, la sangre formaba ahora máculas en la piel del Malkavian, manchas que no se podían limpiar por mucho que se frota. Se asemejaban más a brillantes marcas de nacimiento, dos en el torso y una en su brazo izquierdo. Benison se quedó desnudo de cintura para arriba.

El agua del enorme recipiente bulló por un instante antes de recuperar la calma. Se acercó y echó un vistazo al interior, inclinando el rostro tanto como el extraño había hecho antes. No proyectaba reflejo alguno en el agua, sino que en ésta comenzó a formarse una imagen animada.

Una demacrada mujer desnuda se erguía sobre un pedestal. Exhibía una belleza desconcertante. No se apreciaban trazas de hermosura física, pero la suavidad de sus curvas y la gracia de su postura le conferían un atractivo animal. Una impresión de su distancia, un alejamiento del observador, dieron pie a una exuberante fecundidad que incomodó a Benison. Sólo se atrevió a seguir mirándola porque ella mantenía los ojos cerrados y así él se libraba de la impresión de que pudiera devolverle la mirada.

Una serpiente de metal reptó por el borde del caldero e irrumpió en la escena del agua. Describiendo lentos círculos alrededor de la figura inmóvil, la serpiente reducía distancias con cada circunnavegación como si hubiera hecho presa en ella algún tipo de inexorable fuerza gravitatoria. No tardó en rozar los pies de la mujer, que se estremeció, aunque permaneció inmóvil cuando la serpiente se enroscó en una de sus piernas y comenzó la metódica escalada hacia la rodilla y luego el muslo, hasta hender el negro vello del pubis de la mujer y rodearle la cintura. Siguió hasta dejar atrás el estómago y conquistar las discretas cimas de sus senos, antes de abrirse paso por los oscuros recovecos de sus hirsutas axilas y terminar enroscándose en su cuello.

Allí se transformó la serpiente en un grueso manto de jade que cubrió a la mujer. Ésta abrió los ojos y, al momento, Benison se dio cuenta de que se trataba de Hannah, la primogénita Tremere de

Atlanta cuando él era príncipe. Ahora era ella la que observaba a Benison, y aquel rostro que él jamás había visto atribulado con emoción alguna se tensó presa del miedo.

Benison asistió confuso a la transformación de las manchas de sangre de su torso y el brazo que, de improviso, se convirtieron en pequeños glóbulos rojos y saltaron al agua. Una corriente invisible los diluyó y descendieron en espiral hacia la imagen de Hannah. Las tres cintas de sangre llegaron hasta ella a la vez y se unieron muy despacio cuando la bruja Tremere posó la mirada sobre cada una de ellas.

Un centelleo más tarde, Hannah se había desplomado en lo alto del pedestal y su túnica verde aparecía manchada de sangre. Un instante después, el tiempo suficiente para que aquella escena quedara grabada a fuego en la memoria de Benison, la imagen del agua explotó en un furioso baño de vapor.

Retrocedió por miedo a que le salpicaran más gotas, como ocurriera antes. En ese momento, un par de pies comenzaron a estirarse fuera del agua y, de algún modo, Benison supo que pertenecían al desconocido. Las espinillas y los muslos vinieron a continuación, antecediendo a las nalgas desnudas del extraño fuera de las embravecidas aguas. El desconocido continuó desligándose del líquido y giró formando un ángulo que pronto lo dejó de pie con la espalda vuelta hacia Benison, con las manos apretadas en torno a los mangos ofidios igual que antes, pero sin que ardieran al contacto.

Con gran esfuerzo, el desconocido levantó el caldero a pulso. A medida que lo izaba, le dio la vuelta. No se derramó agua alguna, ni siquiera cuando estuvo del revés por completo, sobre la cabeza del extraño.

El hombre se giró para darle la cara a Benison, lo que sí pudo hacer en esta ocasión, puesto que ahora exhibía el semblante que antes se reflejara en el agua.

–El Manto de Nessus –dijo.

En ese preciso instante, en un diluvio de agua y vapor, el contenido del caldero se derramó y empapó al extraño... y al sueño en su totalidad.

Los ojos de Benison aletearon devueltos a la vida en una

habitación del interior del primer piso de aquel, su más adusto refugio. Los recuerdos de Eleanor, Victoria y Hannah se fundían en uno solo, y rugió enfurecido. ¡No se dejaría robar la pura memoria de su esposa!

¿Sería aquel un efecto del letargo? ¿Un medio "natural" de conservación, instintivo para cualquier Vástago?

Pese a sus deseos de sentir una abrumadora necesidad de vengarse, Benison no fue capaz de invocar emoción alguna. Con un abrupto estallido de consciencia, supo lo que tenía que hacer, así como la identidad del desconocido que lo había visitado en sueños.

Se encogió ante la perspectiva de lo que él consideraba un propósito horrendo, pero el coraje de su corazón se mantuvo dispuesto a satisfacer las necesidades de Anatole.

Benison se desplomó de espaldas sobre su lecho y durmió en paz durante el resto del día, soñando sólo con Eleanor.

*DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 8:54 PM
UNA MANSIÓN EN BUCKHEAD, ATLANTA, GEORGIA*

El que la vida se componía de un cúmulo de ciclos era una teoría con la que Victoria hubiese comulgado de inmediato, sentada en su espacioso salón. Por desgracia, también se veía obligada a admitir que los ciclos en los que se veía sumida de un tiempo a esta parte más se merecerían el apelativo de ciclón. Estaba atrapada y giraba sin objetivo, sin sentido y sin propósito.

Al menos, en lo que a sus propias ambiciones concernía. El resto de la Camarilla que había abandonado hacía dos noches en Baltimore estaba cayendo por culpa de su falta de rumbo.

Se llevó un esbelto dedo a la mandíbula, sin dejar de observarse en el espejo, con intensidad. Por fin había logrado soportar el gesto de verse reflejada de nuevo, aunque evitó a conciencia el seguir el lento aunque inexorable avance del dedo hasta aquel punto en su rostro.

Prefirió estudiar con asombrosa vehemencia el reflejo de sus propios ojos. Quizás confiara en encontrar una visión allí reflejada, pero lo único que veía era el mismo semblante cuasi perfecto que había llegado a hastiarla y que había impulsado a tantos a pecar de indecentes pensamientos. Y acciones, en aquellas ocasiones en que ella lo permitía, lo que llegaba a hacer de vez en cuando, aunque nunca se cumpliera el tipo de consumación soñada.

La yema del dedo llegó a su destino y Victoria sintió los surcos, apenas perceptibles aunque faltos de gracia, de la marca que se había negado a desaparecer. Ni toda la sangre de Baltimore había conseguido sobreponerse a ella.

Una serpiente que se mordía la cola. La historia de sus últimos meses. El símbolo del Sabbat que, en esencia, la había violado hacía dos meses en esa misma ciudad.

Por un momento, había estado a punto de convertirse en príncipe de aquella ciudad; ahora era su prisionera. No de forma física, puesto que un Vástago taimado podría encontrar entradas y salidas de casi cualquier lugar en la tierra, por muchos que fueran los impedimentos. El Sabbat que controlaba ahora esta ciudad otrora regida por la Camarilla no había contado con alguien de la astucia y los contactos de Victoria Ash, aunque el hecho de entrar en la ciudad en sí había resultado más sencillo de lo esperado. La antigua primogénita había conducido su coche alquilado por la 1-85. Fue de lo más sencillo, aunque resultara irrisoria la imposibilidad de tal gesta para muchos Vástagos de su edad, que no habían encontrado tiempo de aprender a controlar aquellos carruajes impulsados por gasolina y que, aunque ya no constituían ninguna novedad, habían impuesto la forma del paisaje y el ritmo al resto del mundo; privilegio que ahora ostentaban los ordenadores y el mundo de las comunicaciones, asignaturas a las que Victoria ya había comenzado a prestar atención.

No, Atlanta embelesaba a Victoria, por eso se alegraba de haber regresado. No sólo por la venganza que esperaba reclamar, sino porque, si aquel era el punto de partida, quería comenzar de nuevo.

Se había ganado aquella oportunidad de renovación por medios más ilícitos que justos, aunque Victoria tampoco podía culpar a Jan Pieterzoon ni al príncipe Garlotte por las maniobras que habían

terminado por proponerla para este viaje. Después de todo, el continuado fracaso de sus propios planes la había colocado en una situación desventajosa, así como la perpetua frustración de sus esfuerzos por purgar su cuerpo del vil toque del Tzimisce Elford había dejado su mente exhausta.

De hecho, apenas había conseguido superar un sencillo examen para decidir si debía regresar a Atlanta, o no. Un vistazo a un reloj de pared cuyo minuterero apuntaba a un número impar había sido el catalizador de aquel viaje. Para casi cualquier decisión de importancia desde poco después de su Abrazo, Victoria confiaba en algún ejercicio de azar. Esa aleatoriedad podría explicar en parte el caos en el que llevaba sumida desde hacia algún tiempo, aunque la hubiera servido con absoluta infalibilidad durante tres siglos. Eso es lo que asumía, al menos. El propósito de aquella estratagema, en apariencia frívola y puede que desesperada (ambas, lo más probable) era el de mantenerla en libertad y asegurarse de que no se había convertido en la marioneta de otro inmortal más poderoso que ella. Pero, ¿qué clase de libertad ofrecía aquella sumisión al azar?

Así que, puede que sacrificara el libre albedrío pero, a excepción del abrazo de los amantes que había salvaguardado a Victoria en los días anteriores a su pertenencia a la Estirpe, aquella era la única protección que había conseguido encontrar. Al menos, la única duradera. Menos importante y mucho menos efectivo era el refugio temporal que había encontrado en ocasiones como la presente en lugares como aquella mansión.

Propiedad de Harold Feinstein, un adinerado mecenas artístico de Atlanta que había conseguido amasar una fortuna en el boyante mercado inmobiliario de aquella ciudad sin alma, la enorme estructura había servido de hogar a un puñado de veladas organizadas por Victoria durante sus pinitos en la urbe. El hecho de que fuese Harold el que las costease, y no sólo con dinero, le importaba bien poco, como poco le importaba a Victoria el hecho de que hubiese permitido que la desnudaran por primera vez desde su fallido intento por seducir al Ventrue Pieterzoon. Se lo tomaba como la prueba irrefutable de que el regreso a la ciudad era lo mejor para ella.

Qué lejanas le parecían a Victoria las frivolidades acontecidas en

aquella mansión. Se examinó más de cerca en el espejo. Ni siquiera fingió estudiarse a sí misma como solía hacer apenas meses atrás. La belleza siempre había sido su arma, tanto en sus años de pertenencia al ganado como a lo largo de los varios siglos dentro de la Estirpe, pero los rasgos clásicos reflejados que adornaban tantas célebres, o al menos admiradas, obras de arte, gracias a sus contactos con incontables pintores y escultores mortales habían dejado de producirle aquel sentimiento de caprichoso deleite. Aquella sensación la había acompañado desde sus tiempos de mortal recién dotada de senos con los que incitar a mozos de transparentes intenciones.

Su reciente agonía había calcinado aquel alborozo. Sus espléndidos ojos verdes, su esbelto cuello, su sedosa piel, su lustroso cabello, todos ellos antiguos juguetes convertidos en meras herramientas con las que conseguir sus objetivos.

En estos momentos, la venganza serviría a sus propósitos incluso más que la solución del rompecabezas que constituía un joven Toreador convertido en destructor de Gangrel, aunque no sabía cómo expresarlo con exactitud. La población del Sabbat dentro de la ciudad debía de haberse reducido, teniendo en cuenta que eran aquellas fuerzas las que ahora redoblaban los ataques hacia el norte por toda la costa. El lacayo de Borges, Sebastian, era ahora obispo de Atlanta, y era de esperar que se encontrara en algún rincón de su nuevo dominio. Suponía que su perseguidor, Elford, también seguía en la ciudad. No era un guerrero, sólo un torturador. Aunque Victoria se había recuperado del castigo físico al que la había sometido el Tzimisce, las cicatrices psíquicas persistían.

El recuerdo de lo que le había hecho Vykos cuando la capturaron también persistía. La serpiente que adornaba su mentón le servía de recordatorio de aquel breve lapso de tiempo, aunque Victoria había conseguido desembarazarse de las pesadillas pobladas por la criatura. De este modo, Vykos quedaba exenta del odio de Victoria, mientras que las noches restantes de Elford sobre esta tierra habían comenzado una cuenta atrás cuando Victoria consiguió escapar de sus garras, gracias a la afortunada intervención de un par de agentes de la Estirpe al servicio del Setita, Heshá.

Luego estaba el supuesto propósito principal de su viaje "a

casa"... Leopold.

Sólo habían transcurrido dos días desde la revelación de que pudiera ser Leopold el responsable de la diezma de los Gangrel de Xaviar en el estado de Nueva York. A todas luces, la mera sugerencia parecía absurda. El joven Toreador era un cachorro falto de voluntad, al que Victoria había visto por última vez mientras un tentáculo de oscuridad solidificado gracias a la magia de los Lasombra golpeaba con insistencia contra el suelo. También creía recordar que lo había visto salir despedido a través de una ventana por lo que, si bien la posibilidad de que hubiese sobrevivido a la emboscada del Sabbat en el Museo de Arte parecía remota, no podía descartarse del todo. Los poderes que parecía esgrimir en estos momentos, si es que había logrado sobrevivir, constituían todo un misterio por sí solos.

Por otro lado, a Victoria le parecía bastante apropiada la implicación de Leopold. Se encontraba demasiado vinculado a toda aquella situación que ya duraba meses, al menos en lo tocante a Victoria, como para desdeñar su potencial reaparición o considerarla siquiera mera coincidencia. Tampoco podía disipar Victoria todas las dudas referentes al caso, puesto que éste poseía el aura de los complots y las manipulaciones bien enterradas que ella tanto temía.

No era sólo que Leopold le hubiera salvado la vida durante el asalto del Sabbat al Museo de Arte, sino que también era aquel cuya entrada por las colosales puertas del cielo y el infierno que había colocado Victoria ante el umbral de su fiesta había determinado el hecho de que intentara actuar o no para coronarse princesa de Atlanta. Este último hecho no se le había ocurrido hasta la mitad de su poco menos que lujoso viaje hacia el sur la noche anterior. Qué irónico que hubiese sido él el que determinara que ella habría de aspirar al principado para después, cabía la posibilidad, convertirse en la raíz de su fracaso.

En cualquier circunstancia, Victoria sentía curiosidad por las pistas referentes a Leopold (sobre su pasado, su presente, sus planes) que pudiera encontrar en su antigua ciudad. Sólo conocía uno de sus refugios. Era probable que poseyera al menos otro, ya que todos los Vástagos con dos dedos de frente disponían de una guarida de emergencia; aunque, si de veras se trataba de un joven Toreador y no

de un poder lo bastante temible como para eliminar a todo un ejército de Gangrel, puede que uno fuese todo lo que tuviera.

Victoria esbozó una sonrisa irónica. El muy cretino la había tratado con genuino entusiasmo. Quizás lo encontrara allí, pudiera someterlo a su voluntad y utilizarlo para recuperar la ciudad. Lo cierto, no obstante, era que Victoria esperaba y deseaba encontrar rastros de Leopold, no al Vástago de cuerpo presente.

Su misión en Atlanta, por tanto, era doble: venganza y hallazgo. Victoria no sabía por dónde debía empezar. Pensó en ello por unos instantes más y decidió que la única vía segura de proceder pasaba por el camino de siempre: ejercicio de azar. Espolvoreó una capa de cosmético sobre la enroscada cicatriz serpentina y se echó un último vistazo en el espejo. Sin su acostumbrada elegancia ni satisfacción, encontró el reflejo imponente, pese a haber embutido sus curvas por primera vez en años en unos pantalones vaqueros de color azul y una sencilla camiseta de manga corta.

Apoyó los pies en el suelo con gesto lánguido y dedicó una sonrisa al espejo, no por placer, sino en reconocimiento de lo bajo que había caído.

¿Debería buscar venganza, o no? ¿Cuál sería el mejor camino? El examen lo decidiría por ella, aunque no le ofreciera la mejor respuesta. De lo que estaba segura era de que no existía nada más aleatorio que la potencia sexual del viejo Harold.

Pese a la perentoriedad del asunto que le ocupaba, Benison había remoloneado a la hora de despertar. Por lo general se incorporaba con la precisión de un reloj al desaparecer el sol, pero eso había sido cuando era príncipe, antes de que Eleanor...

Bueno, antes de que su vida hubiese experimentado una multitud de cambios.

Sentía su físico revivido, e incluso su vigor mental parecía renovado. Sospechaba que eso se debía a que tenía algo en lo que concentrarse, aun cuando no comprendiera del todo la misión que le había sido descrita con tanta vaguedad en su sueño.

¿Qué otra cosa cabría esperar de Anatole? ¡Una lista concisa de instrucciones no, desde luego!

Pero, ¿por qué le parecía tan importante ayudar al profeta? Ciertamente era que existían lazos de sangre, de clan, entre los Malkavian (la enloquecida, condenada, desesperada, obsesiva y experta especie que constituían), menos sólidos que en muchos clanes, pero patentes. A Benison no le bastaba aquella explicación para justificar lo que sentía en aquellos momentos. Ciertamente era que la celebridad de Anatole contribuía a alimentar la prestancia de Benison. Resultaba mucho más sencillo negarse a las peticiones de un desconocido que a alguien de cierto renombre, ya fuera infame o exaltado.

Así y todo, ni siquiera aquello parecía adecuado. La única explicación que satisfacía a Benison era la que concernía a su ciudad. Su antigua ciudad. En Atlanta debía de haberse desencadenado algo más importante que una simple incursión del Sabbat. Mientras dormía, Benison había recibido comunicados de otros Malkavian donde se le informaba de que la ofensiva había traspasado los límites de la ciudad; pero era a Atlanta donde se dirigía Anatole, no a ninguna otra.

Claro está que siempre cabría la posibilidad de que lo estuvieran coaccionando, de que su presteza y voluntariedad no fueran sino una ilusión.

Benison recordaba también que Hannah no había asistido a la fiesta del solsticio de verano donde había tenido lugar la emboscada, y se preguntaba qué papel desempeñaría la mujer en todo aquello. ¿Subyacía en el sueño que había tenido la venganza contra Hannah por cualquier posible participación en su destronamiento? ¿Sería ella la que lo coaccionaba ahora?

Busca el Manto de Nessus, había dicho el extraño, Anatole. Aquel era el manto que había terminado con la vida de Hércules, el héroe griego, o al menos aquello era lo que contaba el libro de la

tienda de Little Five Points. Por norma, Benison planteaba las cuestiones de este tipo a Hannah, no se las planteaba *acerca* de ella; pero, dado que aquello debía de resultar inviable, no le quedaba otra opción. Así que el ex príncipe se había colado en una librería. El recuerdo de verse en aquel almacén hojeando libros no era algo que le resultase divertido.

En cualquier caso, el libro explicaba que la esposa de Hércules, furiosa por el motivo que fuera, le había regalado a su esposo un manto curtido con la piel del centauro Nessus, manto empapado de la sangre del centauro y el veneno de una flecha que Hércules le había disparado a Nessus tiempo ha. Al echarse el manto sobre los hombros, Hércules había enloquecido y murió.

Lo que llevaba de nuevo a la pregunta: ¿Era el manto del sueño un símbolo para algo más, como la traición de Hannah a semejanza de la de la esposa del héroe griego, o iba Benison de veras en pos de aquel manto? Lo primero era, sin lugar a dudas, más propio de lo que cabría esperar de un Malkavian. Benison tendría que saberlo, pues nunca habría conseguido y mantenido el título de príncipe si sus habilidades fueran meros adornos.

Por tanto, la única forma de zanjar aquel asunto, o al menos de comenzar a tantear el problema, consistía en visitar la capilla Tremere. Presumía que la encontraría desalojada y reducida tras la batalla que sin duda había seguido a la emboscada en el Museo de Arte, aunque existían infinidad de posibilidades. Puede que un puñado de Tremere (Hannah entre ellos, incluso) siguiera resistiendo las embestidas del Sabbat desde el interior de la capilla. O puede que hubieran sucumbido aquella noche de solsticio, o poco después, y que el lugar estuviese desierto. O, si los Tremere habían caído, quizás era el Sabbat el que ahora ocupaba o, al menos, había saqueado el lugar.

De demostrarse la veracidad de esta última suposición, las oportunidades de descubrir un Manto de Nessus real se tornaban escasas.

Benison había caminado el puñado de kilómetros que separaba aquella librería de Little Five Points de la capilla Tremere, a la que ya se aproximaba. Se alegraba de encontrarse lejos de la zona que rodeaba a la librería. No porque se tratara de un foco de concentración

contracultural dentro de Atlanta, sino por la naturaleza de quienes buscaban áreas similares para desarrollar sus actividades. En el pasado, aquello había atraído a innumerables Vástagos haraganes carentes de territorio en la Atlanta que Benison hubiese preferido regir, que se traducían ahora en Sabbat ansiosos de víctimas fáciles en una ciudad que quizás aún no comprendiesen del todo. ¿Qué mejor sitio para desenvainar los colmillos y atisbar un alma atormentada que entre aquellos que habían renunciado a ella, o pretendían renunciar a ella en un patético intento por encontrar un lugar en la periferia de la sociedad del ganado?

Tampoco es que el tramo de Ponce de León que había recorrido Benison fuese distinto. Prostitutas y camellos, pensiones de mala muerte y clubes de striptease se alineaban a lo largo de casi toda la avenida. Benison permaneció atento a la presencia de otros Vástagos, pero no vio nada de lo que preocuparse hasta llegar a un par de bloques de distancia de la fortaleza Tremere. Hasta ese momento, cualquier observador casual, incluso perteneciente a la Estirpe, lo habría tenido difícil para detectar al Malkavian, oculto como estaba por medio de poderes de la sangre aprendidos hacía mucho.

Aun cuando no hubiera Vástagos presentes, ni Tremere ni Sabbat, las trampas ocultas que los brujos vampiros habían dejado casi con total seguridad resultarían formidables de por sí. Puede que los poderes que volvían casi invisible a Benison prevalecieran sobre las defensas de los Tremere, pero lo dudaba.

El Malkavian se esforzó por poner a prueba sus poderes y siguió acercándose. Mientras el enorme edificio comenzaba a erigirse ominoso recortado contra el cielo nocturno cargado de humedad, Benison oteó las calles y edificios vecinos. Una pareja sospechosa sentada junto a la ventana en un restaurante al otro lado de la calle consiguió que se detuviera por unos instantes, pero todas sus dudas acerca de su posible pertenencia a la Estirpe se disiparon cuando la cena llegó a su mesa y vio cómo comenzaba a dar cuenta de un menú que no le sentaría bien al estómago de ningún vampiro. Sí, algunos Vástagos poseían la habilidad de retener los alimentos, pero constituían una rara excepción.

Benison no se detuvo de nuevo hasta encontrarse frente a la

inmensa casa entejada. Se alzaba a cuatro pisos sobre el suelo, plantas de gran altura, no como la de los magros techos de los edificios de oficinas o las residencias modernas. Aquella era una de las majestuosas casas de Atlanta, quizá la más majestuosa de todas; Benison lamentó de nuevo que hubiera caído en manos de los Tremere. El príncipe recordaba cómo se habían levantado aquellos cimientos a principios del período conocido como Reconstrucción del Sur que siguió a la Guerra entre Estados.

Ahora estaba en ruinas. El piso superior se veía demolido por completo, y el fuego había devorado y ennegrecido los inferiores. Benison no podía imaginar cuánto habría quedado incólume tras el devastador incendio, aunque suponía que los Tremere debían de haber dispuesto medidas protectoras tanto mágicas como mundanas por todo el lugar.

Un corto paso peatonal lo condujo desde la acera hasta la gran verja de hierro que rodeaba la mansión. Benison observó los distintos lugares donde se había doblado la valla, sobre todo alrededor de aquella entrada y en el camino principal. Al otro lado de la puerta frontal discurría un sendero de ladrillo que comunicaba el exterior con el monumental portalón del edificio. Las puertas seguían en pie, si bien algo entreabiertas.

Benison se acercó. Puede que aún existiera una posibilidad de encontrar lo que buscaba, lo que Anatole buscaba, en el interior de aquel edificio calcinado y desvencijado. Suponía que, al menos, disfrutaría de intimidad dentro de la casa. No le parecía probable que quedara ningún Vástago entre sus muros, y dudaba que el ganado hubiera decidido ocupar el edificio tan pronto. Aquel sitio despertaba escalofríos en la espalda del antiguo príncipe. Para los mortales debía de ser inalcanzable.

Cuando se acercaba a los seis escalones de ladrillo que elevaban el sendero hasta el rellano frente a las puertas, una sensación de vértigo abrumó a Benison. Al principio creyó que estaba siendo atacado, antes de decidir que debía tratarse de mero agotamiento, secuela de las severas heridas que había recibido y de las que apenas comenzaba a recuperarse. Por fin se dio cuenta de que no era sino su mente jugándole malas pasadas de nuevo, pues de

las cenizas de la estructura demolida en el presente se alzó ante él la gloriosa y egregia mansión del pasado.

Los ennegrecidos muros se tornaron prístinos y blancos una vez más, las paredes derruidas se reconstruyeron, la desaparecida cuarta planta se materializó.

Benison sacudió la cabeza. Era aquella una visión extraña, en nada parecida a aquellas a las que estaba acostumbrado. No era igual que cuando se imaginaba un ejército confederado fuera (¡o incluso dentro!) del Museo de Arte. Aceptaba a aquellos fantasmas de buena gana, y ni siquiera ahora era capaz de disipar la sensación de que habían existido en realidad. ¡Pero esto! Éste era un truco desconcertante, puesto que le constaba que el edificio estaba en ruinas.

De hecho, si se concentraba lo bastante, Benison podía ver el edificio calcinado bajo la imagen superpuesta del reconstruido. ¿Sería su mente la que lo confundía? ¿Tan unido se sentía a la hermosa estructura de antaño que se negaba a renunciar a ella aun cuando sus ojos le dictaran lo contrario?

¿O sería aquel un truco de Anatole? ¿Una visión que otro Malkavian había logrado de algún modo? Cosa curiosa, aquel planteamiento hizo que Benison se tranquilizara. Al menos eso podía aceptarlo como un regalo, en lugar de la aprensión que le producía el verse obligado a considerar que su propia mente pudiera estar manipulándolo.

Así fue como Benison se desprendió de la imagen de la mansión en ruinas y abrazó la que ofrecía cuando aún estaba intacta.

Entró. Tanto su memoria como su visión revelaron una habitación casi tan alta como la propia mansión, aunque bastante reducida en términos de superficie. Se alzaban dobles puertas enfrente y a la derecha del Malkavian, así como un tramo de escaleras de caracol que conducían al palco del segundo piso. Se veía otra barandilla en la tercera planta, aunque no parecía que se pudiera disponer de acceso directo a la misma desde aquella cámara.

Una galería de curiosidades arcanas amueblaba el cuarto. Veía una mesa de borde bajo junto a la que reposaba un enorme sillón de color rojo. Tres peonzas giraban sin cesar sobre la mesilla. Veía una

cavidad iluminada excavada en el suelo que parecía contener huesos de algún tipo. Docenas de cuadros colgaban a gran altura de las paredes, pero sólo dos marcos quedaban a la altura de la cabeza. Uno de ellos exhibía un documento: una confesión de siglos de antigüedad procedente de los juicios por brujería de Salem; el segundo, dispuesto cerca de las puertas que quedaban a la derecha de la entrada principal, resultaba todavía más interesante.

Lo que había allí enmarcado era un espejo, de aspecto sencillo. Sin duda lo componían materiales preciosos (un reborde de plata inscrito con diminutos diamantes), pero los objetos de lujo del ganado perdían su valor frente a un Vástago quisquilloso. En cualquier caso, era el reflejo del espejo lo que había sobresaltado y ensimismado al Malkavian. Cuando Benison lo miró, la imagen que vio de sí mismo carecía de rostro. Donde tendrían que haber estado los ojos y la nariz del Malkavian, sólo se veía un vacío color carne.

Igual que en su sueño, claro está, salvo que en él había sido el semblante de Anatole y no el suyo el que careciera de expresión. Benison apartó los ojos del espejo y los fijó en las puertas que se levantaban junto a él. Vaciló por un instante antes de acercarse a ellas. La del lado izquierdo se abrió cuando giró la manecilla de cristal y Benison se encontró al final de un largo pasillo.

Ahora, ¿hacia dónde? ¿Qué había esperado encontrar tras aquella puerta? ¿Un manto doblado sobre una silla?

Benison se rió de sí mismo, aunque sabía que el recado que le habían encomendado carecía de toda lógica. Su única opción, a expensas de posteriores intervenciones oníricas, era la de explorar toda la mansión. Disponía de una eternidad de noches que dedicar a su búsqueda, y nada se lo impedía.

Por tanto, comenzó a recorrer el tenebroso pasillo. No tocó las paredes, pero éstas parecían empapeladas con arrugado terciopelo rojo, y el suelo estaba cubierto por una mullida moqueta del mismo color y textura. Benison paseó la mirada por todas las puertas y por cada elemento decorativo, con la esperanza de encontrar una revelación.

Ésta le llegó al Malkavian tras haber cubierto casi la mitad del pasillo. Sobre una de las paredes vio un cuadro de lo que supuso que

sería un místico zen japonés inclinado frente a una fuente de aguas cristalinas. Junto a él se erguía otro hombre, rasurando la cabeza del místico.

Puede que fuera un presentimiento, en nada tan obvio como el espejo del recibidor, pero aquella imagen imbuyó a Benison de una sensación de certeza. ¡Aquellas imágenes procedían de su sueño! Intentó abrir la puerta más cercana al cuadro. Se trataba de una robusta puerta de madera con elaboradas tallas que adornaban los paneles superior e inferior. Cedió ante la presión de la mano de Benison y se abrió en silencio.

El Malkavian penetró en una reducida estancia decorada con inusual sencillez, al menos para lo que cabría esperar en una capilla Tremere. Las paredes habían sido entarimadas con paneles de roble; una mesa rectangular de ese mismo material, que denotaba las huellas del uso continuado, se erguía en el centro de la habitación. Tres sillones con orejas a juego flanqueaban la mesa, una de ellas a la cabecera del mueble y las otras dos en el centro de sus caras más largas. Cada sillón estaba rematado por cojines de cuero de color verde; hileras de pequeñas piedras de jade lucían inscritas en los brazos de los asientos.

Se alzaban dos puertas en la pared frente a Benison, entre las que colgaba un tapiz que representaba un paisaje boscoso. Se veían tapices similares en el centro de las paredes que quedaban a su izquierda y a la derecha. No obstante, el que tenía enfrente le llamó de nuevo la atención puesto que, entre las tejidas imágenes de los árboles y las enredaderas, aparecía un druida. Ante él, en la margen izquierda del tapiz, descansaba un caldero negro dispuesto sobre una hoguera, pequeña pero poderosa.

Aquellos retazos de su sueño parecían tan naturales y, sin embargo, Benison no pudo reprimir un escalofrío involuntario. A pesar de todo, no vaciló, sino que se dirigió hacia la puerta de la izquierda de las dos que tenía enfrente. Aceptaba todo aquello con tanta certeza que no se detuvo a considerar el hecho de que la mansión, en potencia, aún pudiera estar habitada, ni el que todavía no hubiera activado ninguna trampa ni cerradura de naturaleza bien mágica o mecánica.

Benison se limitó a acercarse a la puerta y abrirla.

Tras ella, vio el manto. Doblado sobre una silla.

Entre risas, penetró en la estancia, decorada sin demasiado buen gusto.

El cuarto en sí parecía sacado de un catálogo de mobiliario de oficinas, con su enorme escritorio, el sillón de cuero, el mueble bar con lavabo incorporado y dos sillas frente al despacho que flanqueaban una mesilla sobre la que descansaba un humidificador. Los demás detalles se tornaron borrosos cuando Benison se acercó al sillón de cuero para observar el grueso manto de color verde doblado encima del respaldo.

Por primera vez, Benison se quedó clavado. Algo parecido a la reverencia se apoderó de él, y no fue sino gracias a un esfuerzo de determinación que consiguió alzar las manos y llegar a recoger la tela. Una vez entró en contacto con el artículo, aquella extraña sensación se desvaneció y, de improviso, el manto adquirió un aspecto de lo más corriente. El Malkavian no se dejaba engañar. Aquello era lo que había venido a buscar.

Sostuvo el manto frente a él y lo desplegó de tal modo que su parte delantera le resultara visible. Con toda seguridad, eran manchas de sangre lo que lo salpicaban, y no de las que podría haber producido una herida cualquiera. La sangre era espesa y estaba reseca, extendida por gran parte de la pechera y los hombros del pesado tejido de color verde.

Benison miró alrededor. Se preguntaba si aquel cuarto tan extraño y mundano podría ser (podría haber sido) el de Hannah. No encajaba con ella, aunque, ¿quién era capaz de descifrar a un Tremere? ¿O, ya puestos, a un Malkavian? En aquel momento, Benison se sentía incapaz de adivinar nada acerca de ninguno de los dos. Lo único que sabía era que tenía el manto de Hannah y que ahora debía encargarse de que llegara a manos del Profeta de la Gehena.

Después de salir de aquella laberíntica mansión. Benison no sentía el impulso de explorar el edificio. Albergaba la sensación de que aquello sólo podría acarrearle algún desastre o, cuanto menos, peligro. Lo mejor era marcharse cuanto antes.

Cuando abrió la puerta para regresar a la estancia de las sillas incrustadas de jade, se desvaneció la ilusión que mostraba a la capilla como la joya que fuera en su día. Benison se vio en el interior de una habitación calcinada y desahuciada. Había desaparecido el jade del mobiliario, y las propias sillas estaban astilladas y reducidas a cenizas. La mesa seguía en pie, aunque en equilibrio precario. Benison le dio un empujón y el mueble se desplomó.

Aquello le recordó las cuentas que había de saldar con el Sabbat. De repente, estuvo seguro de que entregarle aquel manto a Anatole era lo mejor que podía hacer para satisfacer aquel propósito.

LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 10:17 AM

UNA MANSIÓN EN BUCKHEAD, ATLANTA, GEORGIA

–El viejo no tiene nada que decir –declaró el ghoul llamado Shilo ante su jefe.

Ambos y un tercer ghoul ocupaban una de las fastuosas habitaciones de una mansión encajada en el seno del pujante barrio de Buckhead, Atlanta. El Sabbat no tenía demasiado bien considerados a los ghouls como grupo. Reservaban esa posición a los mortales que andaban siempre husmeando pero que no lograban impresionar lo suficiente a la secta. En cualquier caso, se trataba de hombres poderosos que sin duda poseían las habilidades necesarias para superar cualquier medida de seguridad ideada por el ganado.

El jefe se hacía llamar Stick, a causa de la omnipresente arma que acarreaba y que era capaz de esgrimir con una destreza considerable. Se sentó, al tiempo que profería un juramento.

–Maldita sea. Ahora sí que estamos apañados. Sebastian anda buscando una excusa para sanear la casa y más vale que nos pongamos manos a la obra si no queremos que nos saque con la basura.

Dos doncellas, una hispana, la otra africana, ambas incapaces

de chapurrear más que algunas palabras en inglés, yacían ya muertas y envaradas por el rigor mortis cuando los ghouls habían encontrado al dueño de la vivienda, un corpulento empresario judío que respondía al nombre de Harold Feinstein.

Stick caminó tranquilo hasta colocarse junto a Harold, desnudo e inmóvil en el sitio gracias a que Shilo le retenía el brazo asido con fuerza a la espalda.

Stick soltó una carcajada.

—Qué putada que te pilláramos en la ducha. Debe de ser el único sitio de este puto castillo donde no tengas un teléfono. Si no, podrías habernos echado encima a toda la policía antes de que te encontráramos.

Harold se limitó a observar a Stick, presa de un mudo terror.

Por suerte para su invitada, dormida en aquellos instantes, los sentimientos de Harold eran mucho más puros.

LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 9:11 PM

MUELLE DE CARGA, ATLANTA, GEORGIA

Victoria se erizó presa de un vigoroso nerviosismo. Las noches duraban tan poco de un tiempo a esta parte... Le costaba calcular el paso del tiempo dentro de la cripta.

Sí, dormía dentro de una cripta de verdad: la impresionante colección de antigüedades y monedas raras de Harold se amontonaba en hilera tras hilera dentro de la cámara acorazada. Victoria había decidido que era el único lugar donde se sentiría a salvo. Además, Harold poseía trazas de superviviente y la cripta cumplía la doble función de almacén y refugio antiaéreo. Ésa debía de ser la función principal para la que había construido el reducto.

Así que, tras obsequiar a Harold con una tediosa sesión de gratificaciones sexuales (sabía que, pese al pingüe miembro del

hombre, habían sido el placer y la satisfacción que exudaban de éste lo que la habían empujado a decidirse por buscar la venganza) le había explicado que sólo conseguiría que se sintiera amada, amada de veras, si la valoraba lo bastante como para almacenarla en su cripta. Aquello sí que había disparado la libido del hombre, pero había sido el primer tramo de la noche lo que había determinado que Victoria concentrara sus esfuerzos en la venganza antes de ocuparse de la tarea que la encomendara el consejo de antiguos en Baltimore.

La puerta interior de la cripta quedaba asegurada por medio de una cerradura codificada. Mientras una de las doncellas limpiaba el suelo y el desagradable producto de la pasión masculina, Harold se dedicó a alardear también de su otra colección: un par de vitrinas repletas de armamento ilegal y todo un ecléctico surtido de otros objetos, más adecuados para la guerra de guerrillas que para la vida en una gran ciudad del sur. Victoria se había reído entonces, a firmando que ése era el motivo por el que había conseguido despegar en aquella ocasión: ¡su dinero, sus armas y su mujer, todo en la misma sala!

Luego le pidió que la enseñara a utilizar las pistolas. Se dirigieron al campo de tiro que el hombre había construido en el sótano, donde Victoria descubrió que los rudimentos del tiro al blanco no exigían ninguna habilidad especial. Sus aptitudes físicas, pulidas a lo largo de su longeva existencia, la convertían en una tiradora casi tan buena como Harold. Eso a pesar de los diversos defectos que el hombre intentaba ajustar en lo tocante a su postura y el modo en que empuñaba el arma.

Luego habían regresado a la cripta, donde Harold había utilizado el código y se había pavoneado a la hora de cerrar sus pertenencias más preciadas. Le había mostrado la cama desplegable de la que no se había acordado antes y había señalado el pequeño refrigerador repleto de exquisiteces. También almacenaba diversas telas, aunque no dio pie a que Victoria mostrase interés alguno en las mismas.

Durante la cabezada que había pegado antes, mientras esperaba a que Harold se recuperase de un prolongado revolcón, Victoria había tenido un sueño de lo más vivido y peculiar. La experiencia la había dejado desconcertada, por eso se había decidido

a permanecer encerrada en aquella estancia.

En el sueño, un canario blanco con dos monedas por ojos había volado hasta el interior de una jaula dorada porque un enorme gato negro amenazaba con devorarlo. Así que, aunque el canario había conseguido escapar de aquella misma jaula momentos antes, había regresado. Los ronquidos de Harold la habían despertado en aquel momento. Sabía que ella era el canario, y que el peligro que creía evitar al llegar a Atlanta en realidad la esperaba allí.

Por tanto, había decidido seguir el aparente consejo del sueño. Tras darle estrictas instrucciones a Harold para que no la molestara, Victoria pasó un día aislada de cualquier posible peligro.

Cuando despertó, Harold estaba muerto.

De hecho, cuando abrió la cripta, se encontró con un cerrajero especialista que intentaba acceder a la cámara para comprobar que su contenido permanecía intacto. Se apoderó de su mente en el tiempo que tardó en desencajar la mandíbula del hombre, que lo arregló todo para sacarla de la casa. No sólo eso, sino que lo hizo al volante de uno de los automóviles de Harold, y armada con parte de su equipo. El coche era novísimo, un BMW descapotable de dos asientos color melocotón y, aunque no le cupo duda de que cualquiera podría relacionarlo con Harold, dudaba que ningún oficial anduviese buscándolo aquella misma noche por aquel muelle de carga.

Se encontraba sentada en el vehículo en aquellos instantes. El coche ronroneaba de manera casi inaudible mientras ella escrutaba hacia abajo desde un antiguo paso elevado sobre un entramado de raíles aún más viejos. Se encontraba algo al sur de una red principal de convergencia de líneas ferroviarias y, cuando sus ojos seguían las líneas hacia el norte, podía ver que radiaban en todas direcciones.

Aquel puente permitía el acceso a las líneas del sur. Miró en aquella dirección y luego, por encima del hombro, a la derecha, donde el grueso de las líneas continuaba hacia el sur. Un puñado de ramales cortos se desviaba hacia el sudoeste para formar una especie de cementerio de trenes.

Sí, era un cementerio de trenes, Victoria lo sabía, quizá con más certeza que los obreros e ingenieros que pasaban por allí a diario. Aquella aglomeración de vagones obsoletos constituía el campo de

concentración donde Victoria había agonizado durante una eternidad de dos noches, cautiva y torturada a manos de Elford, el canallesco Tzimisce cuya muerte ansiaba. De conseguirlo, mitigaría su sed de venganza. En parte, porque la siguiente en pagar con dolor sería Sascha Vykos, la mente maestra Tzimisce que con toda probabilidad había tenido mucho que ver en la orquestación del infierno desatado aquella noche en el Museo de Arte. Por no hablar de la cicatriz que le había dejado a Victoria.

Aunque se rumoreaba que Vykos constituía una adversaria temible, y la Toreador no estaba segura de que su sed de venganza fuese tan lejos como para empañar su buen juicio. Aunque sí que llegaba tan lejos como para haberla traído a este entramado de vías casi (por completo, con algo de suerte) abandonado tan sólo horas después de que hubieran atentado contra su vida del modo más descarado.

No obstante, tres eran los hechos que la habían convencido para pergeñar este plan: primero, el Sabbat debía de estar muy mal organizado si sus operarios diurnos habían sido tan descuidados como para anunciar su presencia con el asesinato de Harold; segundo, habían llegado a sus oídos rumores de que Elford no había perecido tal y como ella había esperado después de que el veneno Setita hincara los dientes en su carne; y tercero, Harold había padecido una disfunción eréctil.

En realidad, aquella era la única razón que necesitaba, porque tenía que atenerse a las elecciones que generaban sus ejercicios de azar. En caso contrario, si pudiera apartarse de la senda que trazaban ante ella, no estarían cumpliendo con su propósito.

En ocasiones, no obstante, necesitaba recordárselo a sí misma. Por eso llevaba tanto tiempo sentada en aquel lugar, contemplando el pasado reciente. Lo cierto era que no se sentía cómoda. Las noches de agosto estaban cargadas de humedad en Georgia; el enramado de vías asemejaba una ciudad fantasma a sus ojos. Lo único que se oía era el lejano traqueteo de los vagones, aunque estaría dispuesta a jurar por lo más sagrado que sonaba igual que el entrechocar de los metálicos instrumentos de tortura que había visto durante aquellas noches junto a Elford.

Victoria pisó con suavidad el acelerador del coche e inició el descenso del puente. El descapotable cruzó dos pares de vías más, antes de que la Toreador frenara el vehículo despacio hasta detenerlo por completo. Aquel acercamiento directo era todo lo que se le ocurría aquella noche. No se le daban bien las labores de reconocimiento del terreno ni el sigilo; de hecho, sus poderes sufrían una considerable reducción si nadie la veía.

Abrió la puerta del coche y echó pie a tierra. A pesar de las apariencias, Victoria iba preparada. Se inclinó sobre el estrecho asiento trasero y extrajo su sombrero y una pequeña bolsa de mano de color negro, cuya larga y fina correa se pasó por el hombro.

Adoptó una pose de modelo para examinarse en el retrovisor lateral del coche. Espléndida, se dijo. La Toreador vestía un ajustado mono de terciopelo negro con botas de tacón alto incorporadas. Su lustrosa textura refulgió en medio de las tinieblas cuando Victoria se izó en equilibrio sobre un solo tacón en lo alto de un carril y giró para disfrutar de una vista completa. El cuello alto realzaba su silueta, pero el mayor atractivo del traje recaía en la apertura practicada desde la garganta hasta la cima de los senos.

Se detuvo y se caló el sombrero, una chistera de piel artificial de leopardo que hacía juego con las bandas que remataban las mangas del traje y las que le cruzaban las espinillas a media altura, donde deberían ir los remaches de las botas.

Victoria se sentía bien, aunque sabía que aquella sensación no era sino un exagerado mecanismo de compensación para combatir su angustia. Por mucho que quisiera ignorarlo, seguía sin ser ella misma y jamás volvería a serlo hasta que sucumbiera este demonio. Si bien la mera oportunidad de encontrarse a solas, de esforzarse por sobrevivir (si es que el haberse apropiado de las cuentas bancarias de uno de los hombres más adinerados de la ciudad podía calificarse de esfuerzo), la ayudaba a despejar la cabeza. Ya se presentarían nuevas oportunidades de escalar hasta la cima; el tiempo diría si vendrían de la mano de Jan o de cualquier otro.

Victoria, rezumando un magnetismo animal que habría puesto a cualquiera de rodillas ante ella, se sentía preparada.

Su belleza y sus habilidades para la seducción no habían

afectado a Elford en el pasado, por lo que no estaba dispuesta a confiar sólo en ellas esta vez, pese al hecho de que ahora se sentía recuperada por completo y capaz de respaldar sus esfuerzos con mucha mayor fuerza de voluntad. Se dirigió al maletero del coche y lo abrió. Allí yacían un par de posesiones de Harold.

Extrajo una ametralladora automática que había disparado la noche anterior. Era ligera, poderosa, lista para usar. Además, había aprendido a recargarla y a quitar el seguro. No creía que hiciera falta saber mucho más.

Victoria metió los demás objetos en su mochila, antes de emprender el lento y paciente paseo sobre la grava que separaba su automóvil de los silenciosos y monolíticos vagones.

*LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 9:22 PM
PARQUE PIEDMONT, ATLANTA, GEORGIA*

Aquellos antiguos Gangrel se avergonzarían de él por utilizar los poderes que le habían enseñado en un escenario natural como el que le rodeaba en esos momentos. Uno delimitado por completo por lagos artificiales, senderos y zonas de recreo.

Habían comprendido sus necesidades hacía un milenio: las de un demente que necesitaba olvidar por un tiempo el enajenado estado de su mente humana y que ansiaba la libertad no sólo en forma animal sino con una mentalidad igual de bestial. Bajo la tutela de los Gangrel, el General había aprendido mucho más de lo que hubiese creído posible. Se quedaron asombrados por cómo absorbía sus conocimientos, por la presteza con la que llegaba a dominar algunas de sus costumbres más arduas y secretas. Fue quizás aquel asombro más que cualquier posible sentimiento de amistad lo que los había llevado a revelar tanto.

En la actualidad, puede que unos conocimientos como aquellos

salieran a la luz con menos esfuerzo; pero por aquel entonces, cuando los inmensos poderes que había desentrañado comenzaban a desarrollarse, se guardaban con exceso de celo. Le llamaban mestizo porque combinaba las artes de su clan Malkavian con las de ellos, pero ahora el mundo rebosaba bestias híbridas como el General.

Aquella idea no contribuía a que se sintiera más cómodo. Aún persistía el disgusto por su enfermiza obsesión con la muerte, y el General se recordó que quizá fuese eso el principal motivo que lo había conducido hasta los Gangrel. No quería que la muerte se convirtiera en un perverso placer, pero aún no había llegado a asimilar del todo el hecho de que su demencia consistiera en eso mismo, y que jamás podría escapar de ella. Incluso hoy, lo que consideraba un pleno entendimiento de la naturaleza de su trastorno seguía sin paliar el malsano deleite que experimentaba con la muerte ni el posterior asco que se inspiraba a sí mismo.

En un principio, había acudido a los Gangrel para desmitificar a la muerte. Para convertirla de nuevo en algo entre el depredador y su presa, entre la cima y la falda de la cadena alimentaria. No habría nada de fascinante en un proceso que etiquetaba la vida de casi todos los seres vivos del planeta de forma tan metódica. Pero el General descubrió que esta fascinación existía para todas las bestias y los hombres, incluidas las bestias que eran variaciones de los hombres, como los vampiros y los lupinos.

Así que intentó silenciarse a sí mismo bajo tierra. Era la única forma de vida que le otorgaba equilibrio a todo. El único modo de ayudarlo a recordar los limpios sentimientos que había albergado hacia la muerte en sus tiempos de soldado griego, hacía tantos siglos. Un sentimiento de nobleza y sacrificio que le había sido arrebatado sin piedad primero por incontables carnicerías y luego por su sire.

Ahí estaba ahora, de nuevo salido de la tierra. En esta ocasión no le saludaba el paso de las décadas, ni de uno o más siglos. Habían transcurrido tan sólo dos meses. Cuando emergió por vez primera se había sentido confuso debido a la brevedad de su descanso y a que las emociones de aquella noche (de aquellos momentos, incluso) que había pasado regocijándose en la muerte y la matanza permaneciesen tan recientes. Por lo general, renacía limpio de remordimiento y

lástima de sí mismo, purificado gracias a la erosión que le despejaba la cabeza, además del cuerpo.

Alguien lo había llamado, por medio de una conexión con algo mayor que el General no estaba seguro de haber poseído en el pasado. Un siglo de sueño solía amplificar sus poderes pero, ¿dos meses?

Habría ignorado la llamada de no haberle hablado, no como era, sino como sería, como el animal totémico que los Gangrel le habían adscrito tras completar y sobrevivir a un peligroso ritual de enfrentamiento al sol. Cuando despertó de su letargo, ocho años más tarde, le llamaron tejón en honor de la poderosa y antigua criatura pendenciera y dada a enterrarse en la tierra.

Había transcurrido tanto tiempo que el General ya casi se había olvidado de ese aspecto de sí mismo por el que tanto había sacrificado, pero había alguien que sí se acordaba. Quienquiera que fuese sabía también que no podía negarse a una llamada pronunciada en aquellos términos.

Como si necesitara más ímpetu: la llamada de auxilio concernía a una labor a la que el General no se habría negado en ningún caso. Victoria Ash había regresado a Atlanta. No se había dado cuenta de inmediato pero, en su sencillo sueño, él era un tejón que se revolcaba sobre un macizo de flores que desprendían un peculiar perfume. Se trataba de la fragancia de una persona, de un Vástago, pero de uno por el que su yo onírico no sentía ningún interés particular. No fue hasta que se hubo despertado cuando la identidad de esa persona comenzó a preocuparlo y se propuso la ardua tarea de recordar el perfume de un sueño, hasta conseguirlo.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que pertenecía a la primogénita Toreador en la que se había fijado aquella noche salvaje de hacía dos meses.

Lo único que sabía era que podría estar en un aprieto y, si había recibido aquella llamada de alguien que conocía tanto de su pasado, el General asumió que habría problemas. Comenzó la difícil labor de discriminar aquella fragancia entre los miles de millones de olores que poblaban la ciudad.

Se sentó sobre el césped del parque y esbozó una sonrisa. Por

suerte, aquel era otro truco que había aprendido de un Gangrel.

*LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 9:42 PM
MUELLE DE CARGA, ATLANTA, GEORGIA*

Los recuerdos que conservaba Victoria de la noche de su fuga estaban envueltos en brumas. Tanto era así que, a medida que se alejaba del coche en dirección al cementerio ferroviario, se dio cuenta de que no conseguía reconocer el vagón que había servido de escenario para los horripilantes y traumáticos experimentos a los que la habían sometido.

Los propios vagones quedaban envueltos por una pátina neblinosa, rodeados de un vaho suspendido a baja altura que procedía de una masa de agua descubierta por Victoria en las proximidades. Algunos se veían avejentados y destartalados, aunque su conjunto se erguía recortado contra la noche, ocultando a los ojos los horrores ignominiosos que albergaban. Si pudiera recordar los detalles de lo acontecido aquella noche y decidir cual exhibía las señales psíquicas de su propio dolor, de su rabia y su miedo... Las ruedas de todos los vagones se adherían oxidadas a las deformes y, en algunos casos, mutiladas vías, por lo que dudaba que "el suyo" se hubiese movido de la posición que había ocupado aquella noche.

Proyectó la agudeza de sus ojos, oídos y olfato hacia la oscuridad en un intento por dilucidar si había alguien más en las inmediaciones. Detectó el hedor de heces animales y el movimiento de una rata furtiva, pero nada más. Por si acaso, apuntó su ametralladora hacia la rata. Nunca se sabía qué tipo de Vástago o cualquier otra bestia podía acechar bajo aquel aspecto.

La rata no demostró interés alguno por ella. Un Vástago en esa forma se habría apresurado a buscar refugio. Además, olía a rata. Victoria no detectó trazas de ningún otro olor que pudiera asociar con

algo sospechoso, ningún perfume ni aroma a comida fresca. Un auténtico maestro de los poderes de Protean bien podría camuflar tales detalles, pero Victoria se dio por satisfecha, no sin razonables reservas.

Quería andarse con cuidado. No sentía ningún deseo de descubrir las atroces imágenes que sin duda poblaban el interior de muchos de los vagones, tan sólo deseaba enfrentarse a sus propios demonios.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ése era su auténtico anhelo. Sí, quería asegurarse de que Elford estaba muerto, y esperaba encontrar su cuerpo envenenado y maltrecho donde lo había abandonado pero, aun cuando la búsqueda del cirujano Tzimisce la condujera a cualquier otra parte, o aunque alguien pudiera asegurarle en ese mismo momento que ya había dejado de existir, lo que Victoria necesitaba más que ninguna otra cosa era enfrentarse al recuerdo de aquella noche.

Pretendía sentirse intacta y, con la salvedad de la marca que Vykos había dejado impresa sobre ella, había recuperado la probidad física que la caracterizaba. Incluso podía relacionarse con su entorno de forma emocional e intelectual sin tener que someterse al papel sumiso e introvertido que se le suponía a las víctimas. Las maquinaciones de la Estirpe habían perdido importancia a sus ojos, mientras que el concepto de supervivencia había adquirido tintes perentorios, lo que la reafirmaba en sus sospechas de que la habían privado de una porción de su espíritu.

Metódica, elegía cada trozo de suelo antes de pisar en él, con los estiletes de sus botas pulverizando la grava a medida que se aproximaba al desvaído vagón de color azul. En su día había exhibido rótulos en el exterior, pero los negros caracteres, ahora rascados y desteñidos, apenas resultaban visibles. Aun así, había algo en su emplazamiento con respecto a los demás vagones... algo que se desprendía de él y que le aseguraba a Victoria que era lo que buscaba.

Se detuvo de nuevo para escuchar. Sus sentidos podían tornarse aguzados en extremo si así lo deseaba, mas continuó sin escuchar nada que se le antojara amenazador.

Despacio, la Toreador se aproximó a la puerta del vagón. Cerrada. No conseguía recordar si se había quedado así la última noche que la vio pero, aun cuando Elford estuviera muerto, no le parecía descabellado suponer que hubiesen encontrado su cadáver y que incluso se lo hubieran llevado. O quizás, con suerte, los Sabbat que se habían quedado en Atlanta podrían tener otros asuntos de los que ocuparse antes de continuar su avance con la horda bélica. El deleznable Tzimisce jamás iba acompañado cuando se ocupaba de Victoria. Rezaba por que no hubiese nadie que pudiera haber descubierto el cadáver.

Claro está que, en el supuesto de que Elford hubiese muerto y permaneciera desaparecido, Victoria se dio cuenta de que cualquier otro prisionero que retuviera en el interior de los vagones habría fallecido a su vez y, por extensión, sería ella la causa de esos siniestros.

Lo que la preocupaba bien poco.

No pensaba congratularse a regañadientes por procurarse su propia subsistencia.

Mientras se preparaba para ascender al primero de los peldaños metálicos suspendidos que remachaban el vagón, auscultó el interior por sus propios medios. La puerta se encontraba cerrada, pero el tiempo y el uso descuidado la habían estropeado de tal modo que era imposible que quedase asegurada del todo. Detectó un rastro muy sutil que procedía del interior, casi enmascarado por completo. Lo hubiera pasado por alto, de no tratarse de un hedor ligado a las dos noches más terribles de su existencia.

Un escalofrío de pavor se apoderó de su cuerpo. No sólo porque Elford se encontrase dentro del vagón, sino por tratarse de ese vagón en concreto y por acechar en completo silencio. La esperaba. Se había imaginado muchas posibilidades pero, en honor a la verdad, ésta no se contaba entre ellas. Que estuviese vivo, ya lo había sospechado, pero no que la estuviese esperando.

Lanzó una mirada nerviosa alrededor, segura de que habría más en las cercanías. Nada. Aun así, de súbito se sintió expuesta y vulnerable en medio de aquellos amenazadores vagones.

Apretó los dientes y se propuso conseguir que Elford se

arrepintiera de la osadía que lo había impulsado a buscar un enfrentamiento a solas con ella. Si lo que perseguía Victoria era venganza y solaz de los demonios que la martirizaban, aquella sería una manera inmejorable de conseguirlo.

En cualquier caso, sabría sacar ventaja de cualquier baza que pudiese jugar.

En silencio, con movimientos veloces, Victoria echó mano de su mochila y extrajo un pequeño rollo de alambre. Con el metal asido con firmeza en la mano izquierda, metió la diestra de nuevo en el bolso y sacó un guante de palma acolchada. Una vez puesto, tiró del extremo del rollo para conseguir un hilo metálico. Maniobraba con absoluta cautela. Un roce involuntario de aquel alambre y podría amputarse la mano.

Tras recuperar unas pinzas especiales de la mochila, afianzó una a cada lado de la barandilla que flanqueaba la escalerilla. Introdujo un extremo del alambre en una de las pinzas antes de desenrollar la longitud exacta del mismo y utilizar unas tijeras especiales para cortarlo. Devolvió el ovillo metálico al bolso y aseguró en su sitio el extremo suelto.

El grosor del alambre no era más que una fracción del de un cabello humano. La menor presión contra el mismo conseguiría cercenar cualquier objeto. Harold había utilizado el cañón de una pistola para demostrárselo. Ahora podía entrar y, si por casualidad se veía en la necesidad de huir, podría recurrir a aquel as en la manga.

Victoria Ash se apoyó en la barandilla y, sin preocuparse más de moverse con discreción, superó el alambre de un salto para aterrizar sobre el escalón. Un paso más arriba, asió la manilla de la puerta y la abrió.

Oculto por una mortaja de tinieblas tan densa que no dejaba transpirar luz, sonido ni olor alguno, el vampiro observaba las evoluciones de Victoria Ash a medida que se acercaba con sigilo a un vagón en particular. No conseguía apartar de su mente el deseo de poseer aquel cuerpo, como tampoco lograba asimilar las posibles razones que impulsarían al degenerado Tzimisce a querer mutarlo o alterarlo en modo alguno. El por qué su amo perseguía la destrucción de la criatura con tanto ahínco era algo que también lo fascinaba.

Era igual que una diosa. Lo único que podía imaginar Sebastian en aquellos momentos, lo único que se atrevía siquiera a contemplar, era el modo de poseerla. Ojalá bebiese tres veces de su sangre para que pudiera ser suya para siempre.

Al menos, los perros falderos que había traído consigo habían conseguido guardar silencio por fin. Hasta que la Toreador hubo hecho acto de presencia, se habían esforzado por montar un escándalo insoportable e inutilizar el velo con el que el Lasombra los había cubierto a todos. Claro que seguían compuestos a medias de carne humana, por lo que no resultaba extraño que al final hubiesen acatado sus órdenes de guardar silencio.

Sebastian sintió el aguijón de los celos.

Aquello fue lo que le despertó. Un poco, al menos. Lo suficiente como para cuestionarse el deseo que sentía por aquella mujer.

En lo más hondo de su subconsciente, comprendió que la Toreador estaba amplificando su belleza con los poderes de la sangre inherentes a aquel clan. No obstante, su cerebro animal, así como su cerebro reptil, había caído bajo el influjo del hechizo de seducción y la irresistible belleza de Victoria. Si aquello le había ocurrido a él, no sería de extrañar que los ghouls que lo rodeaban babeasen espumarajos sanguinolentos.

Aquello implicaba que su posición era en extremo comprometida. Pensó que quizás pudiera despejar la cabeza lo bastante como para actuar con la efectividad exigida, aunque tampoco era eso lo que quería. En cualquier caso, sus matones carecerían de eficacia. Tanto como aquella mañana, cuando habían intentado capturar a la Toreador en la mansión Buckhead. Había tomado la decisión de

dejarles vivir lo suficiente como para redimirse esa noche. Tal y como iban las cosas, todos ellos habrían muerto antes del amanecer.

Observó, aún embelesado, cómo Victoria colocaba un alambre casi invisible atravesado frente a los escalones, maravillado por la gracia con la que operaba la mujer.

Sintió deseos de dar la voz de alarma y prevenirla contra el monstruo que acechaba en el interior del vagón. El maldito cirujano Tzimisce la estaba esperando. Pero se resistió. No le había pedido que la avisara.

Además, pensó, puede que vuelva a ser yo cuando desaparezca de mi vista.

No fue así. Cuando Victoria se adentró en las entrañas del vagón, Sebastian se sintió abrumado por el pesar que le suponía su ausencia. No conseguía imaginar cómo iba a ser capaz de levantar la mano contra ella.

LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 9:53 PM

MUELLE DE CARGA, ATLANTA, GEORGIA

–Disculpa –dijo Elford–, pero tengo que irme.

El Tzimisce, sentado en un taburete bajo, le hablaba a un fragmento del maltrecho teléfono móvil que había destrozado la primera vez que había tenido a Victoria como prisionera. Su voz, gélida y aguda, recordaba al rascar de uñas sobre una pizarra.

Victoria se estremeció al oírla, y al verle el rostro. Seguía tal y como lo recordaba. Delgado como una cerilla, pero dotado de una enorme tripa distendida que parecía imposible de mantener en equilibrio. La carne se tensaba como la cuerda de una guitarra contra aquel grotesco armazón, tan enjuto con excepción del estómago que los huesos parecían sobresalir. La cabeza, desprovista de cabello, era un pequeño triángulo invertido dotado de una boca diminuta. Los

brazos y las piernas se encontraban plegados como acordeones; Victoria se asombró al comprobar la similitud de aquella silueta con la de una mantis religiosa. La multitud de miembros resultaba imposible de descifrar porque se doblaban en ángulos imposibles en los lugares más insospechados.

Elford tiró el teléfono a un lado y se incorporó. Cuando estiró las piernas, las articulaciones crujieron para componer una partitura de huesos entrechocando. La luz del interior del vagón procedía de un pequeño montón de brasas incandescentes. Pese a la exigua iluminación, la escuálida carcasa de Elford proyectaba una sombra astillada sobre el suelo.

Sin proponérselo, Victoria trastabilló un paso hacia atrás.

Elford escupió.

—¿Has vuelto para terminar conmigo, zorra Toreador?

Le sonrió, intentando recordar que tenía una ilusión que mantener. No sólo la que propulsaba su sangre, sino además una interna, el resultado de su confianza en sí misma. De vacilar, se convertiría de nuevo en su prisionera.

Si quería venganza y solaz de los demonios que la martirizaban, aquel era el único modo de conseguirlo.

Aquello era lo que se había dicho momentos antes, y ahora tenía ante sí la oportunidad de exorcizar sus fantasmas.

La sonrisa se disipó para dar paso a una réplica mordaz.

—Ya veo que has conseguido una lengua nueva.

Elford adelantó un pie, al parecer indiferente al aura dorada que emanaba de Victoria.

—Pues sí. Ya ves, me hacía falta. He estado ocupado. —Dicho lo cual, se apartó y señaló con sentida formalidad a un aparato detrás de su desocupado taburete. Se trataba de los estribos que habían aprisionado a Victoria la primera vez que se despertó en aquel sitio.

La mujer se estremeció y hubo de tragarse el nudo que le atenazaba la garganta, pero se mantuvo firme.

La estridente voz de Elford se tornó más melodiosa y burlona.

—No sabes cuánto he pensado en ti y lo mucho que deseaba tu regreso, princesa mía.

Se inclinó sobre el instrumento y extendió su nueva lengua, larga

y estrecha como la de una serpiente, para lamer con delicadeza el grillete metálico que había retenido la mano izquierda de Victoria. Limpió un reguero de sangre reseca y se volvió hacia Victoria, con la lengua aún afanada en su asquerosa tarea como si estuviese dotada de vida propia.

Elford continuó así, con los ojos clavados en los de Victoria.

–Ésta, sangre de tu muñeca... aquí, de tu mejilla... –Mientras Elford hablaba, su lengua se estiró aún más de aquella boca ridícula para danzar sobre la mesa surtida de correas de sujeción y abrazaderas.

Victoria no se había atrevido a mirarle a los ojos la vez anterior, pero sí que lo hizo ahora. El hecho de que el monstruo no intentara apoderarse de su mente le resultó revelador. Quizá se debiera al hecho de que carecía de tales habilidades. Victoria no se esforzó por emplear sus poderes mentales, como hiciera con los Setitas que la habían rescatado de aquel lugar. Quería que Elford supiese qué era lo que le había golpeado cuando ella decidiera atacar.

–Aquí, sangre de tu vientre... –seguía canturreando Elford–, ah... y aquí, mira qué dulce, ¡sangre de tu pecho! –La cadencia melodiosa de su retahíla se interrumpió cuando escupió la última palabra en dirección a Victoria, antes de gruñir: – ¿Te crees que me importan tus encantos, zorra? ¿Piensas mantenerme lejos de ti con estos trucos?

Se acercó aún más.

Victoria no se inmutó, conocedora del alcance de sus poderes. Sabía que cada blasfemia proferida por Elford, cada centímetro que avanzaba, le costaba un triunfo. Esperaba que ella lo liberase de su influjo. Sí, el poder de Victoria acentuaba su belleza hasta tal extremo que debía de asemejarse más a una diosa divina que a nada engendrado por esta tierra, pero también imprimía en los demás la sensación de que debía de estar dotada de un poder inigualable, lo que contribuía a prevenir posibles atentados. Lo que inspiraba no era tanto miedo como respeto.

Victoria levantó un brazo en dirección a Elford y apuntó el arma a su estómago. Supuso que no podría errar el tiro contra un blanco tan enorme.

–Monstruo, sólo he vuelto para terminar lo que fui tan tonta de dejar a medias.

Apretó el gatillo y el arma cobró vida. Docenas de ráfagas salieron escupidas del cañón para acribillar el cuerpo de Elford. Una, dos, cinco o seis se enterraron en la magra tirantez de aquel estómago orondo y gangrenoso, hasta que las tripas estallaron con una contundente explosión que sacó a Victoria volando por la puerta abierta del vagón.

Permaneció aturdida durante unos instantes. Cuando recuperó la consciencia, sentía que una neblina se había apoderado de su mente y tardó otro momento en recuperar el sentido. Su sombrero había desaparecido, pero el ajustado mono de terciopelo permanecía intacto salvo por los desgarros ocasionados por el impacto contra la grava, que se había hincado en la carne de su espalda. Se incorporó hasta quedar sentada y escupió, tras lo que empleó una manga para limpiar las hediondas babas que le empapaban el rostro y la boca. Una vez incorporada por completo, enjuagó los restos que le salpicaban los senos y el vientre. El purulento icor se arracimaba en glóbulos semejantes a excrementos de rata sobre el suelo. Victoria se alejó unos pasos.

Concentró su atención en el desvaído vagón azul. El metal que rodeaba el marco de la puerta se había combado hacia fuera debido a la fuerza de la explosión pero, por lo demás, todo seguía igual. No percibió ruido ni atisbo alguno de movimiento procedente del interior.

–Pero qué bonito –dijo una voz a su espalda.

Victoria se giró en redondo.

El hombre volvió a hablar:

–Vaya, tú también eres preciosa, encanto, ¡pero esto! Dos pájaros de un tiro. Exquisito.

El que así hablaba era pálido, más que cualquier otro Vástago que Victoria hubiese conocido, e iba ataviado sin tacha con un traje de etiqueta cortado a medida para realzar su esbelta y atractiva figura. Sostenía un bastón en la mano izquierda, con el que tamborileaba en el suelo para subrayar sus palabras. Apoyaba la diestra en la cintura, con la palma hacia fuera. Pese a la insinuante presencia del hombre, su cabello engominado y sus bien pobladas cejas oscuras, Victoria lo

encontraba inquietante y perturbador. A saber por qué, la palabra "pederasta" le vino a la cabeza; supuso que aquel adjetivo se ajustaba a aquellos modales tan siniestros como congeniales.

Los tres hombres que respaldaban al vampiro no eran más que matones de tres al cuarto. Dos de ellos apuntaba a Victoria con sus pistolas y el otro, algo apartado del resto a fin de poder esgrimir su arma con mayor facilidad, se apoyaba sobre un grueso bastón que, con su casi metro ochenta de altura, seguía siendo más bajo que su propietario.

Victoria se alisó las ropas y recuperó la compostura tras desprender una última mota grasienta de su brazo desnudo.

–Espero que el Tzimisce no fuese amigo tuyo.

–Dios me libre, no. Era más bien un problema, en realidad. Se negaba a crear nada útil, cuando lo que más falta nos hace son más monstruos Tzimisce para erradicar a los pocos de los tuyos que aún quedan en mi ciudad.

–¿Tu ciudad?

–Pues claro, pero mira que soy descortés. Soy Sebastian, obispo de Atlanta.

Victoria soltó una carcajada.

–Así que ya se la han endilgado a alguien.

El semblante de Sebastian se oscureció apenas, apartó la mirada y repuso, amostazado:

–Así es, en efecto. –Volvió a asaetear a Victoria con los ojos–. No, no, señorita Ash, yo no volvería a intentarlo.

Desapareció el sugerente fulgor de las mejillas de la Toreador y, con él, algo de su apostura.

–Me parece que se ha roto tu hechizo –continuó Sebastian–. Mis ghouls te veneraban hace apenas unos instantes pero creo que si les diera carta blanca ahora mismo, no se les ocurriría otra cosa más que violarte. –Parpadeó–. Tendrás que excusar mis toscos modales, pero quiero dejar mi mensaje bien claro.

El rostro de Victoria perdió todo rastro de emoción.

–A veces, la mejor forma de hacerlo es dando rienda suelta al cerdo maleducado que llevamos dentro, ¿verdad?

Sebastian no pareció darse por aludido.

–¡Eso es! Cómo me alegro de que sepas comprenderme sin apenas conocernos. Vamos a llevarnos mucho mejor de lo que me imaginaba.

Fue en ese momento cuando Victoria escuchó un tosido rasposo a su espalda, seguido de una voz estridente.

–Apártate de ella, Lasombra. La zorra me pertenece. A lo mejor te hago un regalo algún día, si es que consigues retener Atlanta bajo tu mando hasta entonces. Hasta el último centímetro de esa mujer, por dentro y por fuera, es mío para que lo explore... y lo perfeccione.

Elford ocupaba el desvencijado marco de la puerta del vagón. Ahora sí que parecía un esqueleto. Su abultado vientre había sido reemplazado por harapientas tiras de carne tumefacta que supuraban su característica sustancia negra.

Victoria se veía atrapada entre dos fuegos. Pudo desembarazarse de parte del fatalismo que la asaltaba al confiar en sus posibilidades para manipular a ambos enemigos y enfrentarlos entre sí el tiempo necesario para orquestar su huida. Si consiguiera lanzar a cada Vástago a la garganta del otro, quizás pudiera despachar o desanimar a los tres ghouls y ponerse a cubierto.

Cosa extraña, pese a que Elford no había muerto y, a efectos técnicos, no había conseguido vengarse, su confianza se había redoblado. Puede que el ver a la bestia en tan precario estado fuese suficiente, o quizás no fuese más que la anticipación de la inminente batalla. En cualquier caso, si sobrevivía, si escapaba, estaría preparada para afrontar el futuro con la misma devoción inexorable que la había llevado hasta allí.

–Maldita sea –rezongó Sebastian tras ella.

Sin mirar en su dirección, Victoria anduvo de espaldas en dirección al Lasombra mientras se dirigía a todos los presentes, con los ojos clavados en Elford:

–Llegas tarde, Elford. Ya he rendido pleitesía a mi obispo.

Se giró y se enderezó a fin de que la exuberante figura embutida en terciopelo quedara marcada de relieve, antes de dejarse caer de rodillas a cuatro pasos escasos de Sebastian. No quería acercarse demasiado.

El Tzimisce rugió. Sebastian se limitó a elaborar aún más su

primer juramento:

–Maldita condenada.

Elford se apresuró a descender del vagón y, cuando estaba a punto de superar el último peldaño, tropezó.

Consiguió apoyarse en sus frágiles brazos, pero aulló de dolor. Su pie seguía colgado, balanceándose del alambre gracias al espeso hilo de sangre que emanaba del muñón. Transcurrido aquel primer instante, el pie se soltó y cayó al suelo.

Sebastian y los ghouls observaban al enfurecido Tzimisce como hipnotizados. Victoria aprovechó para impulsar un torrente de sangre en ebullición a sus piernas, que la incorporaron como un resorte y la impulsaron como alma que lleva el diablo en dirección al coche aparcado.

–¡Destrozadla! –gritó Elford.

Pese a la ventaja conseguida y a su velocidad, las esperanzas de Victoria se evaporaron cuando escuchó la respuesta de Sebastian.

–Por mucho que lo lamente, creo que tiene razón. Es demasiado peligrosa. Cogedla, ¡ya!

La grava crujía bajo los estiletes de sus tacones. Aún a varios metros del lado del copiloto de su BMW, Victoria saltó y consiguió caer sobre el asiento del conductor, si bien de forma algo precaria.

Pulsó un interruptor para izar la capota y giró la llave para encender el motor. Las ruedas originaron una lluvia de guijarros antes de encontrar asidero en la tierra apelmazada y catapultar el coche hacia delante.

Restallaron los disparos y Victoria se agazapó en su asiento, entre maldiciones. Escuchó las quejas del vehículo cuando varias balas lo alcanzaron, pero mantuvo el acelerador pisado a fondo mientras agarraba la palanca de cambios para meter la segunda marcha.

Uno de los neumáticos reventó a causa del impacto de un proyectil y el coche reculó sobre la grava, aunque Victoria consiguió que la máquina siguiera rodando. Se acercaba al puente que cruzaba las vías cuando un abismo se abrió de improviso ante el vehículo. Intentó frenar en seco, demasiado tarde. El coche planeó sobre la oscura boca... pero Victoria no cayó en ella.

Volvió a recuperar la primera e intentó acelerar de nuevo, mas unos tentáculos compuestos de sombras se deslizaron por los laterales del vehículo y, tras abrazarse a todos los puntos de apoyo posibles, evitaron que el coche se moviera.

Victoria se aplastó sobre los asientos y se apresuró a arrastrarse hasta el lado del copiloto, el más alejado de sus perseguidores. Intentó abrir la puerta, sin éxito, por lo que se escurrió por la ventanilla, desgarrando la capota con uno de sus tacones en el proceso. Una vez afuera, se giró para enfrentarse al ghoul que, armado con un garrote, se encontraba casi encima de ella.

LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 9:54 PM
MUELLE DE CARGA, ATLANTA, GEORGIA

Pese a su capacidad de adaptación, el General no era un hombre de ciencia. Sus raíces pertenecían a la antigüedad. Por eso no sabía que perseguía un aroma que, según la ciencia, debería resultar imposible de detectar. Una partícula entre un billón era la aguja en el pajar que respondía al nombre de Victoria Ash. Mas sus poderes antedataban a la ciencia e iban mucho más allá.

Corría en forma de lobo porque el tejón sería demasiado lento. El General mantenía los ojos cerrados. El perfume era tan sutil, tan efímero, que necesitaba toda su concentración para encontrarlo. Dado que avanzaba a ciegas, no escuchó el chirriar de los neumáticos cuando se cruzó en el camino de los conductores que recorrían las carreteras y autopistas de la noche de Atlanta. Tampoco sintió el impacto cuando un sedán familiar que circulaba por una avenida residencial se incrustó contra él. Recuperó la verticalidad, infatigable, y reanudó su camino. Tanta era su velocidad que se hubo incorporado y alejado antes de que el conductor mortal detuviera el vehículo para averiguar a qué mascota había atropellado. El hombre echó mano de

una linterna para ver si el perro había quedado atrapado entre los bajos del coche, pero no había siquiera rastro de sangre.

Al cabo de un tiempo, el rastro llevó al General más allá de las calles y las carreteras hasta una zona boscosa y, desde allí, hasta la zona de carga. La fragancia ya era embriagadora, transportada a lomos de corrientes de aire que la ciencia no sabría describir. Aquel delicioso aroma hablaba de miedo, coraje y sexualidad.

El General apreció aún más a aquella mujer. Lamentaba que su sueño no le hubiese dicho si lograría salvarla.

Las perspectivas que se le presentaban no resultaban nada halagüeñas, lo que despertó en él una oleada de vértigo y perversa anticipación. El Malkavian se detuvo por un momento en la cima de una loma que dominaba el campo de batalla de férreas encrucijadas, interminables vigas metálicas y caminos de grava, y abrió los ojos.

Victoria Ash rodaba para salir de un automóvil mientras un ghoul armado con una cachiporra se le acercaba. Tras éste venían dos más, ambos afanados en recargar sus armas de fuego. Atrás habían dejado a las dos potencias contendientes: un Cainita de aspecto mortal y una figura destartada compuesta de huesos y tiras de carne. Este último parecía herido, por lo que quizá la proporción no resultara tan adversa. Se apoyaba sobre una sola pierna, aferrado a lo que parecía ser un pie amputado que estuviese injertándose de nuevo al final de la articulación.

¿Qué hacía la mujer tan a las afueras? ¿Por qué desprendía un olor tan fuerte a horror desmesurado?

Observó cómo el ghoul más próximo a Victoria descargaba su largo bastón. La Toreador se zafó rodando del golpe para caer de pie tras efectuar una voltereta. El General se percató satisfecho de que era lo bastante astuta como para mantener a su atacante entre ella y los otros dos ghouls armados con pistolas.

Así y todo, uno de ellos debió de entrever un hueco, o puede que no estuviese lo bastante curtido en la batalla como para saber cuándo convenía sofrenar el fuego. El General entrecerró los ojos para no perder detalle de la trayectoria de la bala. Podría protegerse a sí mismo de ella, pero no le quedaba más remedio que cargar si quería proteger a la Toreador.

Aún en forma de lobo, el General comenzó su estampida colina abajo mientras la bala completaba su trayectoria y alcanzaba a Victoria en una pierna. Se estremeció, pero apenas trastabilló. El General frunció el hocico en una sonrisa.

–Fuego a discreción, maldita sea –le gritó el hombre vestido de negro a sus ghouls–. Si Stick cae con ella, ya nos ocuparemos de que Elford lo remiende más tarde.

Tronaron seis disparos más antes de que el General sortease el extremo de un vagón oxidado. Allí cruzó la mirada por un segundo con la del líder de los matones, que se acababa de percatar de su presencia.

–¡Shilo! ¡Felón! ¡A vuestra izquierda!

Los ghouls se giraron para hacer frente al General, pero éste ya se encontraba en el aire. Sonó un disparo, pero no procedía del hombre de prominente mentón sobre el que se había abalanzado el Malkavian. El General atacó a la garganta y, cuando el aleteo de los brazos del hombre fracasó en su intento por alejar las fauces del lobo, éste se llenó la boca de carne blanda y nervuda. Sacudió la cabeza con violencia, a izquierda y derecha. El ghoul se convirtió en un muñeco de trapo. A la tercera o cuarta sacudida, el General oyó cómo le crujía el cuello. Su víctima, aún con vida, sólo podía mover los ojos, que ya ni siquiera conseguían enfocar con facilidad a su agresor.

–¡En mala hora has tenido que interferir, Sebastian! –chilló el monstruo esquelético–. ¿Con qué derecho te atreves a joderme la emboscada de este modo? Además, ¿quién te ha seguido?

Las balas silbaban alrededor del General y dos de ellas dieron en el blanco en el preciso instante en el que se abalanzaba sobre el otro ghoul. Uno de los proyectiles apenas lo mordió, pero el otro se le encajó en el pecho y el Malkavian sintió cómo retumbaba entre sus costillas.

El General saltó de nuevo, pero un tentáculo de tinieblas lo obligó a regresar al suelo. Se enroscó alrededor de su lomo, por debajo del vientre, y lo lazó. El tirón fue súbito e inesperado, por lo que consiguió aturdir al General por un segundo. Pero sólo por un segundo. El ghoul se alejó de él, aunque se mantuvo a una distancia que le permitió vaciar el cargador casi a quemarropa sobre el vampiro

derribado. Al General le hubiese gustado guardar alguna sorpresa para más adelante, pero la situación tomaba mal cariz por momentos. Por tanto, un instante después de que la primera bala se alojara cerca de su columna, el Malkavian recurrió a la sangre. El lobo se convirtió en una mancha de oscuridad solidificada que no tardó en licuarse para, en lugar de filtrarse en la tierra, continuar desintegrándose hasta que un brazo de niebla comenzó a ascender en volutas que sortearon el tentáculo que las rodeaba.

Las balas del ghoul rebotaron en el suelo y se perdieron en el vacío. Algunas llegaron a golpear el brazo tenebroso, que se estremeció incómodo antes de que el Lasombra Sebastian lo obligara a esfumarse con un aleteo de su mano.

La nube continuó alzándose, llevando consigo la consciencia del General. De aquel modo, podía ver todo el campo de batalla desde cualquier dirección, lo que hizo sin más dilación. El ghoul que lo observaba desde abajo le apuntó con su arma, pero no disparó. Sebastian había vuelto a concentrar su atención en Victoria, que parecía mantener la situación bajo control. Stick se había quedado plantado ante ella con los músculos lasos y la Toreador lo miraba fijamente a los ojos.

El Tzimisce llamado Elford era harina de otro costal. Tampoco perdía de vista la nube de niebla.

–Éste es peligroso –gritó el hombre bestia–. ¡Cuidado con el Gangrel! –Soltó un cacareo que pretendía pasar por carcajada–. ¿Te atreves a luchar garra a garra, animal? –Escupió al aire y siseó:– ¡Si no tienes agallas, despellejaré a la mujer! Diría que, tras ver cómo has atacado primero a sus asaltantes, te preocupa lo que ocurra con ella.

El horripilante hombre cosa no se equivocaba. Aunque el General era capaz de evitar cualquier daño físico en aquel estado (el cual su tutor Gangrel le había explicado que era el más importante de los poderes de transformación que podría aprender nunca), le resultaba igual de imposible herir a los demás, y carecía de habilidades mentales que pudieran resultar efectivas en aquella tesitura.

Con un rápido giro, el General formó un embudo que se estiró hasta tocar el suelo, sobre el que bailó como un tornado enfurecido.

Comenzó a aparecer la forma de un hombre en medio del vórtice, hasta que los últimos hilachos de bruma se evaporaron y el Malkavian quedó de pie ante su oponente Tzimisce.

El General esbozó una mueca en dirección a Elford y repitió las palabras del ser.

–¿Garra a garra? –Sus ojos se convirtieron en dos rubíes y unas garras como cuchillas brotaron de la carne que remataba sus dedos. Se agazapó, con una aureola animal flotando a su alrededor.

El General confiaba en que Victoria consiguiese plantar cara al Lasombra hasta que él pudiera acudir en su ayuda.

–Eso es, Gangrel –grajó Elford–. Así me gusta.

El General escuchó disparos a su espalda. Pese a no ir dirigidos contra él, se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. El ghoul no apuntaba a Victoria, sino a Stick, que cargaba contra él igual que un toro enfurecido. Cualquiera que fuese el hechizo empleado por la Toreador, no se dispó cuando Stick recibió una, dos y hasta tres balas. La última consiguió que el ghoul hincara la rodilla en el suelo pero, con su extraordinaria visión, el General vio que una sangre entre roja y negra se filtraba en los orificios y sellaba las heridas. Su siguiente embestida puso en fuga a su antiguo compinche, que intentó huir, pero Stick acertó distancias y trazó un arco con su poderoso cayado de madera que fue a incrustarse contra la nuca del perseguido.

El General quería observar, quería asegurarse de que Victoria conseguiría apañárselas por sus propios medios, pero un sonido siseo atrajo de nuevo su atención hacia Elford. La carne del Tzimisce se estaba calentando a ojos vista, hasta comenzar a bullir y cubrir sus largos brazos con gigantescas ampollas.

El monstruo estaba entregado a su propia transformación. El General, con todos sus años sobre este mundo, sólo había asistido a un espectáculo similar en una ocasión. Elford expulsaba borbotones de sangre por la boca, vomitando sobre sí mismo. En lugar de chorrear hasta el suelo, el humor se componía en espesos regueros que se extendían como zarcillos, con una cadencia cuasi estroboscópica, por todo su cuerpo. Este comenzó a estirarse; la paradoja consistía en que el Tzimisce crecía a lo alto, pero sin dejar de

engordar. Los músculos de sus brazos ganaron en volumen, dotándose de nervudos tendones hasta pender de sus descomunales hombros y conferirle un aspecto simiesco.

La piel de la bestia, pues sólo podía calificarle de ese modo ahora, crepitaba igual que si estuviera suspendida sobre una hoguera, endureciéndose y adquiriendo cierto lustre, asemejándose a un cascarón quitinoso. Medía al menos dos metros diez, con púas empapadas en icor que sobresalían de las vértebras a lo largo de toda su columna. Las crestas óseas que antes remataran su testa crecieron a su vez hasta asemejarse a púas de aspecto siniestro y punta hueca, por la que rezumaba una pútrida sustancia sebácea.

El descomunal cuerpo de Elford comenzó a sacudirse con risotadas espasmódicas que aumentaron de volumen de forma paulatina hasta obligarlo a impulsar la cabeza hacia atrás y taladrar la noche con sus aullidos. Tras aquello, lo imbuyó una calma inhumana.

–¿Todavía quieres jugar, lobezno?

El General entrechocó las garras frente al rostro.

–Me parece que ya he visto lo mejor que puedes hacer, monstruo, pero tú no tienes ni idea de lo que aún te tengo deparado.

Con un rugido más reptil que mamífero, el Tzimisce cargó contra el General. Las manos de la bestia exhibían unas zarpas limosas, astilladas y aserradas. El Malkavian no albergaba duda alguna sobre el terrible daño que podrían infligirle, pero también se dio cuenta de la leve cojera de Elford, motivada por el pie que se había implantado momentos antes. Amagó una finta hacia la derecha antes de impulsarse en el sentido contrario. Elford reaccionó con rapidez, pero el tobillo lo traicionó ligeramente y el monstruo no pudo aprovecharse de la ventaja que le confería su enorme envergadura.

El General completó su maniobra y golpeó la parte trasera de la pierna lesionada de Elford. El Malkavian intentó desjarretar a la bestia, pero sus garras no consiguieron cortar lo bastante hondo. Manó sangre de la herida, pero fue una recompensa exigua para una táctica que quizás no volviera a funcionar.

El General volvía a encarar la otra reyerta. Lo poco que pudo atisbar antes de que Elford volviera a acortar distancias le indicó que Stick había vencido al otro ghoul. En aquellos instantes, el malherido

Stick se abalanzaba sobre su antiguo amo. Sebastian sacudió la cabeza y capturó los ojos en blanco de su lacayo con la mirada.

El Tzimisce ya se le echaba encima, por lo que el General decidió que más le valdría sopesar sus propias posibilidades contra el enemigo que le había tocado. Si pudiera obtener un triunfo rápido en aquel acalorado duelo, no sería él el único en beneficiarse, sino también Victoria.

Una nube de polvo se levantó de la pisoteada grava cuando los dos combatientes se turnaron para maniobrar, esquivar y atacar. Elford fue el primero en conectar un golpe, un simple puñetazo de refilón que ni siquiera extrajo sangre. Fue el General el que aprovechó para descargar dos certeros ataques seguidos e impulsar a Elford hacia atrás. Los ojos del Tzimisce centellaron con un fulgor rojizo; con ira, asumió el General, aunque luego tuvo ocasión de cambiar de opinión. El demonio estaba activando otro de sus horrendos poderes, aunque no supo discernir la naturaleza del mismo de inmediato.

No tardó en salir de dudas, no obstante, puesto que Elford comenzó a pelear en lenta retirada, concentrándose en la defensa mientras la gruesa pátina que recubría su cuerpo recomponía la quitina descascarillada en aquellos lugares donde el General había golpeado con éxito.

El Malkavian escuchó el pisar de varios pies a su espalda. Docenas, quizás veintenas de pisadas. Dejó que la retirada de Elford lo alejara del alcance de sus enormes brazos y, sin perder de vista al Tzimisce, el General olisqueó. ¡Ratas!

Giró en redondo, ignorando a su enemigo por el momento, pero la marea de roedores ya casi se encontraba encima de él. No eran veintenas, sino cientos. El General se alejó de ellas de un salto, pero reaccionaron como si las impulsara una única mente. Las ratas a la cabeza del grupo cambiaron su rumbo y no tardaron en volver a acosar al Malkavian. Sus mordiscos no eran letales de por sí, pero atacaban en multitud y con rapidez.

El General comenzó a girar con violencia para que la fuerza centrífuga las alejara de sí. En ese momento, un estallido de dolor le laceró el costado izquierdo y sintió cómo salía disparado por los aires. Se encontraba sobre la cabeza del Tzimisce, empalado por tres de los

cuernos supurantes que remataban la inmensa cabeza de la bestia. El hedor del pegajoso veneno a tan corta distancia resultaba nocivo de por sí, pero el fuego que se propagó por su organismo cuando la ponzoña comenzó a corroer órganos y tejidos constituía un martirio insoportable.

El Tzimisce continuó con su embestida e impulsó la cabeza hacia arriba. El General se desprendió de los pitones para salir disparado hacia el firmamento nocturno. Aterrizó contra el costado de un vagón con tal violencia que las ruedas oxidadas crujieron sobre los raíles de acero y el coche amenazó con desplomarse encima del Malkavian.

La cabeza del General pendía inerte a un lado. Desde aquella perspectiva a ras del suelo pudo ser testigo de la estampida de las ratas. Algunas comenzaban a pelear entre sí.

El cuerpo del Malkavian se retorció presa de convulsiones mientras su preciada sangre pugnaba por salir victoriosa de aquella batalla contra el veneno. La sangre llevaba las de ganar, pero la intensidad del dolor no había disminuido ni un ápice cuando la horripilante sombra del monstruo cayó sobre el postrado cuerpo del General.

Una lengua, diminuta para aquella bestia tan enorme, se desenrolló desde la boca de la criatura y serpenteó en el aire mientras el Tzimisce se relamía.

–Si esto no te mata, prepárate para mil y una noches de infierno en mi matadero. –Levantó una zarpa y...

El General se desvaneció.

El Tzimisce se quedó atónito. Bajó el brazo casi a regañadientes y probó a estirar el cuello y husmear. Nada.

En el suelo, en el preciso lugar donde encontraba un instante antes de ocultarse a los ojos de Elford, el General bregaba con la ponzoña. Había agotado casi toda su sangre, pero por fin consiguió purgar el veneno.

El Tzimisce miraba alrededor, ávido, pero el General se obligó a demorarse otro instante. Concentró sus sentidos agudizados en el cascarón quitinoso de la bestia, en busca de un punto débil que explotar. Toda cadena tenía su eslabón débil y el General era un

experto a la hora de dar con ellos.

Golpeó. El súbito movimiento lo delató a los toscos sentidos de Elford, pero el Malkavian ya había superado su guardia y descargó un brutal manotazo sobre la armadura del Tzimisce. Al instante comenzaron a propagarse las grietas desde el punto de impacto. El ataque fue ininterrumpido. La otra mano del General se incrustó en la concha fracturada hasta alcanzar la carne que recubría, con una explosión de sangre e inmundicias.

El Tzimisce se encabritó como un semental enfurecido y profirió un ensordecedor alarido que redujo a trizas uno de los tímpanos del General. El Malkavian resistió. Cuando Elford intentó desgarrar a su oponente, éste volvió a transformarse en una nube de niebla y se apresuró a introducirse en el cuerpo de la criatura a través del agujero practicado en la quitina. El Tzimisce se arañó su propio cuerpo, en vano, destrozando placas de su armadura ósea y arrancándose pedazos de su propia carne.

Con el resto de la energía que le quedaba, el General se obligó a transformarse de nuevo, aún en el interior de la horrenda criatura. Aquella era una táctica imposible en la mayoría de los casos, ya que la carne natural era demasiado densa y no permitiría que la niebla se recompusiese al gusto del General. Pero en el interior de la concha fortificada, la carne de Elford era fibrosa y desmigada.

Lo que siguió a continuación fue una explosión de tejido protoplásmico y, cuando el General se apartó de la escoria que regaba ahora el suelo, el cadáver del Tzimisce recordaba menos a un hombre que a los restos de un huevo monstruoso.

Antes de que toda aquella sangre pudiera filtrarse al subsuelo, el Malkavian asió sendos puñados de órganos mutilados y los exprimió hasta la última gota para aprovechar todo el sustento que pudieran proporcionarle.

Aunque no se encontraba en forma de lobo, el General se había abalanzado sobre los restos de su enemigo como un animal, pese a lo cual en sus ojos brillaba una chispa de inteligencia mientras sopesaba las evoluciones del otro conflicto.

El traje de terciopelo de Victoria presentaba desgarros en varios lugares, y su piel exhibía las quemaduras practicadas por los

tentáculos que la habían fustigado, pero esgrimía con habilidad el cayado del difunto ghoul en un *esfuerzo por parar los envites de la oscuridad viviente*. Los tentáculos brotaban de las sombras debajo de uno de los vagones, de donde comenzaba a reptar uno nuevo. Restalló en el aire y se sumó al asedio de la Toreador.

El rostro del General se iluminó con una sonrisa de admiración ante la cegadora velocidad de los movimientos de Victoria. Cuatro eran los tenebrosos brazos que la hostigaban, pero el bastón en sus manos se había convertido en un borrón que desviaba casi todas las estocadas apuntadas a ella. Algunos golpes oblicuos conseguían traspasar su defensa, pero incluso de éstos conseguía desembarazarse antes de que pudieran apresarla.

Sebastian se desgañitaba maldiciéndola.

—¡Maldita seas, Ash! ¡No podrás mantener ese ritmo durante mucho más! ¡Ríndete!

El Malkavian sabía que aquello era cierto. Por suerte, ahora disponía de algo más de sangre y aún conservaba algún que otro as en la manga. Tácticas que nadie se esperaba de un "Gangrel".

Durante todo el tiempo que el General había empleado en devorar la sangre de los órganos desparramados, el Lasombra no miró en su dirección ni una sola vez.

Seguía sin haber recuperado toda su fuerza, pero si pudiera acercarse...

Victoria dio gracias a Caín o a quienquiera que estuviese escuchando por haberle enviado aquel extravagante benefactor cuando más lo necesitaba. La última vez que había visto al General, el Malkavian estaba trepando desnudo a una de las estatuas de su

Fiesta de Solsticio, un acontecimiento que parecía haber tenido lugar eones atrás. Como quiera que hubiese llegado hasta allí, como quiera que estuviese actuando en interés de Victoria o impulsado por el odio que pudiera sentir hacia aquellos Sabbat, era algo que no la preocupaba en aquellos instantes. Le cedía gustosa el derecho a enfrentarse a su torturador Tzimisce.

Stick había sido un converso nada problemático. Tras derribar a su camarada ghoul, había volcado su furia sobre su amo Lasombra. Mientras Sebastian intentaba recuperar el control mental sobre su propio ghoul, Victoria consideró la posibilidad de correr en busca de refugio. Decidió quedarse. Por un lado, nada le garantizaba que fuese a conseguirlo y, por el otro, si ambos Sabbat aunaban esfuerzos para combatir al General, el Malkavian caería a ciencia cierta y luego los dos correrían en pos de ella.

No le quedaba sino confiar en que el General derrotase a Elford, y en que ella consiguiera plantarle cara a Sebastian el tiempo suficiente.

Por suerte, el estúpido Lasombra había cometido un error típico en todos aquellos con los que Victoria había tenido que vérselas. A los hombres, sobre todo, les gustaba jugar con ella al gato y al ratón. Era un extraño efecto secundario de su exuberante presencia. Incluso las mujeres vacilaban a la hora de asestarle el golpe de gracia, ansiosas por paladear la desvalida feminidad de la adorable Toreador a la que pensaban descuartizar o mutilar.

Victoria contaba hasta tres ocasiones anteriores en las que esta tendencia había supuesto su vida y la derrota de su adversario. Confiaba en que ésta fuese la cuarta. Si bien le resultaba imposible estar al tanto de cómo se desarrollaba la épica batalla que enfrentaba a Elford y al General, asumía que el Malkavian no se habría inmiscuido en la refriega a menos que pensara que disponía de unas razonables posibilidades de sobrevivir.

Por eso Victoria Ash sintió cómo se le caía el mundo encima cuando, entre el batir de su cayado y la roja neblina que le empañaba la vista, vio a un Elford que renqueaba en dirección a Sebastian.

Continuó la lucha durante unos instantes más aunque, en el preciso instante en que Sebastian vio al Tzimisce que se acercaba,

sus tentáculos oscuros se evaporaron. Las tinieblas se vaporizaron en la nada de aquella noche, súbitamente en calma. Seguía aferrada a su bastón, pero lo sostenía, laso, con las manos magulladas por el esfuerzo.

El Lasombra decía algo, quizás en respuesta al Tzimisce.

–Me siento más predispuesto a concederte ese deseo ahora, Elford.

Victoria sintió cómo el abatimiento se encaramaba a sus hombros. Se encontraba de nuevo en la misma situación de antes, cuando apareció el General, sólo que ahora no podía albergar la esperanza de enfrentar a los Sabbat entre sí. Un giro del destino había reunido a cuatro Vástagos aquella noche, cuando Victoria había esperado sólo a uno.

Fue entonces cuando Victoria se dio cuenta de algo. Mientras caminaba, Elford apoyaba con cuidado el pie izquierdo. ¿No había sido el derecho el que había cercenado el alambre? Contuvo la respiración y tensó los músculos de la mandíbula. Aquel no era Elford...

Victoria era una experta a la hora de leer entre líneas. Extraía épicas conclusiones del modo en el que se conducían los demás, por lo que supo de inmediato que Sebastian había llegado a la misma conclusión que ella.

Sebastian exhaló un suspiro teatral.

–Acaba con ella si quieres, artesano de la carne. Yo estoy derrengado.

Dicho lo cual, el Lasombra se acercó a uno de los vagones con la aparente intención de apoyarse en él.

–¡Lo sabe! –gritó Victoria–. ¡Ataca ahora! –Apretó los puños con tanta fuerza que a punto estuvo de partir el bastón en dos.

El General reaccionó un segundo demasiado tarde ante su aviso. Cuando la esquelética figura de Elford se fundía para revelar la musculosa estampa del Malkavian, Sebastian se agachó y, en un asombroso alarde de fuerza bruta, arrancó del suelo un carril de acero de seis metros de longitud. Lo esgrimió con el mismo esfuerzo que le había costado a Victoria empuñar el cayado de Stick. La Toreador entreabrió los labios y se encogió cuando el carril golpeó al General y

lo derribó.

Sebastian se aproximó a grandes zancadas y volvió a izar el raíl. Trazó un arco descendente a una velocidad cegadora y el General, aún aturdido por el impacto anterior, sintió cómo el acero se estrellaba contra su espalda.

–A nosotros no nos hace falta escondernos detrás de nuestras sombras ni de ningún modo, estúpido. ¡Tal es el poder de los Lasombra! –Con aquello, Sebastian volvió a levantar el carril en vilo.

–¡Por el amor de Dios, muévete! –gritó Victoria.

Cuando el raíl volvió a iniciar su trayectoria descendente, el General desapareció, tragado por la tierra.

Sebastian gorjeó una risita satisfecha.

–¡Ah, el último recurso de un Gangrel apaleado! –Dejó que el acero cayera sobre la tierra en toda su longitud, antes de soltarlo y volverse hacia Victoria. Sus ojos enfurecidos ardían como el fuego y destilaban sombras—. Esto ya está, Victoria, acabemos de una vez. Sigo sin haber perdido nada de valor esta noche, así que no veo por qué no debería hacerte mi prisionera, como tenía pensado desde un principio. No obstante, creo que Elford, el verdadero Elford, ya cometió ese error. Sabrás disculparme si vuelvo a olvidarme de que soy un caballero.

Las sombras que poblaban toda la visión periférica de Victoria comenzaron a estremecerse, y el propio Sebastian empezó a temblar. Su pálida piel se jaspeó y su carne se descompuso en lo que Victoria sólo podía imaginar como un pozo de negrura que se abría desde su interior.

Todo el pecho del Lasombra pareció ahuecarse hasta componer un vacío infinito, como si se hubiese convertido en un portal a otro mundo. De aquel agujero sobresalieron cuatro tentáculos parecidos a los que Victoria se había enfrentado instantes antes, aunque éstos parecían más prensiles y más peligrosos.

–Caballero o no, me merezco un buen abrazo –grajeó el ahora demoníaco Sebastian, rodeado de cintas de sombra. Dio un paso hacia ella.

Los instintos del cerebro animal de Victoria, de la Bestia que llevaba dentro, emergieron. Hacía décadas que no lidiaba con aquel

monstruo, por lo que la nauseabunda sensación de su despertar consiguió que cayera de rodillas. La grava se hincó en sus piernas en aquellos lugares donde la tela de su traje había desaparecido. Así inclinada, asemejaba una ofrenda a aquella amalgama de sombra y hombre.

Una inmensa fuerza de voluntad impidió que se derrumbara ante la perspectiva de sus últimos instantes. Victoria alzó la barbilla en un gesto de desafío ante su condena. Al hacerlo, vio también que el General, contra todo pronóstico, brotaba de la tierra a una veintena de pasos del lugar donde se había hundido; algo que, hasta ese mismo momento, ella habría juzgado como imposible.

Lo que vio pasó desapercibido para Sebastian, si es que la bestia que se alzaba ante ella aún respondía a aquel nombre.

–Sé parte de mí –dijo Sebastian, con una mueca que pretendía pasar por sonrisa.

El General se desligó de la tierra como quien emerge de una piscina llena de agua. Cargó contra Sebastian, saltó y asió al Lasombra por la espalda.

Los ojos de Sebastian se desorbitaron por un instante a causa de la sorpresa, antes de que ésta se convirtiera en mero fastidio. Se mantuvo con los brazos inmovilizados a los costados y la cabeza humillada. Los cuatro tentáculos del inframundo que era su interior serpentearon fuera de su cuerpo para comenzar a golpear al Malkavian.

–Corre –acertó a balbucir el General–. Corre por tu vida.

Victoria corrió.

Pero no lejos del campo de batalla. En un alarde de velocidad cegadora, inigualable por ninguna bestia natural del reino animal, se apresuró a llegar al desvaído vagón de color azul y recuperó su ametralladora. También su bolso estaba donde lo había dejado, por lo que pudo ajustar otro cargador antes de regresar al escenario de la reyerta.

Los cuatro tentáculos de Sebastian ya casi habían conseguido deshacer la presa del General. El Malkavian parecía estar realizando aquel esfuerzo a un coste tremendo.

Victoria apretó el cañón contra la sien de Sebastian y, sin perder

ni un segundo, apretó el gatillo y lo mantuvo presionado.

La oscuridad se tragó las primeras balas, pero la siguiente docena y las otras doce que vinieron después redujeron a polvo la cabeza del Lasombra.

La Toreador se desplomó entonces, desfallecida, quizá tan desprovista de energía y de sangre como el Malkavian que yacía, inmóvil, a su lado.

Casi al mismo tiempo, ambos lograron balbucir lo mismo:

–Gracias.

*MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 12:26 AM
AVENIDA PIEDMONT, ATLANTA, GEORGIA*

Anatole se revuelve en su taburete, con la mirada ensoñadora fija en la pared del estudio del sótano...

Estoy sentado en el catre, considerando mi situación. Todo el mundo parece pensar que soy la clave de algo de extrema importancia para ellos. El gobernador quiere que me vean con él y con el bombero al que recogí en una fotografía a fin de generar publicidad ahora que se acerca la época de elecciones. La propietaria del colegio no quiere volver a verme para así poder proseguir con sus planes para cerrar la escuela y vender el edificio a cuenta de unos jugosos beneficios. La profesora insiste en que robé un cuchillo de mondar de la cocina durante la limpieza a conciencia a la que la sometí la semana pasada. Y el director de nuestro periódico del instituto me recuerda a todas horas que aun le debo un artículo acerca del próximo reemplazo de las ventanas del primer piso.

Todo esto se me antoja mucha responsabilidad para un chiquillo que desconoce el paradero o la identidad de sus padres. Un huérfano que, por si fuera poco, acaba de llegar al orfanato. Y ahí está el gobernador que quiere adoptarme, al menos mientras hablar de ello le

sirva para algo. Y a la propietaria del colegio le gustaría que desapareciese, que ni siquiera hubiese puesto un pie en este lugar, o al menos que nunca hubiese salvado a aquel puñetero bombero cuando la casa del otro lado de la calle se incendió durante el transcurso de aquella gran fiesta.

También la profesora quiere algo de mí, al igual que el director del periódico, supongo, sólo que éste tuvo la decencia de dejarlo bien claro: al parecer opina que un artículo en primera plana acerca del héroe del incendio le otorgaría algo de crédito a su perioducucho para coincidir con la feria estatal.

No podría importarme menos todo esto. Lo único que quiero es tocar la guitarra. Quizá la música me lleve algún día de regreso a mis padres, si es que la fama por el asunto del bombero no coloca mi cara por los lugares suficientes como para que se fijen y decidan dejarse caer y llevarme con ellos. Quizá incluso pudieran hacer algún trato con el gobernador. Lo cierto es que no me importa el modo en que tenga lugar esta reunión pero, si no ocurre ahora, puede que algún día alguien reconozca mi guitarra.

Es un buen instrumento, con lo que parecen trastes de marfil, aunque supongo que eso es bien poco probable. Si lo fueran, o incluso si alguien más creyera que lo son, mi guitarra no tardaría en desaparecer en alguna casa de empeños. Ya parece que le hayan arrebatado algo de valor. Se aprecian cuatro muescas en la parte frontal de la banda negra que conforma el talle de la guitarra, rastro de algunas gemas de algún tipo que alguna vez pudieron haber servido de adorno.

Otra gema de mayor tamaño debió de haber estado incrustada en lo alto del instrumento, o al menos lo que yo llamo alto, porque es lo primero que veo cuando la tengo en mis rodillas y miro hacia abajo.

Si pierdo esta guitarra, todo se habrá perdido.

Mi felicidad, perdida. Mi único vínculo con el pasado, perdido para siempre.

Lo único que todo este lío ha hecho por mí es conseguirme una habitación para mí solo durante algún tiempo. Eso quiere decir que puedo tener todas mis cosas desperdigadas por el suelo. La ropa en montones desordenados. Las mantas colgando de un lado de la cama,

rozando el suelo. Incluso he llegado a desencajar algunas tablas del ropero para crear un pequeño escondrijo donde guardar los pocos objetos que me importan. La guitarra, claro está, no cabe, pero sus extras se cuentan entre las preciadas posesiones que ahora guardo a buen recaudo bajo los tablones sujetos con clavos sueltos.

La habitación para mí solo mola también porque puedo cantar las canciones que más me gustan. Mis favoritas son las más empalagosas que ninguno de los otros chavales haya escuchado nunca, y aunque supongo que a muchos de ellos también les gustan en secreto (algunos incluso llegan a llorar, ya me he dado cuenta), siguen burlándose de mí cuando las entono o por el mero hecho de sabérmelas todas. Todo para que puedan dárselas de duros a mi costa.

Pero aquí arriba nadie se ríe. Así que canto y, en ocasiones, juraría que haciéndolo puedo acordarme de mi madre. Recuerdo que me abrazaba de un modo especial. Huelo una fragancia de flores que me recuerda también la calidez de su piel, aunque no sé por qué. Así que yo también lloro a menudo con mis canciones, pero sólo cuando consiguen que me invadan estos recuerdos.

De algún modo, noto que los estoy perdiendo, lo que también me rompe el corazón. ¿Qué será de mí el día que no les importe nada al gobernador, ni al magnate inmobiliario, ni a la directora del colegio, ni al director del periódico? ¿Cuándo, después de eso, olvidaré por completo todo mi pasado?

¿Dónde estaré entonces?

Las lágrimas afloran a mis ojos, pero eso no impide que me responda a mí mismo. Estaré cantando, igual que ahora. Con la esperanza de descubrir algo nuevo. Con la esperanza de que alguien vea la guitarra y me cuente su historia.

Entre la bruma de las palabras del estribillo, una rima o un ritmo que de repente se convierte en algo más, surge un fragmento de una canción de mi pasado. Las palabras se quedan en la punta de mi lengua e intento no detenerme ahora, porque sé que el recuerdo es fugaz y la concentración sólo conseguirá que se me olvide más rápido. Unas cuantas palabras surgen de mi boca y las canto una octava más alto, como quizá hiciera mi madre en cierta ocasión o en multitud de

ellas.

Y luego las palabras, la música, desaparecen y continúo con el estribillo de la canción que me ocupa en estos momentos antes de finalizar entre murmullos. El recuerdo de las palabras e incluso el de la música han desaparecido por completo, pero su ausencia deja una especie de espacio en blanco en mi cabeza que no pienso rellenar con nada más. Lo reservaré para el momento en el que esta canción regrese, para que tenga donde alojarse.

Sonrío, pues aunque he perdido algo, sé que esta mente es mi posesión más preciada.

*MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 2:13 AM
AVENIDA PIEDMONT, ATLANTA, GEORGIA*

La casa de Leopold no era nada del otro mundo. La pintura se veía descascarillada, la acera paralela a la calle y el sendero que la unía con los escalones bajos de la entrada presentaban numerosas grietas, y una de las ventanas estaba más que rajada, destrozada por completo.

Victoria rodeó el edificio y prestó aún más atención cuando descubrió las señales del allanamiento. Aquel no era un barrio particularmente hospitalario, por lo que no había forma de saber quién podría encontrarse dentro de una casa que había permanecido abandonada durante dos meses y medio.

No es que ningún matón o vagabundo que buscara cierto respiro de las asfixiantes noches de agosto fuera a suponer problema alguno, pero Victoria se sentía exhausta tras la última batalla, de mente, ya que no de cuerpo. Ya se había saciado algunos bloques antes de llegar allí, pero no sentía ningún deseo de enfrentarse a una pandilla de traficantes. En el peor de los casos, el tiroteo podría resultar mortal y, si bien a ese tipo de escoria humana se le ocurrirían cosas mejores

que hacer con ella al principio, quizá fuesen de gatillo fácil.

El objetivo de la Toreador consistía en entrar en el refugio, acumular toda la información que le fuera posible y abandonar aquella maldita ciudad.

La casa tenía dos plantas. Tres, contando el sótano, medio enterrado bajo el suelo. Las ventanas dificultaban las miradas indiscretas, lo que resultaba apropiado para el refugio de un Vástago. Las ventanas del sótano habían sido pintadas de negro y aparecían reforzadas con barrotes. Las de la planta baja estaban lo bastante altas como para que Victoria no pudiera mirar a través de ellas con facilidad. Veía los techos de las habitaciones al mirar hacia arriba, pero nada de interés.

Su paseo alrededor de la casa sirvió para que descubriera que la puerta principal no estaba cerrada con llave, al contrario que la trasera, y que no había ventanas abiertas, a excepción de la que estaba rota y otra, equipada con un aparato de aire acondicionado. Victoria supuso que podría forzar esta última, aunque no veía el motivo por el que debiera tomarse la molestia pudiendo entrar por la puerta principal.

Satisfecha por fin ante la falta de evidencias de grave peligro, regresó a la fachada delantera de la casa y subió al decrepito porche. A aquella distancia, vio que la desvaída pintura debía de haber sido en su día de color verde oscuro, quizá con adornos azules. No obstante, ahora sólo ofrecía distintos tonos de gris.

La puerta de entrada poseía una manilla de pestillo, con una pequeña palanca que Victoria hubo de apretar a fin de soltarla. Las ennegrecidas bisagras de bronce chirriaron a modo de débil protesta. Entró y una tabla muy desgastada por el uso crujió en el suelo del recibidor, con más fuerza aún que la puerta, ante la intrusión de la Toreador. Victoria tuvo cuidado de cerrar la puerta tras ella. Pensó en echar el pestillo, pero decidió que le resultaría más útil a ella como rápida vía de escape que como obstáculo para quien decidiera traspasarla.

La estancia estaba a oscuras, aunque aquello no suponía ningún obstáculo para ella. Sus ojos se iluminaron con un tenue halo rojizo alrededor de sus pupilas de ébano, y el interior inmediato apareció

ante ella como si fuese de día. El recibidor se bifurcaba a la derecha hacia lo que parecía ser un salón, por cuya mano derecha discurría una escalera que comenzaba cerca de la puerta a otro cuarto. También pudo ver una puerta medio cerrada que parecía ocultar parcialmente un pasillo que conducía al centro de la vivienda.

Victoria escuchó con atención. Le pareció haber escuchado algo en el sótano, pero el antiguo suelo era tan grueso que no había manera de estar segura. Se fijó en el salón y le pareció amueblado con bastante adustez, con un viejo sofá, una mesa de madera cacarañada y un sillón de lectura que no hacía juego con nada más. Se acercó para examinar un pequeño montón de periódicos que se apilaba junto al sillón.

Se trataba de la gruesa edición dominical, cuajada de publicidad, del Atlanta Journal-Constitution, el periódico más importante de la ciudad. Victoria lo abrió por una hoja al azar y miró la fecha. *Domingo, veinte de junio de mil novecientos noventa y nueve*. El día anterior a la noche de su Fiesta de Solsticio. Se congratuló por su trabajo detectivesco, pero lo cierto es que no le había revelado nada substancioso.

Victoria dejó el periódico donde lo había encontrado y se disponía a regresar al recibidor, cuando se detuvo por un momento. Regresó al llamativo sillón y se sentó, presa de una súbita necesidad de relajarse y recuperar el resuello. Desde de que, horas antes, hubiese conseguido escapar bien librada, apenas se había dado un respiro. Había regresado a la ciudad por una ruta rebuscada, a fin de asegurarse de que no la seguía nadie antes de encaminarse a su destino.

De hecho, la impresión emocional de su supervivencia comenzaba a abrumarla. Allí tendida en el suelo del cementerio ferroviario, Victoria había acusado más el dolor y la confusión y no se había detenido a considerar lo afortunada que había sido. Le había dado las gracias al General por su auxilio y entonces, antes de que hubiera podido disfrutar siquiera de un segundo para comenzar a sentirse a salvo de nuevo, el Malkavian se había vuelto a hundir en la tierra.

Volvió a experimentar el ramalazo de miedo que había sentido

cuando, al cabo de un momento, se dio cuenta de que en esa ocasión no pensaba emerger. Puede que el antiguo Vástago se hubiera vuelto a sumir en el letargo. En cierta ocasión, hacía mucho tiempo, había musitado algo acerca de su predisposición a ese estado. Victoria había dejado de preguntarse el porqué. Si tenía por costumbre lanzarse de cabeza a batallas como aquella, que en realidad no eran de su incumbencia, era mucho lo que arriesgaba y por lo que tenía que pagar con años de desaparición, recuperándose de las horribles heridas recibidas.

Se había apresurado a saltar de nuevo al volante de su BMW y, pese a los neumáticos reventados, condujo durante varios kilómetros. Al llegar a un diminuto taller de chapa y reparaciones, sedujo a la diligente pareja de mortales que vivían al otro lado del garaje. Sin preguntar la naturaleza del daño, el hombre reemplazó los neumáticos mientras, en el interior, Victoria se llevaba a la mujer a la cama. La patética criatura cayó en sus redes con los ojos cerrados. Supuso que el breve instante de placer que le proporcionó a la mujer ya era más de lo que su esposo habría hecho jamás por ella. Claro que tampoco resultaba probable que el esposo le hubiese arrebatado nunca un cuarto de su sangre después de yacer juntos. El mundo era un puto intercambio de mutuas compensaciones.

El hombre olía a grasa y a suciedad cuando regresó, aunque a Victoria le dio igual. Se apresuró a despojarlo también de una buena cantidad de sangre, tras lo que lo abandonó inerte sobre el lecho, junto a su esposa.

Para rematar la faena, así como para refrescarse, Victoria le hizo lo mismo a los dos infantiles dormidos.

Aquello había sido una acción descuidada y estúpida, pero ahora Atlanta era una ciudad del Sabbat (de momento), así que a la Toreador le importó bien poco. Se alejó de allí en su BMW, considerando por un instante si debería permanecer en la sombra durante un par de noches, o si debería aprovechar para, como rezaba el dicho, a hierro candente batir de repente. Cuando vio que el primer semáforo con el que se había encontrado, mientras conducía sin bajar de los ciento sesenta k.p.h., estaba en verde, tomó una decisión. Cruzó la intersección como una exhalación y siguió camino hacia el

interior de Atlanta, donde comenzó un lento recorrido por la ciudad hasta que le pareció seguro ir hasta el único refugio de Leopold que conocía.

Victoria, sumida en sus recuerdos, se reclinó en el sillón durante otro instante, antes de incorporarse y dirigirse al recibidor.

Miró hacia arriba y vio que las escaleras llegaban hasta un rellano que se alzaba sobre la puerta restante de la planta baja. Un pasadizo que debía de ser un calco del que la Toreador tenía enfrente nacía en aquel rellano, al final del cual se veía también una única puerta, cerrada, a la izquierda de Victoria. Decidió mirar arriba tras agotar las posibilidades del sótano y de la planta baja. No le parecía probable que el bunker principal de Leopold se encontrase en una posición tan comprometida dentro de la casa.

Avanzó hacia la puerta entreabierta al otro lado de la entrada del recibidor. Sus ojos iluminados de rojo centellaron y arrugó la nariz. Detectó el olor de la sangre y, en un gesto más animal del que su cimbreaña figura hacía suponer, adelantó la nariz hacia el espacio abierto. *Sangre, sin lugar a dudas*, pensó. Con cautela, abrió la puerta.

Una ligera corriente de aire la permitió captar el olor con más fuerza. Victoria supo de inmediato que se trataba de sangre humana. El poso de alcohol era demasiado pesado como para haber sobrevivido a la transferencia al sistema de un Vástago, y resultaría de lo más extraño que ningún miembro de la Estirpe pudiera beber tan ingente cantidad de licor.

Se abrían tres puertas en el pasillo, de par en par las dos de la izquierda y sólo a medias la de la derecha. Procedente de ésta, Victoria escuchó el ronroneo del aire acondicionado que había visto desde el exterior. El mismo aparato era el responsable de la corriente de aire que ventilaba el pasillo.

El aroma de la sangre emanaba del cuarto de la derecha.

Al final del pasillo se levantaba un cuarto dintel, desprovisto de puerta alguna, por lo que a Victoria no le costó comprobar que aquella era la cocina.

Seguía sin detectar movimiento alguno aunque no la atemorizaba que el humano planease tenderle una emboscada. Siguió adelante. Echó un vistazo indiferente a la primera puerta de la

izquierda al pasar junto a ella, antes de enfatizar su falta de interés por la misma, a fin de que el atacante en potencia pensase que podría cogerla desprevenida. Nada. Echó un vistazo por encima del hombro antes de continuar.

Victoria podía ver ya algo más de la cocina que se abría al final del pasillo. Le pareció grande y limpia en su mayor parte, aunque el hedor a comida podrida emanaba de ella en lánguidas oleadas.

Apoyó la espalda contra la pared más cercana a la puerta entreabierta de la derecha para, de una certera patada, abrirla del todo con el tacón. Se quedó donde estaba y esperó. Aún nada.

Muy despacio, giró para mirar dentro del cuarto. Aquello era una pocilga. Una enorme cama deshecha descansaba contra el centro de una de las paredes. Las prendas de vestir, tanto masculinas como femeninas, salpicaban el suelo. Vio un armario abierto rodeado por montones de ropa, y una cómoda cuyos cajones se habían apilado de cualquier manera contra la pared sobre la que gemía el aire acondicionado. En el cajón de arriba vio una pila de cartas. Resultaba evidente que la mayoría eran facturas y panfletos publicitarios, algunos de ellos abiertos.

Sobre la cama yacía un hombre despatarrado.

Iba vestido con una extraña combinación de prendas y, aunque su piel parecía inmaculada, desprendía un hedor soterrado, un olor corporal desaseado que no se podía camuflar. También vio una pequeña mancha de sangre en la sábana cerca del cuello del hombre. Victoria arrugó la nariz, repugnada, mientras se acercaba para inspeccionar. Seguía vivo, aunque resultaba aparente que se encontraba inconsciente. A juzgar por su palidez, podría permanecer en aquel estado durante bastante tiempo.

No presentaba herida alguna en el cuello cerca de la mancha de sangre, pero las lenguas de los Vástagos bien podían cerrar tales incisiones. Quizá se precipitara al suponer que aquel humano le había servido hacía poco de recipiente a alguien de la Estirpe, pero sabía que estaba en lo cierto.

Retrocedió hasta regresar al umbral. Examinó el cuarto desde allí, con más cuidado en esta ocasión. Los muchos años de dependencia de sus poderes de observación habían afinado sus

sentidos. Sólo un par de detalles le llamaron la atención. Dos cánulas nasales y una ligera decoloración blanca encajada en un surco profundo de la oscura madera; cocaína que ni la nariz más ávida podría recuperar.

También resultaba notable la caja fuerte que descansaba en el suelo del armario. Victoria apartó algunos montones de ropa para poder mirar el dial más de cerca. Sus ojos rojos refulgieron, pero no consiguió atisbar nada que le ofreciera una pista sobre cuál pudiera ser la combinación.

Cogió una camisa más o menos limpia de uno de los montones y se envolvió la mano con ella para girar la rueda a tientas, escuchando con atención. Nada. Arrojó la prenda a reunirse con el resto y decidió que lo volvería a intentar más tarde.

Por último, Victoria investigó un par de facturas y descubrió que quizá Leopold estuviese más dotado para la supervivencia de lo que ella había pensado en un primer momento, siempre y cuando el papel que había desempeñado en Atlanta no hubiese sido una farsa desde el principio. Su apariencia humilde de mosquita muerta resultaba demasiado exagerada, si se ponía a pensar en ello con detenimiento.

En cualquier caso, ambos recibos, los correspondientes a la luz y al teléfono de julio, habían sido pagados por adelantado. No con una cantidad desorbitada (al parecer, debían de quedar algunos cientos de dólares de sobra) pero el adelanto bastaba para evitar que las compañías se acercaran a la casa por el momento. En tal caso, claro está, descubrirían que estaba abandonada y la santidad del refugio se vería comprometida.

Devolvió las facturas al montón y le dio la espalda al cuarto.

Cuando Victoria regresó al pasillo, se dio cuenta de otra cosa. Aquella habitación era mucho más fresca que el resto de la casa, incluso que el corredor. No era de extrañar, desde luego, dado que allí era donde estaba el aire acondicionado, pero la puerta, si bien no se encontraba abierta de par en par, sí que debería permitir que parte de aquel aire frío se repartiera por la casa. Dedujo que aquella puerta debía de haberse encontrado cerrada hasta hacía poco, lo que apuntaba a que el vampiro que hubiese bebido de aquel vagabundo podría seguir en el edificio.

Cuando abandonó el cuarto, volvió a pisar con cautela. Volvió sobre sus pasos hasta la entrada y, con cuidado, entró por la primera puerta de su izquierda. Un cuarto de baño. La cortina de la ducha se veía echada a un lado. Había un armario, pero sólo contenía estantes desabastecidos en su mayoría. La Treador decidió enseguida que no se ocultaba nadie en aquel cuarto.

Aguzó el oído antes de regresar al pasillo, poniendo especial atención a los ruidos procedentes de abajo. No conseguía desembarazarse de la sensación de que había alguien en el sótano. ¿El Vástago que acababa de alimentarse, quizá? Se rió de sí misma, pues había llegado a temer que pudiera tratarse de Leopold en persona. Victoria seguía sin asimilar el hecho de que aquel aspirante a artista tuviera algo que ver con la matanza de un buen número de Gangrel pero, aunque debía de haber salido malherido, Leopold sí que podría haber escapado con vida de la emboscada del Sabbat en el Museo de Arte. O quizá también él hubiese caído en manos del Sabbat, como le había ocurrido a ella. Quizá incluso en las de Elford.

Victoria se estremeció al imaginarse lo que aquel torturador habría podido hacerle, los espeluznantes rituales mágicos y moldeadores de carne que el Tzimisce podría haber utilizado para convertir a aquel joven delicado en una máquina de matar. No dudaba de que si el Sabbat, si Elford, era capaz de crear un monstruo de tales características, resultarían imparables.

Aunque para descubrir esa posibilidad, por perniciosa que pudiera resultar para el futuro de la Camarilla, era para lo que Victoria había ido allí.

O quizá se tratase de un experimento fallido. Elford podría ser capaz de crear un asesino así de poderoso, pero controlar a la bestia sería otro cantar.

Puede que fuese eso lo que Elford había pretendido hacer con ella. Victoria volvió a estremecerse ante su desbocada imaginación.

Recorrió el pasillo con sigilo. Si había alguien dentro de la casa, cada cuarto vacío aumentaba las posibilidades de que fuese el próximo donde por fin lo encontrara. Se acercó a la segunda puerta de la izquierda, la abrió del todo y se apresuró a girar sobre sus talones para cruzar el umbral. La estancia se veía desnuda de muebles,

aunque la presencia de una lámpara que colgaba a baja altura en el centro le sugirió a la Toreador que aquel debía de ser el comedor.

La temperatura del interior subía unos cuantos grados en aquella estancia debido a la ventana rota, la que había visto desde la calle, pero no había nada más que mereciera su atención. Se dirigió a la cocina.

Investigó a conciencia una pequeña despensa, pero no tardó en descubrir que también la cocina se encontraba vacía. Volvió a darse cuenta de que parecía imperar una razonable pulcritud, con la excepción de cierta materia vegetal que se descomponía en el fregadero. Victoria supuso que Leopold se había preocupado de mantenerla recogida, pero el indigente del dormitorio debía de ser el nuevo inquilino y no compartía el mismo gusto por la limpieza. Aquella hipótesis alivió a la Toreador, pues sugería la improbabilidad de que Leopold estuviese presente.

Hasta el momento, Victoria había evitado a conciencia la enorme y pesada puerta que suponía que debía conducir escaleras abajo, hasta el sótano. No la había perdido de vista en todo momento, claro está, pero la había reservado para el final.

A pesar de las apariencias, o más bien contra todo pronóstico, la puerta no estaba cerrada con llave. Al más ligero empujón, el equilibrio de la puerta se rompió y comenzó a girar sobre sus goznes, muy despacio. Victoria retrocedió algunos pasos e hizo acopio de valor.

La puerta perdió impulso, agónica, hasta detenerse al fin para revelar casi por completo los altos peldaños de madera que conducían al sótano. Despacio, con sumo cuidado, se acercó al umbral. Ya no le hacía falta respirar, claro está, pero, en ocasiones como aquella, la Toreador se descubría conteniendo el aliento.

Cautelosa, pisó el primer escalón. Intentó apoyar el peso de su cuerpo poco a poco sobre ese pie, pero el peldaño crujió a pesar de sus precauciones. Profirió una maldición entre dientes y se apresuró a regresar a la cocina, preparada de nuevo para cualquier ataque, no sólo procedente de la escalera sino también del pasillo de la planta baja. Sabía que había algo o alguien cerca.

Cuando volvió a acercarse a la puerta, dio un salto al oír que la llamaban.

–Ven, Reina de las Manzanas –decía la voz–. Te estamos esperando.

Procedía de la escalera que daba al sótano.

¿Reina de las Manzanas?

Varios artistas habían llegado a comparar a Victoria con multitud de frutas apetitosas, pero nunca con una manzana.

–¿Quién me llama? –gritó, envalentonada.

Se escuchó una risita ahogada.

–Soy yo, Anatole, Profeta de la Gehena. Tengo que hablarte acerca de tu... acerca de nuestro futuro.

Leopold, azote de los Gangrel. ¿Y ahora el Malkavian Anatole?

Victoria lamentó que aquel semáforo no se hubiese puesto en rojo. Al menos habría evitado a Anatole. Tenía que creer en ello, o todos sus juegos serían en balde.

*MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 2:54 AM
AVENIDA PIEDMONT, ATLANTA, GEORGIA*

El observador posó su bolígrafo. Al principio se sintió sorprendido, luego enojado y, por último, mudo de asombro.

Primero se había abierto la puerta del sótano. Esto había sobresaltado al observador, que hubiese jurado que la había dejado cerrada cuando siguió a Anatole escaleras abajo. Éste se había acercado por un instante al pie de la escalera hacía un rato y había mirado hacia la puerta, pero no se había aproximado a ella ni había hecho ademán siquiera de pisar los escalones. El observador pasó una página de su cuaderno y comprobó la hora a la que aquello había ocurrido. Las 2:21 AM.

También le sorprendió el no haber oído a nadie indagando por el piso de arriba. A fuer de sincero, se le deba mejor ocultarse que detectar a los demás cuando éstos decidían esconderse, pero sus habilidades al respecto sin duda bastaban para tenerle al tanto de

cualquiera salvo de los espías más dotados.

Razonó que quien pudiera ocultarse de él también poseería la habilidad de abrir una cerradura, dado que la que cerraba la puerta de la cocina había sido forzada. Por tanto, el humor del observador tendió al enojo.

Le molestaba aquella interrupción precisamente por tratarse de una interrupción. Después de que Anatole hubiese decidido por fin sus incesantes sugerencias acerca de marcharse de Chicago, y tras llegar al refugio del Toreador, el Malkavian se había lanzado a un alarde de verborrea.

El observador no quería que este excepcional período terminase, y temía que esta llegada pudiera conseguirlo con tantas noticias interesantes de las que informar, entre ellas el hecho de que ya estaba casi seguro de que, cuando Anatole se refería al joven brujo, debía de estar hablando de Leopold. ¿Qué retorcida visión del escultor poseía el Malkavian para verse impulsado a pensar en el artista en aquellos términos? Sí, podían trazarse similitudes entre artistas y alquimistas, pero el observador intuía que debía de haber algo más; bien fuera algo más profundo, o tan evidente que resultaba sencillo pasarlo por alto.

Fue entonces cuando Anatole le dijo a la Reina de las Manzanas que pasara, que la estaban esperando.

Fue entonces cuando el observador se había sentido desfallecer. Aquella era la primera vez que era testigo de cómo Anatole se dirigía a alguien que estuviese en las inmediaciones de cuerpo presente. Sí, en ocasiones hablaba con el observador mismo, pero estaba claro que Anatole no pensaba en él como en alguien que compartiese su espacio físico. Al menos el observador esperaba que no fuese así, y Anatole no había hecho nada que le obligara a pensar lo contrario, desde luego nada tan evidente como su reciente interpelación.

Además de la sorpresa que suponía la elocución en sí, el observador se había quedado atónito ante las palabras enunciadas. Se percató de que el saludo daba a entender que Anatole conocía la identidad de la persona de pie en lo alto de la escalera, así como el hecho de que él...

–¿Quién me llama? –había respondido una voz.

El observador había rectificado la última palabra para que se

leyera "el hecho de que *ella*". Anatole llegó a responder a eso.

–Soy yo, Anatole, Profeta de la Gehena, y tengo algo que decir acerca de tu... acerca de nuestro futuro.

El observador se preguntó si algo conectado con el futuro de Anatole implicaba que esa Reina de las Manzanas, quienquiera que fuese, estaría conectado con el suyo, con el de su clan, o incluso con el misterio que pretendían revelar.

Se hundió aún más en las sombras de una esquina del cuarto cuando escuchó los pasos que bajaban por las escaleras. Dudaba de que pudieran verlo aun sin necesidad de aquel esfuerzo añadido, pero aquello le resultaba de lo más interesante y no quería tener que prestarle ni un ápice de atención a su camuflaje una vez los acontecimientos hubieran comenzado a desarrollarse.

*MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 2:56 AM
AVENIDA PIEDMONT, ATLANTA, GEORGIA*

Victoria se detuvo por unos instantes en lo alto de las escaleras. Quería darse una oportunidad para evitar cualquier posible enfrentamiento con el Profeta de la Gehena preparando un ejercicio de aquellos a los que estaba acostumbrada a someterse. Pero ya había tomado la decisión de venir aquí y buscar respuestas, por lo que no haría ningún favor, ni a ella misma ni a sus temores, el que intentara eludir lo desagradable creando ensayos hasta que saliera la senda que más se ajustara a sus preferencias. Aquello equivalía a no perseguir el azar en primer lugar, y no se atrevió a considerar las permutaciones que aquel curso de acción pudiera generar.

Así que cubrió la distancia que la separaba de Anatole, o al menos de alguien que afirmaba ser él. Alguien que la llamaba, quizá por error, sin duda con oscuros motivos, "Reina de las Manzanas".

El sótano se abría a la izquierda de Victoria. El muro de los cimientos de la casa quedaba a su derecha. Primero los pies, luego la

cintura y, tras agacharse, por fin la cabeza alcanzaron el nivel del piso subterráneo del edificio. Seguía calzando las botas de tacón alto que llevara puestas en el escenario de la batalla entre los trenes de carga, por lo que cada paso resonaba con la cadencia de la punta de sus dedos seguida de los altos estiletes.

Cuando la Toreador llegó al escalón que la permitía examinar la estancia sin tener que inclinarse, se detuvo por unos momentos para asimilar lo que veía. El sótano era una habitación enorme llena de numerosas mesas y un montón de deshechos, los cuales parecían ser en su mayoría esculturas rotas o a medio completar, o puede que ambas cosas a la vez. Las mesas estaban dispuestas de tal modo que formaban dos Tés. La parte superior de cada T se alineaba junto a las paredes izquierda y derecha del sótano tal y como lo veía Victoria, dándole la espalda al muro de sujeción. A intervalos, las mesas que componían el cuerpo de cada T se estiraban hacia el centro del cuarto, aunque esto dejaba un espacio libre razonable para trabajar entre ambos remates. Un pedestal ocupaba aquel lugar, y un busto (el de una mujer, dedujo Victoria por las delicadas curvas del cuello y los hombros) coronaba el mismo, aunque la Toreador sólo podía ver la nuca de la obra. Por algún motivo, parecía haberse librado de la destrucción que imperaba en el resto del cuarto.

Un hombre bastante atractivo se encontraba de pie en la esquina más lejana de la que quedaba a la derecha de Victoria. Llevaba el sucio cabello oscuro muy corto, pero Victoria se dio cuenta de que lo había llevado más largo y en coleta, quizá hasta no hacía mucho. Sabía darse cuenta de esas cosas. Clasificó sus rasgos como franceses, con aquella nariz esbelta y las mejillas hundidas.

El hombre miraba en otra dirección durante aquella primera inspección. Victoria encontró a aquel hombre (que debía de ser Anatole, o al menos un buen impostor, dado que había visto fotografías suyas) bastante anodino. Aquella era la opinión que sostenía desde que hubiese visto la foto en cuestión, y que había hecho pública, para desmayo de un joven Toreador que afirmaba haber conocido al Vástago y que se permitió el disentir con Victoria. Aquel joven afirmaba que había que ver al Malkavian en persona para apreciar su donaire, pero ahora que lo tenía delante, se reafirmó en su

primera impresión.

Fue en ese momento cuando Anatole se giró para mirarla, y Victoria sintió cómo un relámpago recorría todo su cuerpo. Se convirtió en un cable de alta tensión por un instante, y supo la impresión que ella misma debía de inspirar en aquellos hombres y mujeres que la veían por vez primera... o segunda, o cuarta... Las características físicas del Malkavian seguían siendo agradables, si bien nada inspiradoras, pero los ojos que ahora la observaban brillaban con un fuego cegador que lo transformaba por completo. En aquel instante, Victoria no dudó que aquel poderoso Vástago estuviese bendito con habilidades inimaginables incluso para aquellos que lo doblaran en edad, ni que tuviese visiones, ni que estas visiones atañeran al futuro y que lo que viera fuese a ocurrir. Aquella impresión de su poder y de los terribles secretos que debía de guardar le conferían una sexualidad animal que sólo un loco podría poseer.

Victoria recorrió absorta los últimos seis escalones antes de recuperar el control de sí misma lo suficiente como para sentirse meramente impresionada por el Profeta de la Gehena.

Anatole esbozó una sonrisa sesgada, inteligente.

–Bienvenida a tu salón.

Cuando Victoria respondió con una expresión atolondrada, el Malkavian describió un arco con el brazo para señalar el pedestal que se alzaba en el centro del cuarto, antes de volver a concentrar su atención en un hueco vacío sobre la mesa que tenía ante él. Lo frotó despacio con un dedo, siguiendo un patrón que Victoria no supo relacionar con nada reconocible. Él se afanaba en su tarea, no obstante, por lo que Victoria aprovechó aquel instante de libertad de su mirada para acercarse al busto que coronaba el pedestal.

Mientras se acercaba, aprobó la línea de un vestido que mostraba la cantidad exacta de la suave piel del hombro y el cuello, y el cabello compuesto de tal modo que pareciera natural. Cuando Victoria rodeó el pedestal para ver el rostro de la mujer de frente, se detuvo y estalló en carcajadas.

No le cupo duda alguna de que se trataba de ella misma. Aquel era el busto de Victoria Ash, otrora primogénita Toreador de Atlanta.

Era una imagen absolutamente maravillosa de sí misma, si se le

permitía opinar a Victoria, para lo que se sentía cualificada tanto de forma subjetiva como profesional. Los detalles resultaban impresionantes, aquel rizo rebelde sobre la frente, la pícaro sonrisa, el leve sesgo de la cabeza. En verdad se trataba de una obra de arte, sin duda lo mejor que había visto de Leopold. El único defecto estribaba en los labios. Victoria se inclinó para mirar más de cerca y vio que la forma del barro había sido apenas alterada, como si le hubieran tirado algo a su boca o, más bien, a la boca de la Victoria esculpida. Un accidente, supuso, que el artista no había podido corregir.

Victoria, envalentonada, se giró hacia Anatole.

–¿Sabías que ésta era yo?

–Sí –fue la inmediata respuesta, aunque el Malkavian no había dejado de mirar la mesa, por lo que le daba la espalda.

Victoria se apartó de la estatua por un momento. Pensó en acercarse a Anatole para ver si lograba descifrar las líneas que estaba trazando en el polvo, pero se decantó por inspeccionar las cajas colocadas sobre otra mesa.

–Todo sigue tal y como estaba –intervino Anatole, sin volverse para mirar a Victoria.

–¿Quieres decir como estaba cuando tú llegaste? –La Toreador miró de reojo a Anatole antes de volver a fijar su atención en las cajas. De una extrajo un par de *bozzettos* casi iguales, los primeros bosquejos del sujeto del escultor.

–Y también antes de eso –asintió Anatole.

Victoria posó los dos dibujos y sacó algunos más antes de volver a echar un vistazo en dirección a Anatole. Pensó por un momento y decidió continuar con aquella conversación. Sospechaba que jamás conseguiría sacar nada en claro del Malkavian a menos que se lo propusiera.

–¿Quieres decir que llevan así desde que murió el artista?

Anatole dejó de dibujar con el dedo y se giró. Cuando hubo completado le movimiento, miró a Victoria, inexpresivo. Por fin, el más leve atisbo de una sonrisa afloró a aquel rostro de rasgos delicados.

–Basta de juegos, Reina de las Manzanas.

Victoria se mantuvo en sus trece.

–¿Qué quiere decir eso de "basta de juegos"? Tengo entendido

que eso es a lo que te dedicas, Profeta. Al igual que tantos de los de tu clan, hablas con acertijos y rodeos.

La fina sonrisa de Anatole no se esfumó.

–Pero al igual que tan pocos de ellos, mis acertijos no ocultan ninguna mentira, sino que intentan revelar la verdad.

–Me parece que me estás dando la razón –suspiró Victoria.

Anatole volvió a mirar a la mesa y empezó otra vez a dibujar algo con el dedo, en el aire en esta ocasión. Victoria observó durante un rato, pero no pudo determinar la naturaleza de aquel objeto fantasma. Así que se volvió de nuevo hacia las cajas.

–Sigue buscando para encontrar lo que nos hace falta.

Victoria decidió responder sin mirar al Malkavian.

–¿Nos? Dirás lo que me hace falta a mí.

–No, "a mí" no, "a ti".

La Toreador volvió a exhalar un suspiro. En esta ocasión se volvió hacia Anatole e incluso dio un paso en su dirección, así como en la de la bella estampa de sí misma moldeada en barro.

–¿"A ti" como si fuese "a mí"?

–Sí.

–Para aclarar las cosas –insistió Victoria, negándose a sucumbir ante aquella aparente falta de lógica–, lo que quieres decir es "a ti" y "a mí" para indicar "a nosotros".

El Malkavian asintió con la cabeza.

Victoria se giró de nuevo y echó un rápido vistazo a los bocetos. No encontró nada interesante, sólo toscos bosquejos de hombres y mujeres a los que no conocía, aunque le pareció que algunos podrían ser intentos de conseguir la composición de la obra final que remataba el pedestal a sus espaldas.

Creía que estaba conduciéndose con cuidado, pero una de las estatuillas inacabadas se cayó de la mesa para estrellarse contra el suelo. Miró el estropicio por un instante, pero la pérdida no había sido mucha; no se trataba más que de la imagen de un hombre con una nariz exagerada.

Anatole comenzó a recorrer la estancia a largas zancadas y Victoria siguió sus movimientos con la mirada, aunque volvió a escharbar entre las cajas llenas de miniaturas cuando se hizo evidente

que aquellas caminatas no obedecían a propósito alguno.

Al cabo de unos quince minutos, Victoria había terminado de registrar todas las cajas y la combinación del desasosiego del Malkavian, unido a su fracaso a la hora de encontrar algo de utilidad, la hicieron estremecerse de frustración. Decidió descargarla sobre Anatole.

–Bueno, entonces, ¿por qué me llamas la Reina de las Manzanas? –preguntó, en un tono de voz no demasiado agradable–. Supongo que conoces mi auténtica identidad –insistió, al ver que la única respuesta que recibía era el frufrú de las pisadas.

Anatole se detuvo en seco. Volvió a mirarla. En esta ocasión, sus ojos relampagueaban e iluminaban su rostro con un fulgor espectral, casi demoníaco.

–Desde luego, querida. Te irás volando de aquí para portar fruta, de ahí tu nuevo nombre.

–Eso no aclara nada –rezongó Victoria, sin saber si debería ceder a la furia que crecía en su interior o intentar apaciguarla. No quería que Anatole volcase su ira sobre ella, pero también creía que podría instarlo a decir algo más. Sabía, sin necesidad de intentarlo, que sus técnicas acostumbradas no surtirían efecto sobre él.

–Todo se desvelará a su debido momento.

–Está bien –escupió Victoria–, intentemos juntar las piezas del rompecabezas, al menos.

Se adelantó hasta situarse junto a la imagen de barro de su busto y señaló a la obra con un ademán.

–¿Qué es esto de aquí? ¿Por qué me estaba esculpiendo Leopold? ¿Es esto lo que buscamos, lo que buscas o lo que busco?

Anatole negó despacio con la cabeza, con un gesto rayano en lo despreciativo. Victoria sintió cómo su frustración crecía hasta apabullarla.

–Tú ya has encontrado lo que necesitas. Nosotros sí, al menos. En cuanto a la escultura, sí que entraña importancia, pues en su interior se encuentra el sire del joven brujo.

Anatole esbozó una sonrisa y, por un momento, adoptó un aspecto de lo más corriente. Por otro instante que se le hizo eterno, Victoria se sintió mareada.

MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 8:43 PM
UNA CASA, ESTADOS AVONDALE, GEORGIA

El sencillo contratista debió de haber tomado a su cliente por un chiflado por buscar una habitación interior en una casa tan pequeña, pero Benison había insistido y había puesto el dinero sobre la mesa, así que el confuso sureño se había puesto manos a la obra. Claro está que el carpintero debía de haberse sentido aún más perplejo ante la explicación dada para pedir aquella habitación: una biblioteca sobre la que no debía caer la luz del sol para que ni las cubiertas ni las páginas de los libros se estropearan.

Al final, el contratista habló demasiado acerca de aquel asunto y, poco después del final de la obra, alguien irrumpió en la casa, creyendo que lo que fuese que necesitara tanta protección debía de ser muy valioso. No encontró ningún libro, desde luego. La noche del allanamiento, tanto el intruso como el contratista fueron asesinados. La policía, claro está, no investigó el asunto.

Pero esta noche, cuando Benison se hubo despertado para escuchar movimiento en las habitaciones inferiores, se preguntó si habría destruido al suficiente número de personas conocedoras de aquel sitio. Vista la hora, el intruso bien pudiera ser otro Vástago. A pesar de llevar varios días en activo, Benison seguía encontrándose con que el tiempo que pasaba despierto todas las noches se había reducido considerablemente respecto al pasado. Era un hombre de constitución robusta, y aquellos días interminables comenzaban a irritarlo, sobre todo porque se encontraba inmerso en sus planes de venganza y expulsión del nuevo gobierno local.

Aún había otra razón que desasosegaba al antiguo príncipe: el manto de Hannah ya no estaba sobre su cama. Desde que se hiciera con él, el Malkavian lo había llevado consigo. Incluso por el día lo

enrollaba para utilizarlo como almohada. Ya se había acostumbrado a él y su pérdida lo enervaba, sobre todo porque lo habían sacado de debajo de su cabeza mientras descansaba en el santuario de su último refugio. Como perversión añadida, sentía que no debía temer peligro alguno, dado que el manto había desaparecido, pero él seguía con vida.

Había soñado con la extraña Hannah mientras dormía con la cabeza apoyada en aquel manto, y así había llegado a hacerse una idea del motivo por el que Anatole podría quererlo. Poseía cierto poder, aunque Benison no sabía cómo utilizarlo. Quizá tras las suficientes noches y los suficientes sueños pudiera dilucidarlo, pero Anatole debía de saberlo ya, o al menos sabía cómo averiguarlo. En cualquier caso, razonaba Benison, su compañero de clan era el propietario indicado para aquel objeto, aunque fuese él quien lo hubiese recuperado.

Benison se dio cuenta de que debía de ser Anatole el que estaba abajo. ¿Quién más podría entrar en su cuarto y llevarse sólo el manto? Ciertamente, era lo único de valor; pero nadie lo diría a juzgar por su aspecto, a menos que hubiese otros además de Anatole que comprendieran sus misterios.

Aquella posibilidad le preocupó por un instante, pero luego se aferró a su hipótesis original. Así que, relativamente tranquilo y despreocupado, Benison se incorporó, se vistió y salió de la oscura habitación. También el pasillo se encontraba sumido en las tinieblas, pero la vista de Benison hendía la negrura. La estrechez del corredor se debía a la enorme estancia que ocupaba ahora el centro de la planta. Se veía tachonado de ventanas por todas partes, salvo a dos metros de distancia de la entrada a la supuesta biblioteca. El pasillo carecía de decoración, hecho que se podía atribuir tanto a la falta de espacio como a la de interés.

Llegó a lo alto de la escalinata que descendía directamente al recibidor de la vivienda. Escuchó e intentó relacionar lo que oía con la planta baja. Desde la puerta principal, el recibidor se convertía en un pasillo que se adentraba en la casa y se abría a un salón o estudio a la derecha. Se había desconectado la chimenea de gas que adornaba aquella sala, aunque la rejilla y los falsos troncos de madera seguían

en su sitio.

El pasillo que salía del recibidor era corto, con una puerta que daba a un baño, y se abría a un pequeño comedor que a su vez comunicaba con una discreta cocina a la derecha. Unos cuantos armarios componían la extensión de la planta baja, del mismo modo que la "biblioteca" ocupaba casi toda la primera. No era el agujero mejor equipado para ocultarse pero, hasta la fecha, y tras un par de meses de letargo, había cumplido bastante bien con su cometido.

Escuchó sólo una voz, la de un hombre que parecía enfrascado en una conversación, aunque Benison no pudo escuchar que nadie respondiera. Quizá se debiera a la atrofia de sus sentidos, o puede que aquello no hiciera sino confirmar que su "invitado" era el Profeta de la Gehena. El hombre, quienquiera que fuese, parecía encontrarse en el salón.

Benison bajó las escaleras sin apresurarse y sin pretender acallar el ruido de sus pisadas. Cuando hubo llegado al último escalón y se disponía a pisar el suelo del recibidor, la conversación (que el Malkavian podía determinar ya a ciencia cierta que procedía del salón) se detuvo de improviso, al parecer en mitad de una frase. Así y todo, viendo que el salón se encontraba vacío, Benison siguió adelante. Apoyó la mano al final de la barandilla y giró ciento ochenta grados para escrutar el pasillo.

Vio a Anatole sentado frente a la mesa de cristal barato del comedor, bajo una bombilla no menos barata. Aquella yuxtaposición, uno de los Vástagos de más renombre del mundo sentado en medio de tan mundanos arreos, le puso a Benison los nervios de punta.

Por su parte, Anatole miraba al antiguo príncipe con franqueza, aunque sin la chispa en los ojos que convencía de que estaba loco a todos los que le veían. O puede que aquel fuego sobrenatural no se le hiciera aparente debido a que el propio Benison estaba trastornado también, o a que al menos él comprendía en parte la locura en la que se encontraba inmerso Anatole.

El antiguo Malkavian sentado a la mesa se había cambiado de ropa. Se había cubierto con prendas de viaje o de aventura de las que se estilan entre los alpinistas o los aficionados a las bicicletas de montaña: ligeras, de color tierra, compuestas de materiales resistentes

al daño que repelían tanto el agua como el viento. Los pantalones le quedaban holgados, así como la camisa. Al contrario de lo que había oído Benison acerca de su compañero de clan, el profeta se veía limpio y aseado.

Detectó el atisbo de calor y vapor que procedían del cuarto de baño del piso inferior y supuso que Anatole había empleado la ducha mientras esperaba.

Sobre la silla a la izquierda de Anatole, la que le daba el respaldo a Benison, el otrora príncipe pudo ver el manto de Hannah. Seguía enrollado y parecía intacto. Dada la serenidad que desprendía Anatole, la precaria decoración y el manto ensangrentado, la estampa parecía la de un asesino absorto en la contemplación de sus fechorías.

Anatole exhibía una expresión radiante, y el motivo se hizo evidente enseguida.

–Gracias, príncipe, por el favor que me habéis hecho. Dispongo de poco tiempo y me habéis ahorrado muchas molestias.

–Ha sido un placer ayudaros, profeta pero, si vuestro tiempo es oro, ¿por qué os habéis quedado aquí? Aprecio vuestros elogios, pero no os hubiese echado nada en cara si al despertar no os hubiera encontrado ni al manto ni a vos. Supe que habían sido vuestras manos las que lo habían cogido.

Anatole abrió los ojos de par en par de improviso. Era como si mirasen más allá de Benison, a través de él, y el antiguo príncipe supo por qué aquel Vástago asustaba a tantos y por qué su propio clan era tan incomprendido. Anatole era el emblema supremo de su linaje, y su porte y sus visiones sin duda quedaban fuera del alcance de casi todos los demás. Salvo, quizá, de los Antediluvianos, o del propio Caín, si es que se podía creer en las leyendas más extremas.

–Porque siento que vuestra Muerte Definitiva se aproxima, príncipe –dijo Anatole, con voz monótona–, y quiero advertiros de que no debéis proceder como hasta ahora.

Benison aceptó aquella noticia sin miedo ni temor. Aunque también sin alivio. Sí, su sueño era más profundo, largo y seductor que antes, y sí, había necesitado la llamada de auxilio de Anatole para encontrar la motivación de seguir viviendo, aunque en su corazón

habitaba una misión aún más importante. No le tenía miedo a lo inevitable, e incluso para un Vástago la muerte, la Muerte Definitiva, seguía siendo inevitable. Existían quienes escapaban a ella durante más tiempo del que lograban recordar, y quienes podrían persistir durante eras y eras por venir si el mundo no se acababa en la conflagración que Anatole pretendía descubrir y descifrar. También muchos de ellos morirían.

Pero él no quería morir.

–Ya veo –fue lo único que dijo Benison.

Ambos Malkavian se miraron en silencio por un momento, roto por Benison.

–Pretendo vengar la muerte de mi esposa, y vuestro aviso no me apartará de mi camino. Aunque, gracias a él, me enfrentaré a esta tarea sabiendo que mi fin anda cerca. Esto lo convierte en un asunto aún más solemne e importante para mí. Si he de morir, no me dejaré amedrentar por las imposibles probabilidades ni por el peligro de mi misión.

Anatole sacudió la cabeza, antes de ponerse en pie y recoger el manto ensangrentado.

–¿En verdad es éste el Manto de Ness...? –comenzó Benison, pero antes de que pudiera completar la pregunta, su aguda visión periférica captó un movimiento. Alguien permanecía agazapado en un rincón, listo para seguir o emboscar a Anatole. En un instante, los ojos de Benison centellaron en dirección a Anatole y, en aquel preciso momento, la imagen del atolondrado y divagador viajero pareció desmenuzarse; Benison supo que Anatole sabía lo que estaba a punto de hacer y decir. Aun así, la boca de Benison formaba ya la voz de alarma y la habría exhalado, de no ser porque en aquel fragmento imposible de tiempo congelado, el Profeta de la Gehena se abalanzó sobre el otro Malkavian.

Brotaron garras de la mano de Anatole y, con la precisión infalible de un soldado bien entrenado, le cortó el cuello a Benison casi por la mitad. La sangre que brotó del cuerpo que se desplomaba fue a parar a la boca de Anatole, que cayó junto a Benison.

Un golpe tan mortífero no hubiera sido posible sin la complicidad del antiguo príncipe. El Malkavian moribundo había presenciado algo

en Anatole durante aquella fracción de segundo que jamás hubiese creído posible ver en alguien curtido tras siglos de fracasos y resentimientos: temor. Algo en la revelación que Benison no hubiese podido evitar compartir habría infligido daño material a Anatole, por lo que había elegido morir con humildad antes de poner en peligro el futuro de su compañero de clan. Puede que el futuro de todos.

Aun así, su cuerpo se estremeció con furia. La robusta constitución y las poderosas extremidades amenazaban con apartar de encima a Anatole y reclamar una vida dedicada a la venganza de su esposa. Benison contemplaba indiferente su cuerpo espasmódico mientras Anatole le devoraba el corazón y el alma; el antiguo príncipe se preguntó si aún podría conseguir su venganza por medio de Anatole. Puede que estuviese manteniendo en marcha algo que aún descargaría sobre el Sabbat un golpe imposible de olvidar.

Mientras sus pensamientos se disolvían lentamente entre las fibras que componían el ser de Anatole, Benison atisbó un indicio de algo inmenso y aterrador.

Con el último impulso neuronal de un cuerpo desprovisto de sangre, o quizá con el último espectro de consciencia de un espíritu consumido por Anatole, Benison se dio cuenta de que su venganza estaba servida.

TERCERA PARTE :

«LEJOS»

42

*MIÉRCOLES, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 9:00 PM
INTERESTATAL 85, NORTE DE ATLANTA, GEORGIA*

Las nueve en punto, comprobó Victoria mientras conducía en dirección norte fuera de Atlanta. No estaba segura de lo que se llevaba consigo, aparte de miedos mayores que aquellos con los que había llegado a la ciudad hacía escasas noches. Desde luego que había obtenido una victoria muy concreta, sobre Elford, la cual la liberaba en gran medida para el futuro. Mas era su pasado lo que la perseguía, infatigable.

Sí, había otras vías de investigación que podría haber seguido. La seguridad del hogar de Leopold. La capilla Tremere. El cementerio de trenes donde se había convertido (¿quizá también Leopold?) en sujeto del ya mencionado Tzimisce artesano de la carne. Puede que por no buscar más información en esos lugares hubiese fracasado en la misión que le había encargado el consejo de la Camarilla.

No tenía nada.

Salvo la increíble información que Anatole había compartido.

¿De veras podría decirle Victoria a Jan, Theo y el resto que era ella el sire del monstruo que había masacrado a docenas de Gangrel? Estaba claro que ya desconfiaban de ella lo suficiente tras el comportamiento que la había llevado a realizar aquel viaje. Sumado a la posibilidad de que Leopold no fuese nadie antes de que Elford lo convirtiera en un ser poseído por algún tipo de poder tan asombroso como incontrolable... y al hecho de que también Victoria había sido prisionera del Tzimisce...

Estaba al corriente de los rumores ya existentes acerca de su supuesta calidad de espía. Nada a las claras, nada que le hubieran dicho a la cara, pero podía sentir el recelo.

Cuanto más pensaba en ello, llegó a preguntarse qué tipo de información equivocada le habría dado el consejo, o incluso Jan actuando por cuenta propia, antes de su marcha. Detalles que pudiera compartir con sus supuestos amos del Sabbat cuando volviera a campar a sus anchas por Atlanta...

¿Se habrían sorprendido de verdad los miembros del consejo cuando aceptó a regresar a su sitiada ciudad, o habría vuelto a dar otro paso en falso y les habría confirmado cualquier teoría descabellada que se les pudiera haber ocurrido?

Éstas no eran sino las ramificaciones de su futuro inmediato.

Victoria se obligó a apartar aquellos pensamientos, *aquel* pensamiento de su mente por un momento y se concentró en el viaje que la alejaba de la ciudad. El BMW hendía el asfalto a una velocidad plausible sólo para aquellos que conocieran el tráfico de Atlanta. Agradeció la fluidez del movimiento, el ronroneo del coche. Redujo a cuarta para que el motor se esforzase por mantener aquella velocidad. Quería ir rápido, pero también quería sentir la rapidez, y los coches a veces creaban una ilusión cuasi completa de estática.

Ni el rugido del motor, ni el zigzag entre los vehículos más lentos, ni siquiera la breve carrera con un joven que se jactaba de los caballos de su Dodge Viper consiguieron evaporar los temores de Victoria. Sólo una colisión catastrófica que resultara en amnesia erradicaría de la mente de la Toreador la sensación de desesperación que la asaltaba cuando se imaginaba a sí misma como sire de Leopold.

Lo cierto era que no conseguía acordarse de haber Abrazado al joven artista. De hecho, no había Abrazado a un mortal desde hacía generaciones. De joven había sido más débil, más susceptible a caer en la tentación, quizá movida por los vestigios de emociones que ahora la permitían disfrutar de los favores de los miembros masculinos de la Estirpe. Pero, en los últimos años, se había vuelto demasiado ambiciosa como para amarrarse a un chiquillo. Si no existía nadie capaz de tentarla lo suficiente como para que se planteara el dejar de lado sus ambiciones, tampoco había nadie a quien debiera Abrazar. Tan sencillo como eso.

Leopold, aunque poseía un talento excepcional del que quizá no fuese siquiera consciente, no era alguien por el que ella estuviera dispuesta a cambiar de rumbo.

Sin embargo, por extraño que pareciera, todo aquello parecía encajar. ¿Podría ser que padeciera pérdida de memoria a causa del tiempo compartido con Elford? ¿Habría sabido esto antes, que era la sire de Leopold?

Su sire está en la piedra, había dicho Anatole, con el busto esculpido de Victoria entre las manos. Una hermosa recreación de su figura, recordó también. Quizá pudiera calificarse de declaración de amor, el que un chiquillo pudiera profesarle a su sire.

¿Qué iba a hacer? ¿Debería informar a los demás, o no? Como de costumbre, sería algún ejercicio de azar lo que la ayudara a tomar la decisión. Puede que este sistema la protegiese y puede que no pero, en este momento de crisis, a Victoria le parecía que era lo único que le quedaba.

Fue entonces cuando una luz oscilante atrapada en el espejo retrovisor le llamó la atención. Victoria no perdió detalle del crecimiento de los faros en el espejo. En el momento en que comenzaba a distinguir el vehículo, el conductor encendió las largas y Victoria hubo de cubrirse los ojos.

La maniobra consiguió que perdiera de vista la carretera que tenía ante ella; en aquella fracción de tiempo consiguió atisbar una mancha naranja que avanzaba despacio: un enorme vehículo de la construcción que invadía la autopista procedente del césped de la mediana donde había estado aparcado.

El coche que seguía a Victoria ya había cambiado de carril, algo que Victoria consiguió de milagro gracias a un volantazo instintivo. Los neumáticos protestaron y los sintió patinar hasta comenzar a deslizarse, perdida la sujeción de los contornos del pavimento.

Lo que para un mortal habría sido un borrón de movimiento, a la Toreador le llevó un segundo y medio para rehacerse y evaluar su situación. Dado que el coche había descrito tres trompos, Victoria pudo disfrutar de una buena perspectiva de su entorno inmediato. Lo que más le chocó fue la identidad del conductor que la había deslumbrado. Se trataba del joven del Viper. Cuando atisbó su ufano semblante, Victoria se fijó en que exhibía colmillos de vampiro.

El BMW se detuvo y supo que el coche se había calado. El Vástago del Viper se limitaba a atronar con el ruido de su motor, pero el conductor de la apisonadora naranja parecía menos dado a efectismos. Aquello no era sino otro encargo... el de asesinar a Victoria Ash. El enorme vehículo de obras avanzaba más rápido de lo que Victoria hubiese creído posible, y no tardó en girar para echársele encima. El gigantesco tambor frontal se erguía sin problemas por encima de su pequeño deportivo; la Toreador sabía que no dispondría de segundas oportunidades si aquella rueda aplanadora la atrapaba en el interior del vehículo.

Volvió a encender el motor y se apresuró a dar marcha atrás. Salir de frente la hubiese sacado de la carretera para ir a parar a un campo donde podría haberse quedado atascada, lista para que la convirtieran en tortilla. Se vio obligada a frenar en seco, puesto que un padre de familia somnoliento al volante de una pequeña furgoneta sorteaba a toda velocidad el trío de vehículos implicados en aquellas maniobras de vida o muerte. El hombre no tardó en despertar de sopetón y giró bruscamente para no chocar contra la parte trasera del coche de Victoria, lo que consiguió gracias a que ella ya había conseguido detenerse.

Aun así, la furgoneta derrapó y volcó, rodando dos veces antes de quedarse tumbada sobre el costado del copiloto. Victoria apenas lo vio puesto que, en cuanto la furgoneta hubo desaparecido de su camino, volvió a pisar a fondo el acelerador, justo a tiempo. El monolítico cilindro de la apisonadora había comenzado a abollar el chasis del BMW cuando consiguió zafarse.

Describió un círculo marcha atrás, tan amplio que a punto estuvieron de colisionar la parte trasera del coche con la de la apisonadora. Frenó en seco e incrustó la primera del deportivo para abalanzarse de nuevo a recorrer la autopista. El hombre que había salido arrastrándose de la furgoneta se libró de un salto de caer bajo las ruedas de Victoria.

Ésta devoraba el asfalto, pero la luz de unos faros volvió a adueñarse de sus espejos. Se preguntó si se las estaría viendo con el Sabbat. Quienquiera que fuese el conductor del Viper, Victoria achacó a su mala suerte el que se tratara, no sólo de un vampiro, sino de uno que la conocía. ¿Habría sido un encuentro casual, o estaban patrullando las carreteras en su busca? ¿Vigilarían todas las autopistas de Atlanta?

Poco importaba. En cualquier caso, en lugar de cederle la victoria de aquella carrera hacía media hora, lo que el conductor del Viper había hecho era aparcar por un momento para tenderle esta emboscada, de la que había conseguido escapar ilesa. Lo único que quedaba por ver ahora eran las intenciones de aquel llanero solitario.

¿Intentaría sacarla de la carretera, o la seguiría, con la esperanza de que sucumbiera al letargo del amanecer antes de que le

ocurriera lo mismo a él? Entonces podría informar de su posición y su suerte estaría echada. No había ningún Harold con criptas fortificadas cerca de las Carolinas.

Un nuevo temor se adueñó de Victoria. ¿Y si se tratase de un ghoul? Un mortal que bebiera sangre de Vástago a diario durante los suficientes años podría llegar a desarrollar colmillos con algo de práctica. Pese a la ingestión de sangre de Vástago, el ghoul seguía siendo un mortal y, por tanto, no debía temer nada del sol.

Puede que se viera obligada a intentar llevar la lucha a su terreno. Sólo un ghoul con la sangre más espesa y antigua sería capaz de resistirse a sus encantos e, incluso así, no por mucho tiempo.

Fue el otro conductor el que tomó la iniciativa. El Viper se acercó al BMW de Victoria que, aunque veloz, no poseía la potencia del de su adversario. La Toreador no pudo por menos que sorprenderse de la rapidez con la que ocurrió todo. Sus opciones se redujeron en gran medida cuando el morro del Viper la embistió por detrás.

El espejo retrovisor le mostró la amplia sonrisa del hombre. Decidió que constituiría un rival peligroso cuando se fijó en que no estaba alardeando ni pavoneándose para impresionarla, sino que parecía concentrado en la labor de destruirla. Un enemigo frío y decidido era lo peor a lo que podía enfrentarse.

Por desgracia, también debía de ser un conductor consumado. Volvió a hostigar a la Toreador, añadió una pizca de velocidad y giró el volante para obligar al BMW a derrapar. Victoria sintió que volvía a perder el control del vehículo por un instante. Se desvió hasta rozar casi el terraplén que limitaba la margen izquierda de la interestatal. El verdadero peligro residía en la extrema velocidad a la que viajaban.

El volante se negó a responder durante unos segundos preciosos, pero el coche logró despegarse del Viper por un instante, momento que las ruedas aprovecharon para satisfacer los implorantes esfuerzos de Victoria.

Mientras el Viper cogía impulso y se preparaba para un nuevo acercamiento, Victoria divisó un coche patrulla de la policía estatal que recorría la autopista en dirección contraria. Las luces azules cobraron vida de inmediato y se abrió paso por el césped de la mediana. No

tardó en colocarse a la cola de la persecución. Donde había uno de esos coches, no tardarían en aparecer más.

La Toreador se devanaba los sesos en un esfuerzo por determinar la mejor vía de escape. Podía frenar, pero se arriesgaba a que su perseguidor la embistiera sin miramientos y, pudiendo elegir la trayectoria más adecuada, sin duda sabría cómo maniobrar para salir bien parado del accidente.

Cuando el Viper volvió a tocar su parachoques trasero, Victoria decidió que su mejor oportunidad habría de quedar en manos del azar. Tendría que arriesgarse a sufrir un accidente, pero asegurándose de que ambos resultaran igual de heridos. Después, podría emplear sus poderes de persuasión para erradicar la amenaza o, al menos, paliarla.

Si tenía éxito, el oficial de policía perseguidor le proporcionaría un vehículo provisional con el que darse a la fuga.

Tomada la decisión, Victoria fingió un esfuerzo por deshacer el abrazo de acero de los dos coches, al tiempo que exprimía hasta la última gota de velocidad del BMW. Cuando sintió que el Viper volvía a rozar su vehículo sin problemas, la Toreador pisó el freno con toda la fuerza que pudo que, impulsada por la sangre de aquellos de los que se había alimentado, resultaba considerable.

El Viper pareció que emprendía el vuelo por un instante, para rebotar un par de veces antes de volver a afianzarse en el asfalto. El coche no aterrizó con suavidad, sino más bien como una cometa atrapada en una corriente de aire rasante mientras intentaba ganar impulso y realzar el vuelo. El Viper giró en redondo y derrapó.

En cuanto al BMW, su cola abanicó al compás del chirrido de los neumáticos. Luego, la fuerza de aceleración del Viper propinó un violento tirón a la parte posterior del vehículo y también Victoria comenzó a girar, a girar y a girar hasta que se detuvo en seco. El cinturón de seguridad se rompió con un chasquido a la altura del hombro, al igual que la clavícula sobre la que había estado cruzado. El dolor obligó a Victoria a cerrar los ojos en el momento en que se hundía en el airbag del BMW.

No perdió la consciencia ni por un segundo. Miró alrededor, pese al dolor que aquel gesto le infligió a su brazo izquierdo. La Toreador

vio el Viper. Al menos, su parte trasera. Se había salido de la carretera, con el morro hundido y las ruedas de atrás despegadas del suelo.

La puerta del conductor se había quedado atascada a causa del impacto, por lo que Victoria hubo de sortear la palanca de cambios para llegar al asiento del copiloto. La puerta de aquel lado se abrió a regañadientes y Victoria pudo arrastrarse hasta el exterior, tirando de un brazo izquierdo inerte.

Al tiempo que se incorporaba, reparó de inmediato los huesos rotos por medio de la sangre. Durante el tiempo que permaneció inmóvil, no pudo escuchar nada más que la sirena que se aproximaba.

Aquel aullido debía de ahogar cualquier otro ruido procedente del otro lado de la carretera, porque Victoria vio al hombre antes de oírlo. Abandonaba la cuneta y ya volvía a recuperar la verticalidad. Llevaba el rostro ensangrentado y trastabillaba, quizás aún desorientado por el impacto, pero no se le había olvidado cuál era su misión. Ninguna de sus extremidades parecía haber sufrido el daño al que había tenido que hacer frente la Toreador.

Victoria se olvidó de su brazo por un momento y se limitó a mirar con fijeza a su adversario. Dejó que se le acercara.

Cuando lo vio poner el pie en la autopista, Victoria supo que no era consciente de nada más que de ella. Utilizó sus poderes para obnubilar su mente aún más, a fin de que el hombre no se molestara en mirar a los lados antes de cruzar y viese que el coche patrulla acortaba distancias a marchas forzadas.

Victoria presintió la colisión. Tanto el BMW como el Viper se habían salido de la calzada y permanecían casi escondidos. El oficial no esperaba encontrarse con un hombre cruzando la autopista, sino que debía de mantener los ojos fijos en la distancia en busca de luces de color rojo.

El agente no vio al Vástago aturdido. Al menos, no a tiempo. El conductor del Viper sólo tenía ojos para Victoria. Cuando llegó al centro del carril por el que discurría el coche patrulla, Victoria alzó la mano e instó a su asaltante a detenerse. Obedeció.

En el último instante, los frenos del coche de policía cobraron vida. Victoria se limitó a observar en silencio a su atacante cuando la

violencia del impacto propulsó su cuerpo por los aires como si de un muñeco de trapo se tratara. Cuando por fin se detuvo, fue a varios metros por delante del lugar donde había frenado en seco el coche patrulla.

Victoria recompuso la piel de su brazo y volvió a conectar los últimos pedazos de cartílago. Se atusó el cabello con un par de gestos expertos y se encaminó hacia el oficial.

Una cena recuperadora y un coche con el que continuar su fuga. Mejor, imposible.

SÁBADO, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 11:37 PM

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE HARTSFIELD, ATLANTA, GEORGIA

Podría abofetearse hasta cansarse e intentar distraerse todo cuanto quisiera, pero el craso error, la increíble negligencia cometida por el observador hacía algunas noches seguiría martirizándolo. Se había perdido algo. Algo que había impulsado a Anatole a asesinar y diabolizar a Benison.

La muerte del antiguo príncipe de Atlanta había sido un espectáculo cruento, aún más horrible por la sensación de confusión y delincuencia que experimentó el observador. Parecía que Anatole había estado dispuesto a marcharse, no ya de la acogedora vivienda donde se refugiaba Benison, sino de Atlanta. El vuelo estaba reservado y ni siquiera la tardía hora a la que se había despertado Benison comprometía el que pudieran llegar a tiempo al aeropuerto.

Pero entonces debió de cruzársele un cable a Anatole, o Benison había hecho un gesto o una mueca que el observador pasó por alto, o quizás Anatole se había limitado a alimentar la complacencia del observador a fin de sorprenderle a él tanto como a Benison con su brutal ataque. Fuese cual fuese la causa, el

observador sentía que debería saber más acerca de ella. Aunque, con independencia de aquel supuesto motivo, el observador había multiplicado por diez sus esfuerzos desde aquella noche. Había vuelto a descubrir el miedo y el respeto hacia el poderoso Anatole que, ya se había olvidado, debería poseer. Tanto tiempo en compañía del antiguo Malkavian había conseguido sumirlo en aquel estado de complacencia.

Ahora se encaminaban por fin hacia el norte, a Siracusa y desde allí a las montañas, en busca del escenario de la matanza y el último paradero conocido de Leopold antes de su repentina y fugaz aparición en la ciudad de Nueva York, hacía un mes. Quizá debiera haber conducido a Anatole directamente a las Adirondacks, pero también había mucha información que recoger en los demás lugares. Después de todo, las pillerías de Leopold y el Ojo de Hazimel no eran lo que más preocupaban a su señor. Al menos, no de forma directa, aunque resultaba evidente que estaban relacionadas.

Después de asesinar a Benison, Anatole se había replegado sobre sí mismo. No había dicho ni pío durante días y se negaba a abandonar la casa. Las habitaciones vacías y el silencio amenazaban con volver loco al observador, sobre todo porque el único ruido que denotaba actividad sonaba dentro de su cabeza, donde rememoraba una y otra vez el instante que se había perdido en busca de pistas que le indicaran lo que podía haber ocurrido.

No conseguía acercarse a ninguna respuesta.

Un hombre joven, personal del aeropuerto, apareció para informar a un Anatole de mirada ausente de que su avión se encontraba preparado y listo para despegar. El piloto ya se encontraba a bordo y podían emprender el vuelo en cualquier momento dentro del siguiente cuarto de hora. El hombre pareció no inmutarse ante la ausencia de respuesta por parte de Anatole y repitió el mensaje, aunque cambió el "cuarto de hora" por "catorce minutos", con la posible esperanza de que la cuenta atrás consiguiera llamarle la atención a su cliente.

Anatole asintió con la cabeza. El joven esperó algún tipo de confirmación añadida pero, al no recibir ninguna, optó por emprender una servicial retirada.

El observador se apresuró a completar un escueto informe y aguardó a que Anatole se incorporase. Cuando lo hizo, el observador esperó doce segundos más, sin perder de vista a Anatole en ningún momento, y guardó el parte y otro puñado de hojas de apuntes en un maletín que cerró y aseguró con unas esposas a la barra metálica que sujetaba la hilera de asientos más próxima. Alguien pasaría a recogerlo cuando el avión cerrase las puertas.

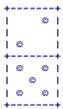
Proyecto Persuasión
Informe nº 29

El estadio final de la persuasión se aproxima. Anatole se ha despertado esta noche y realizó las mismas rigurosas abluciones a las que se sometió la noche del asesinato de Benison. Como aparece en los apuntes adjuntos, lavó también la ropa nueva en la ducha.

Mi descuido de hace cuatro noches sigue martirizándome. A vuestra discreción, claro está, como siempre, tendrán ocasión de reemplazarme una vez aterricemos en Siracusa. Me mantendré alerta en busca de las señales acordadas que inicien el relevo.

Con algo de suerte, nos acercaremos a la cueva mañana por la noche. Puede que allí encajen las piezas que Anatole ha ido reuniendo si es que no han resuelto ya ustedes el rompecabezas. Hasta la fecha, yo me he visto incapaz de conseguirlo.

A vuestro servicio.



*DOMINGO, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 10:18 PM
INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK*

Me pregunto adónde llevan ahora a Anatole. O, más bien, adónde está dejando Anatole que le lleven. Tendría que habérmelo esperado. Al menos me he reservado mi opinión porque presumía que Anatole debe saber lo que se hace. Tras aquel momento que compartieron Anatole y Benison, han desaparecido mis dudas. La muerte de Benison fue una pena, y sé que Anatole lo lamenta, pero su camino siempre ha estado cuajado de peligro, decepciones y desengaños.

¿Quién pretende engañar a quién?

Supongo que ya veremos.

Quienquiera que sea este intruso en nuestro seno, no obstante, está claro que posee buenos contactos. Contactos que Anatole ha sabido utilizar para procurarse ropa, billetes de avión y más. Supongo que se rascan la espalda mutuamente aunque, dado que Anatole es el convidado a mimar, me imagino que será él quien imponga sus condiciones.

También presiento que mi amigo se siente nervioso, algo que no estoy acostumbrado a asociar con él. Por una vez no está seguro del curso de acción a seguir aunque, en el pasado, esta inseguridad se ha basado siempre en la presunción del fracaso. Presiento que sospecha que cabe la posibilidad de tener éxito, y eso es lo que le pone nervioso... ¡el eterno pesimista al borde de la victoria!

Albergo mis reservas respecto a estas esperanzas, claro está, pero él se limita a responder que no viajamos a ningún lugar de la Tierra. Nos dirigimos al infierno y, si tenemos suerte, estaremos todos condenados.

No negaré que esto me pone algo nervioso a mí también.

Me parece que las Noches Finales se aproximan.

*LUNES, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 3:38 AM
INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK*

Soy el nuevo y célebre viajero del infierno, aunque pocos se dan cuenta de que este infierno está en la tierra y aún menos saben que estoy aquí, aunque mi Virgilio sigue a mi lado.

Puede que más de lo que me imagino. Si todo, siquiera parte, sale según mis planes, mis ilusiones, mi sueño desde hace casi un milenio, quizá antes de que llegue este nuevo milenio que se aproxima posea el conocimiento necesario para prevenir a los demás.

Más allá de mis pensamientos más sinceros, menos nublados, más mortales, quizá deba advertir del desastre. De la Gehena.

¿Hay alguien siquiera a quien prevenir?

Como de costumbre, el conocimiento es lo primero.

Con mis compañeros, inmateriales o no, recorro el devastado escenario. Veo las manos de tantos grandes nombres en mis sueños. Resulta evidente que el joven brujo también ha estado aquí. Éste fue su campo de prácticas. La mangosta ha estado aquí o, al menos, ha visto este sitio. Pero ahora está ciega, igual que yo, puesto que el joven brujo se ha escondido. Desde luego, también el dragón está aquí. Los poderosos pilares de piedra, los abismos aún rebosantes de lava humeante y los huesos calcinados del ejército Gangrel, todo ello deja constancia de su poder.

¿Qué restos dejaré aquí?

¿Dejaré algo?

¿Otra cicatriz en la tierra?

¿Un fantasma, vagando eternamente por el paisaje desolado en busca de respuestas sin saber siquiera cómo obtenerlas?

Osamentas descarnadas y calcinadas señalan mi ruta. Sonríen aprobatorias, sujetas a mi misma locura. También yo soy sólo carne. A fuerza de años, práctica y descubrimiento mi carne puede protegerme de todo tipo de daños mundanos, pero el infierno desencadenado no

es un rival que se pueda tomar a la ligera.

Ahora le enseño a Virgilio el camino al infierno... y el paraíso de su interior.

Asciendo a una loma. Incluso en el infierno el señor desea estar por encima del resto, aunque se encuentre bajo las multitudes al mismo tiempo. Siento los rastros de los últimos lobos que estuvieron aquí. En un parpadeo, veo toda la batalla y aprendo algo de la psique y del poder de aquellos a quienes me enfrento. No se trata de algo definible, aunque todo lo que se define pierde sin duda su verdad al convertirse imposible de malear y trabajar. La verdad es universal y cambia al igual que cambia lo que describe.

Veo al puñado de lobos traspasando estas puertas de bronce. Entran en la guarida del monstruo, y la bestia los espanta como si de moscas se trataran. Aunque sabe que las moscas pican, así que los persigue, aplastándolos. Sale de esta boca y otea un paisaje prístino que pervierte y deforma. Utiliza la tierra que tan querida les es a los lobos para enterrarlos en el mismo suelo donde tantas veces buscaron refugio. Puede que uno o dos sobrevivieran. Puede que encontraran un trozo de tierra donde esconderse que siguiera siendo aliada y no una traidora.

Me yergo cerca del joven brujo, con su enorme ojo profanado y profanador como un acceso grotesco en su rostro. Veo la falta de pasión, el puro desprecio inherente a sus acciones. Estas bestias lo apartan de su auténtico propósito...

Sí, de su propio propósito, al menos.

Ahora lo veo.

Esta creación es sólo suya. Ayudado e incitado para poder servir así a mi propósito, pero veo que ha crecido por entero de él. Su propósito incide con las necesidades de los demás. Planean y practican a su modo, quizá, pero sin el esfuerzo consciente que la mayoría se reserva para sus necesidades.

Incluso yo, con toda mi aparente demencia, desesperación y confusión, he perseguido la consecución de mis objetivos cada vez con más ahínco durante cientos de años. Puede que aún no sea demasiado tarde para que el éxito llegue a tiempo, así que, ¿qué se ha perdido?

Penetro en la majestuosa ciudadela de piedra y muerte. Los muros aparecen bruñidos hasta la tersura, mohosos a fin de que la luz no interrumpa el sueño de los que moran en el interior. Ni su obra. La sombra del dragón cayó sobre mí para protegerme de cualquier daño, y la obra del dragón ha asegurado un lugar también aquí.

Avanzo. Estoy nervioso. El santuario anda cerca. Mi hora anda próxima. Pero la muerte inminente es un término contradictorio en sus partes; al menos, pretendo que lo sea en mi caso. Quizá otros perezcan para no volver, pero mi viaje se engendrará aquí.

Aunque puede que perezca para no volver. O quizá permanezca prisionero de mi carne como algunos de los que siguen con vida aquí. Corazón de carne, pulmones de piedra, aún bombean sangre y respiran aire, o lo harían si fuesen humanos. Estos Vástagos no necesitan ninguna de las dos cosas, sino que existen en la misma especie de estado imperfecto entre lo mundano y lo mágico.

Hará falta mucho tiempo para que encuentre mi camino. Mucho tiempo.

Por suerte, tengo un guía, otro guía. Siempre necesito un guía y, cuando no los tengo, los creo.

Se cuenta entre los atrapados de este lugar. Aunque ella es distinta, porque planeaba estar aquí. No ser así, sino estar aquí, puesto que aquí la esperaba una vida mejor que la que dio por finalizada hacía meses. El joven brujo la llevó consigo y ella se ofreció a su creación.

Esta creación.

La miro.

Me...

Me...

Me... siento humilde. No está ahí. Estoy dentro.

Por lo general, de hecho siempre, mis visiones le otorgan más poder a un objeto del que éste posee en realidad. Pero, por vez primera... ¿por última vez?... mis visiones caen humilladas. Es como comparar la interpretación de la belleza con la belleza en sí. Como comparar la idea de la violencia con sus consecuencias. Como expresar el amor con poesía sin conocer la locura de su poder.

Ante mí se alza una de las más grandiosas creaciones de todos

los tiempos. Rara vez en el pasado se ha concentrado tamaño poder en las manos de alguien tan joven. Quizá nunca antes haya demostrado alguien tan joven poseer tamañas dotes.

Ésta es una obra delicada ejecutada a escala titánica. Es un rascacielos compuesto, no de vigas, planchas y paneles, sino de motas infinitesimales esculpidas en intrincados diseños. Una de esas partes podría ser el resultado de una mano maestra pero, ¿tantos miles o millones de ellas? ¿Y verlas combinadas en un asombroso todo unificado?

Me dejo caer al suelo. Mi nerviosismo desaparece. El miedo al posible éxito que tanto preocupa a mi compañero se ha erradicado. Sigue sin haber esperanza. No cuando uno se haya frente a la inteligencia o poder capaz de algo tan inconmensurable. Tan lejos de la de un mortal como puedan estar mi comprensión y capacidad, así está esta cosa más allá de la mía.

–Lo único que necesitas es encontrar tu sitio, Profeta –me dice una voz.

Continúa. Es una mujer. Mi guía. No Virgilio. Pero no puedo escuchar sus palabras, sólo el sonido de su voz.

Me levanto y extraigo el manto de mi mochila. Su sangre lo tiñe. Desde Caín, la sangre nos ha hablado a todos.

Penetro con cautela en el laberinto de la colosal creación y la encuentro. Es hermosa. Tallada con exquisito cuidado hasta el último detalle de su cuerpo. La forma de esa esbelta figura se ha perdido, pero resulta evidente. La acaricio para proporcionarle placer. La roca húmeda se adhiere a mis dedos.

Los aparto, despacio. No pretendo negarle nada, pero tampoco puedo darle todo lo que ansia.

–Te traigo tu manto, Tremere –le digo.

No consigo escuchar su respuesta hasta que le coloco el manto sobre los hombros. En ese momento, su voz canta para mí.

–Lo único que necesitas es encontrar tu sitio, Profeta –repite. Espero, y continúa.

–No había sitio para mí, pero hice que me incluyera pues, de otro modo, no habría habido vida para mí. Ahora mira, el resultado no es otro que la perfección.

Me muestro de acuerdo.

–Puedes integrarte en la perfección, siempre y cuando la integridad de la creación se conserve.

Me río con amargura. Tras tantos años, lo único que me separa de mi siguiente prueba decisiva es la capacidad de crear perfección.

¿Cómo conseguirlo?

Me siento ante ella.

–Cuarenta noches y cuarenta días –digo–. Ése es el tiempo que os doy.

* * *

La primera noche, sentí que mi cuerpo se resistía a la tarea. Se sentaba apoyándose en sí mismo, sin ceder ante el reto, sin estar preparado para afrontarlo; mientras se negase a ceder, mi mente tampoco podría, puesto que había adquirido dos consciencias. Una escrutaba los detalles de la escultura, buscando, buscando, mientras que la otra me escrutaba, ávida, a mí mismo. La espalda recta, los hombros rígidos.

Aquella primera noche sentí el dolor del amanecer y la mañana. Estaba escudado de la luz, por lo que no ardí; así habría ocurrido, pues el dragón se cernía sobre mí, mas no así su sombra, desactivada la conexión.

Al día siguiente, mi boca sucumbió al esfuerzo. Se desencajó y la lengua expuesta no tardó en secarse presa del frío imperante en la cueva.

Al día siguiente, el sol me hirió de nuevo. No de forma física, pero el trauma de obligarme a resistir una fatiga insoportable causó estragos en mi cuerpo. Mis compañeros, incapaces de tolerarlo, buscaron el refugio que necesitaban.

Cuando la magra distracción de mi espalda rígida desvió mis pensamientos de las líneas espirales que rodeaban la forma en reposo de un lobo enterrado, supe que la noche había regresado. Para cuando hubo pasado, estaba encorvado.

Al cabo del cuarto día, la fatiga que sentía no era distinta de la que me provocaba la mera disipación del tiempo.

Llegada la octava noche, estaba postrado ante mi guía, lamiendo su sabiduría y la piedra.

Al decimotercer día, me resultó imposible distinguir entre la noche y el día.

Al vigésimo primero, no podía moverme.

Llegado el trigésimo, apenas conseguía recordar el paso del tiempo.

Con el nacimiento de la próxima noche, o del día, o quizá nada más que de mi próximo pensamiento, supe que había perdido la capacidad de razonar. Devorada, como todo lo demás, por la increíble estructura que me rodeaba.

*JUEVES, 7 DE OCTUBRE DE 1999, 1:22 AM
INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK*

Nunca había visto así a Anatole. Nunca se había sumido en el letargo. Nunca había estado cerca, siquiera. Nunca había estado hechizado. Nunca había dormido más de una noche seguida. Nunca había decidido hacerlo.

Sí, ha llegado a meditar durante largos periodos de tiempo. Recuerdo cierta ocasión en la que el demonio Kupala, que se fijó en Anatole cuando mi amigo consiguió el poder de la sangre de Octavio, le acosó durante días y noches sin fin, por lo que Anatole entró en un profundo estado de meditación a fin de alejar su mente y sus pensamientos del demonio. Aquel trance duró cerca de tres meses, lo cual es mucho más que los treinta días aproximados que lleva aquí, pero no se parecía en nada.

En aquel estado meditativo, Anatole se colocó lejos del alcance de todos a excepción de él mismo y sus allegados, de modo que pude seguir comunicándome con él. Pero esta vez...

Esta vez Anatole parece que haya muerto. Ocurrió anoche. La

última chispa de su consciencia se apagó. Sin lucha, sin previo aviso, mi amigo se hundió en la noche.

Esta noche, también yo me siento inexplicablemente cansado. Como si el peso de los sueños y responsabilidades de Anatole me hubiera sido transmitido. Tengo tanto que hacer, como seguirle el rastro al intruso, a esa voz que habla con Anatole sin dirigirse jamás a mí.

No lo conseguí. En cualquier caso, no me siento tanto como si le estuviera fallando a Anatole sino como si me estuviese reuniendo con él.

La oscuridad se cierne y no tarda en devorarme.

*SÁBADO, 9 DE OCTUBRE DE 1999, 10:15 PM
INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK*

El observador sabía que Anatole no estaba muerto de veras. Se había atrevido a acercarse lo suficiente como para asegurarse de que así era. Podía sentir la vida de Anatole de lejos, pero sólo la cercanía le permitía aceptarlo.

Ya son varias las noches que lleva inmóvil, postrado en el suelo en medio de la extravagante y horrenda escultura, a los pies de una extraña protuberancia de formas femeninas sobre la que depositó el sucio manto la noche de su llegada.

El observador no ha enviado informe alguno desde que entrara aquí. Aunque sus apuntes se amontonaban, no ha venido nadie para recogerlos como planeaban mientras estaba dentro de la cueva. A pesar de los peligros, sobre todo dentro de la cueva. Pero el observador no se atrevió a alejarse ni por un momento para investigar las causas. Anatole podría revivir de un momento a otro y se perdería la revelación. O puede que el profeta musitase algo en este sueño semejante a la muerte.

Además, hace tiempo que el observador había desistido de intentar dibujar la intrincada escultura de esta cueva. Más aún, no sentía interés alguno en intentar comunicarse con los Vástagos, medio vivos al parecer, que se han convertido en parte del conjunto del diseño. Sí que dibujó bocetos de estos Vástagos, pero eso no le llevó mucho tiempo.

Se limitó a esperar y, escarmentado aún por aquella noche en la casa de Atlanta, los ojos del observador no perdieron de vista a Anatole a pesar de lo abrumador del letargo y el aburrimiento que lo invadían.

...VIERNES, 15 DE OCTUBRE DE 1999, 11:52 PM
INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK

El universo parece implosionar. Una inmensa oscuridad de la que no me doy cuenta hasta que comienza a moverse se impulsa hacia dentro. Un halo de luz que la rodea se convierte en un anillo, luego en una densa corona y, por último, en una corona. Estoy despierto de nuevo.

Cuánto tiempo ha transcurrido, no lo sé. Quizá nada, ya que se diría que hace tan sólo un instante que auscultaba a mi amigo Anatole en busca de señales de movimiento y de vida. Recuerdo que me desmayé.

Este despertar se asemeja a una continuación instantánea de ese momento, pero luego comprendo el exacto período de tiempo que ha pasado. Se lo digo a Anatole. Parece satisfecho.

–Cuarenta noches y cuarenta días –comentó.

Su voz poseía un timbre vivaz.

De improviso, mi amigo se vuelve para observar a un Vástago en las proximidades.

Los ojos de Anatole podrían haber provocado un cráter en el

pecho del feo ser. Para ser justos, este Vástago se da cuenta de inmediato de que lo han descubierto, aunque él pensase que se encontraba más allá del alcance de los sentidos de nada que caminase sobre la tierra.

–¿Cómo...? –comenzó el Vástago.

Anatole no pierde el tiempo con la turbación de la criatura. Se limita a levantar la cabeza y ordenar:

–Vete.

El pequeño Vástago se resiste. Sé que no le servirá de nada, pero él no. Cree que una simple palabra no podrá ejercer ningún poder sobre él. Se equivoca, porque la palabra procede de Anatole, y mi amigo sigue reteniendo parte de divinidad. El pequeño monstruo, al igual que las ratas que intentaron espiarnos en la Catedral de San Juan, se humilla ante el poder de Anatole.

Con el rostro demudado, grita.

–¡Ahora no! ¡Ahora no, cuando sé que tienes las respuestas!
¡Dímelo, te lo imploro, dímelo antes de que me haya ido!

Anatole, por lo general dado a ignorar tales arrebatos, honra al Vástago con otra mirada.

–No. Debo salvar las vidas de todos nosotros.

El pequeño Vástago desaparece. Su arrastrar despierta ecos en la caverna por un momento y, cuando se desvanecen, también callan los chirriantes murmullos de la voz dentro de la cabeza de Anatole.

Sonríó. El intruso se ha ido.

Anatole me mira. Sus ojos se ven tristes. Llenos del mismo asco hacia sí mismo que exhibían después de atentar contra Benison. Me da un vuelco el corazón.

–¿Debo irme yo también? –sollozo.

Anatole asiente con la cabeza y me fundo, de vuelta a mis orígenes. Como entidad independiente, me desvanezco.

SÁBADO, 16 DE OCTUBRE DE 1999, 12:02 AM
INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK

Partes de mí se convierten en mí de nuevo y me siento pleno y saciado como hacía mucho tiempo que no lo estaba. Hubo unas cuantas partes de mayor tamaño a las que les había encomendado responsabilidades específicas, así como una plétora de fragmentos menores, tanto aquellos ya inservibles y atrofiados como aquellos de cuya existencia ya me había olvidado.

Poco después de mi liberación de la creencia en el Dios judeocristiano, descubría la mentalidad zen, y un sueño que tuve parece corresponderse casi al pie de la letra con una famosa teoría zen. En mi sueño era un pupilo, lleno de preguntas para el maestro que me servía el té. Mientras profería mi retahíla de dudas en rápida sucesión, el maestro continuó llenando la taza hasta que el líquido rebosó.

–Si tienes la cabeza tan llena, ¿cómo vas a aprender nada más?
–dijo.

Ahí fue cuando me despojé de gran parte de lo que era, y de lo que vuelvo a ser. Para poder aprender. Para poder ver con claridad.

Gracias a que pude ver fui capaz de asimilar la ingente tarea que se me planteaba y supe lo que debía hacer. Gracias a que recuperé mis conocimientos, ahora comprendo cómo podría conseguirlo.

Me acerco a Hannah. Me dio buenos consejos. Vivirá en el interior de esta cosa y, con el tiempo, adquirirá un gran renombre por ello, pero sólo es una fracción de ella misma. Toda ella está aquí, pero es mucho lo que comparte el espacio con ella y el artista no pudo utilizarla en su totalidad.

Levanto el manto de sus hombros. La sangre que lo manchaba ha desaparecido. No importa si lo chupé del tejido mientras vaciaba la mente o si fue Hannah la que la bebió para recuperar algo más de sí misma. Lo quito de la escultura. Ha perdido su utilidad, creo, aunque quizás alguien docto en las artes de los objetos de poder sepa sacarle provecho. Una de tales personas vendrá aquí pronto, cuando yo se lo permita.

Me adentro en el laberinto que es la obra. Durante mis

exploraciones espirituales, di con el sitio; ahora debo encontrarlo en este mundo. No resulta difícil. Veo la formación al cabo de un rato y me aproximo.

Se trata de una esbelta aguja de roca fundida ya endurecida y perfectamente suave. A su alrededor hay una especie de foso, un canal circular de piedra negra donde burbujan y derraman sus lágrimas nueve manantiales. El icor de la tierra fluye de sus bocas. Veo una miasma amarillenta. A mis pies, un efluvio verde y púrpura. Una bilis entre gris y rosada.

Mis conocimientos matemáticos son vastos, aunque este problema es sencillo y no me exige demasiado. Hace cientos de años leí obras firmadas por Pitágoras ya perdidas y olvidadas. Los mortales saben tan poco de los círculos que recorren... Sí, quizá nosotros los Vástagos suframos los mismos espejismos, aunque nuestra órbita debiera ser mayor. Pero también más larga.

El encontrar un medio de mantener la perfección dentro de esta obra maestra, como sugirió Hannah, no ha resultado sencillo, dadas las incontables permutaciones de sus elementos a considerar. El completar los requisitos de esa perfección será mucho menos complicado, aunque no menos monumental. Después de todo, la vida de uno es su mayor monumento.

Me miro los brazos. ¿Derecho o izquierdo? ¿Importa?

No.

Elijo el izquierdo. Durante muchos años mortales consideré su apéndice la mano de diablo y, dado que esperaba trabar amistad con uno, su elección parece razonable.

Camino varios pasos lejos de la aguja, hasta el punto donde sé que se inclina el ángulo que necesito. Es una fina capa de cuarzo comprimido. Comprimido y endurecido hasta lo imposible. Afilado por todo un borde hasta un punto que ningún espadachín pudiera haber producido, ni siquiera imaginado, durante mis años mortales.

Me arrodillo junto a él.

Impulso el brazo derecho lejos de mi cuerpo, igual que un ave batiría sus alas. Me lanzo hacia delante y la estructura cristalina se entierra en mi carne, endurecida por la edad. Una, dos, tres veces, hasta conseguirlo. La resistencia de mi piel es tanta que a veces se

opone a mis deseos. A la altura del hombro, el brazo derecho se desprende. La sangre brota y salpica la sublime obra que se yergue en las proximidades, pero no es más que material superficial; no afectará a la obra en sí.

Me estremezco de dolor. Una vez, al menos. O puede que sea la pérdida lo que me haga temblar. Resulta desconcertante el ver una parte de ti desligada del resto. Lo tiro lejos y veo que pasa volando cerca del manto de Hannah. Quizá esos dedos se conviertan algún día en los de un santo, guardados en cajas de madera, venerados y reverenciados.

Me río.

La sangre corre en gruesos ribetes torso abajo, pero sólo por un instante. La sangre es una parte de mí que me responde con la misma fiabilidad que los cinco dedos que me quedan; sella la herida. Pronto habré dejado de necesitar la sangre pero, hasta que haya terminado, debo conservarla.

En un destello de aprensión, me doy cuenta de que aún no estoy listo para escalar esa aguja. Ése será mi final. ¿Qué ocurrirá si fracaso?

Aún no conozco todas las respuestas. Ni siquiera comprendo del todo cómo expresar las que sé de modo que sea menos que un acertijo para cualquier mente vacía de las conexiones, permutaciones y asociaciones que me ha costado una vida almacenar. Pero sé que debo intentarlo. Debo dejar algo si no quiero que mi posible, puede que inminente fracaso, despoje de sentido a mi vida.

Eso es algo que no temo tanto por mí como por aquellos que dejo atrás.

Eso espero, al menos. Espero haberme liberado de mi ego.

No obstante, no puedo emplear mucha sangre. Rodeo los contornos de la escultura y recojo mi brazo desdeñado. La sangre de su interior es fuerte y espesa. Podría pintar durante kilómetros, que es exactamente para lo que la necesito.

Sostengo el trozo de mí entre las rodillas a la altura del codo y hundo los dedos de la mano izquierda en la herida que remata el brazo derecho. Mi sangre ha sellado también esa herida, por lo que no se ha perdido mucha. Escarbo con delicadeza para quitar la costra. El

fluido rojo como el rubí baila en la yema de mis dedos. Sigo controlándolo.

Me acerco al muro, con gestos precisos, para crear un mensaje en una lengua que sepan entender quienes mejor puedan aprovechar los conocimientos.

La sangre hace el resto.

Transcurren varias horas, me siento desfallecer. Espero no estar demasiado débil para completar mi verdadero trabajo. Vuelvo a tirar mi brazo, vacío y marchito, cerca del manto.

Me vuelvo hacia la aguja.

Un capitel para nueve fuentes. No hay correlación. El campo es demasiado pequeño, por lo que podría darse cualquier combinación, lo que equivale a que no se dé ninguna. Voy a crear un diseño de cuadrados. Una cuadrícula. Mi suma de dos cuadrículas a las fuentes que son el cuadrado de tres.

Trepo a la punta de la aguja. Su base se asienta sobre un túmulo rocoso sobre el que mis pies encuentran asidero. Desde esta altura recupero la perspectiva de la obra que vi dentro de mi cabeza mientras dormía. Impresionante.

La aguja en sí es demasiado lisa como para escalarla. Lo sé, así que ni siquiera lo intento, sino que me izo del primer modo que se me ocurre. Puedo tocar la punta, así que apoyo la mano abierta sobre ella y la aguja horada mi carne, empala mi mano. Creo que esta obra es lo bastante fuerte como para soportar muchos castigos, bien sean provocados o consecuencia del paso del tiempo.

Flexiono el brazo y tiró de mí hacia la cima. La aguja ofrece tan poca fricción que mi mano comienza a hundirse cada vez más en el bruñido huso, y por un momento me temo que el agujero de la palma se limite a abrirse más allá de la anchura de la mano y caiga, con la articulación completamente destrozada e inútil. No tengo otra mano con la que volver a intentarlo.

La integridad de mis huesos prevalece y consigo llegar a lo alto. Allí, igual que un acróbata o un gimnasta, me izo sobre la punta en una especie de pino a una mano. En equilibrio entre la vida y la muerte. Entre el pasado y el futuro. Entre la desesperación y la esperanza. Me dejo caer hacia la segunda alternativa de cada opción.

Escucho mi propio grito de agonía retumbando y resonando por las cámaras cuando la aguja me traspasa. La sangre comienza a rezumar de mi cuerpo, pero en esta ocasión no la detengo.

Tiro de mi mano y, no sin esfuerzo, consigo liberarla. Un desgarró separa el pulgar del índice por medio de un enorme boquete.

Esa articulación está libre y extendida, y levanto la cabeza y las dos piernas para que se unan a ella. El patrón de cuadrados es evidente y, a medida que mi sangre baña la aguja para fundirse con la sustancia estanca a los pies de la estatua, siento cómo también mi consciencia fluye y se mezcla.

Había estado cerca en el pasado. Nunca más cerca que cuando la sombra del dragón me protegía del sol, pero nunca tan cerca como ahora. Nunca antes había establecido una conexión tan directa. Ha sido siempre cuestión de ocultarse. De trazar mi camino en secreto a través de puertas desconocidas para ambos. No siempre ha sido al dragón al que me he acercado, pero su implicación en los acontecimientos de este siglo lo han hecho tan... tan accesible...

Una costra rocosa comienza a extenderse por mi cuerpo. Al menos este anfitrión viviente no me ha rechazado. He conseguido añadir perfección a lo inmaculado.

Gracias a Dios (¿por qué no darle las gracias ahora?) que una de sus (¿Sus?) herramientas es tan osada. Tan fuerte de corazón y de alma que un deseo de crear pesó más que cualquier otro propósito durante un puñado de noches. ¿Te rechazó el joven brujo, Dragón? ¿Te sometió a su voluntad durante noches? ¿Podré hacer yo lo mismo? ¿Y a mayor escala? ¿Y, en lugar de crear, conservar?

Mi cuerpo se estremece. Lo observo. Veo una última perla de sangre, el glóbulo final de fluido procedente de mi antiguo cuerpo, deslizándose por el canal erosionado por el torrente ya derramado.

Comienza a nublárseme la vista pero, en lugar de la oscuridad inminente, espero la luz. Creo que estoy preparado. No lo estoy.

Es una epifanía demoledora. El fuego lacera mi cuerpo, pero ahora mi cuerpo es el mundo. Imagina el dolor en lugares donde creías que no podías sentirlo. En zonas tan lejanas que ni siquiera puedes imaginar la distancia.

Es la epifanía de la fragilidad de la vida que siente un padre al

mirar a los ojos de su hijo muerto.

La epifanía de una madre que sostiene por vez primera una vida unida a ella por un cordón carnosos. Es todo cantando a la vez dentro de mi cabeza.

Y la habilidad, el destino, la claridad para comprenderlo.

Y para hablar con ello.

Y quizás...

Quizás para dirigirlo...

EPÍLOGO

MIÉRCOLES, 20 DE OCTUBRE DE 1999, 11:01 PM

INTERIOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK

Deberían haber llegado a esta entrada hacía una hora, estos dos exóticos viajeros ataviados con equipo caro. La más baja de los dos, una ágil jovencita al borde de convertirse en mujer, describió un lento círculo para examinar el terreno circundante. Era de noche, pero su visión nocturna era excelente y, por si no lo fuese, podría haber utilizado el par de prismáticos infrarrojos de alta potencia que colgaban de su cuello sujetos por una gruesa correa.

Tenía la piel morena y poseía un atractivo atlético y juvenil. Parecía que no se sentía del todo cómoda embutida en el equipo, aparentemente nuevo, y las ropas con las que se cubría, visto que no paraba de jugar con los accesorios. Ató y desató el cinturón y las botas hasta que consiguió una sujeción ideal, sin que le apretaran. Abotonó el cuello y se apresuró a desabotonarlo cuando vio que le oprimía la garganta.

Miró la colina y la pradera que se abría ante ellos. Comenzó a caminar en círculos, como si buscara algo en concreto.

—Sí, sin duda éste es el lugar pero, joder, no se parece en nada

a...

Antes había hablado de la tierra abriéndose, de la piedra y el fuego en erupción devorando a sus hermanos. Ahora miraba con el recuerdo de una imagen fantasma, sin poder ver.

–Ha... ha sanado.

Su compañero asintió con la cabeza.

El hombre resultaba tan peculiarmente atractivo como ella resultaba extrañamente hermosa. Se trataba de un hombre muy moreno, vestido a su vez con ropas de aventura de la mejor calidad y equipado con los aparatos más caros y útiles. Sin embargo, sus arreos habían conocido ya algunos viajes, y parecía sentirse muy cómodo con ellos.

La luna se reflejó en su desnuda testuz cuando giró la cabeza para examinar los alrededores.

–Bueno, en caso de que te hayas equivocado, el helicóptero se encuentra a escasos minutos de aquí. Podemos pasar toda la noche buscando, aunque supongo que estaremos de acuerdo en acabar cuanto antes con este asunto para poder marcharnos de aquí.

–No estoy equivocada. Lo vi desde arriba... como era antes. Pero ahora es normal. Parece normal. No estoy equivocada. –Dejó de caminar en círculos y señaló una elevación–. Ésa es la entrada, me parece. El ángulo parece el adecuado, aunque... el prado tendría que estar... destruido.

Hesha no dijo nada. La pradera presentaba casi el mismo aspecto que la última vez que había estado en ella, pero sabía lo que podía hacer el Ojo. Era Ramona la que había visto "algo" desde el aire y los había vuelto a traer a este lugar.

Hesha y Ramona reunieron el equipo e hicieron acopio de valor para adentrarse en la madriguera del demonio que había masacrado a la partida de guerra Gangrel ante los propios ojos de la joven. Ésta se puso a la cabeza, obligando a Hesha a trastabillar para cederle el paso. Dilató las aletas de la nariz y a punto estuvo de decir algo, pero cambió de opinión y procuró tranquilizarse.

No le hacía falta llevar la voz cantante en estos momentos, y sabía que Ramona estaba allí en una misión muy personal. Hesha buscaba pistas, quizá incluso respuestas, pero Ramona tenía una

cuenta de sangre pendiente. No es que fuese a saldarla esa noche, aunque podría aliviar el montante si resultaba ser cierto que su sire seguía con vida en el interior de la cueva que se abría ante ellos.

Treparon por una cuesta empinada y se acercaron a la entrada de la cueva. En aquel momento, Ramona se detuvo. Giró el cuello y sacudió las articulaciones en un intento por tranquilizarse. No miró a Heshá antes de volver a emprender el camino. El Setita, preparado desde el momento en el que su piloto los había dejado allí, no se detuvo ante el umbral. Su búsqueda, ya con siglos de antigüedad a las espaldas, rara vez, si acaso, se dejaba interrumpir por la indecisión.

Sin mediar palabra, la Gangrel y el Setita se adentraron en la caverna. La caliza rezumaba humedad. Las gotas de agua desprendidas del techo producían el único sonido. Ambos Vástagos avanzaban en absoluto silencio, pese a albergar esperanzas de que no hubiese nadie presente para escuchar cualquier posible pisada.

Heshá, a pesar de su deseo por poseer el Ojo, aún no se había recuperado por completo de su último encuentro con la macilenta criatura otrora conocida como Leopold. El Setita no se sentía entusiasmado ante la perspectiva de enfrentarse de nuevo a la monstruosidad que había estado a punto de matarlo en la ciudad de Nueva York y que luego se había dado a la fuga. Que siguiera desaparecido por el momento.

La exuberante fragancia del bosque fue cediendo el paso a un olor estanco de tierra y piedra húmedas.

–Me parece que antes la cueva no era así de profunda.

–La cosa que destruyó a tu partida de guerra jugó con la roca y con la tierra como quien chapotea en un charco. Sin duda, si una cueva más profunda es lo que deseaba, eso es lo que obtuvo.

Ramona asintió con la cabeza para mostrar su aquiescencia y aceleró el paso.

Ninguno estaba preparado para la asombrosa visión a la que tuvieron que enfrentarse tras deslizarse por un túnel que giraba en redondo.

Ramona no pudo contener una exhalación. Llevaba pocos años más sobre la tierra de los que delataba su aspecto, por lo que su reacción resultaba comprensible. No obstante, Heshá era un veterano

curtido por los siglos, además de un coleccionista de artículos curiosos y de poder más allá de cualquier sueño. Incluso él se quedó paralizado, presa del asombro.

Iluminada por un fulgor, sutil pero persistente, se extendía en todas direcciones y ángulos una escultura que ocupaba casi por completo una caverna de tamaño considerable. Ramona se estremeció y apartó la mirada. La obra era atroz, rayana en la locura personificada. Riostras, columnas, muros y un centenar de formaciones variadas se fundían y separaban en un caprichoso *collage* que podía calificarse de genialidad encarnada.

Ramona se encogió. Heshá, no. Sus ojos absorbieron el espectáculo y reconocieron que "genialidad" no era un término que hiciese justicia a aquel trabajo. Aquella era una obra maestra que escapaba a la más compleja de las magias ya olvidadas. Increíble más allá de los sueños del profeta más venerado.

¿Profetas venerados?

Vio que la obra no estaba compuesta sólo de piedra. La carne y los huesos adornaban la escultura, estaban incorporados a ella. Sin sentir piedad ni conmiseración por los así enterrados, el Setita vio articulaciones y cuerpos, quizá una docena o más, pocos intactos por completo, algunos moviéndose aún. Eran Vástagos, Gangrel, y Heshá supuso que el que buscaba Ramona se contaba entre ellos. Sabía que la joven podría mancillar la magnificencia de la obra por medio de la manipulación que estaba dispuesta a realizar, y a punto estuvo de decidir que no podía permitírselo. No obstante, la prudencia y su propio interés pesaron más que nada. Seguía necesitando a la joven y de poco le serviría negarle su objetivo.

El movimiento de Heshá le prestó algo de coraje a Ramona. Se giró muy despacio para enfrentarse a la monstruosidad, pero se limitó a examinar la periferia, concentrándose en detalles aislados. No podía soportar, quizá ni siquiera pudiera asimilar, el conjunto.

—¿Profetas venerados? —susurró Heshá para sí. Una de las figuras incorporadas a la perturbadora escultura era la del profeta Malkavian, Anatole. Heshá estaba seguro de la identidad del hombre, aun cuando al cadáver le faltase un brazo y se viera cubierto de sangre reseca. El Setita conocía cientos de rostros, y aquel pertenecía

a uno de los Vástagos más célebres. ¡Era Anatole, el Profeta de la Gehena!

Poco a poco, los demás sentidos de Heshá pudieron recuperarse del tremendo estímulo visual de la obra. Olió la sangre. Sobre él, a su espalda.

Y procedente del brazo amputado que yacía sobre el suelo de piedra a varios metros de distancia, junto a algún tipo de tela. Sin perder de vista la inmóvil figura del profeta, Heshá comenzó a aproximarse a la articulación.

Mientras tanto, Ramona se acercó a la luminiscencia de la escultura.

–Aquí está –musitó con voz rota, al cabo de un momento–. Dios, está aquí. Sigue con vida.

Heshá se hallaba concentrado en el brazo, por lo que quizá no pudo prestar la suficiente atención a su respuesta, o al menos al tono de la misma.

–Mátalo ya –espetó–. Acaba de una vez y olvídate de ello.

Volvió a fijarse en el brazo. Había sangre seca sobre él. Echó un nuevo vistazo al cadáver de Anatole, empalado en una estilizada aguja en el corazón de la escultura.

Esbozó una sonrisa. No le cupo duda de cómo utilizar aquella sangre, aunque fuese una cantidad tan ínfima.

El Setita volvió a mirar a Ramona, cuya esbelta silueta se había paralizado en una postura marcial. Golpeó la escultura. Las afiladas garras de la joven provocaron una lluvia de chispas que bañó la piedra, pero sólo durante pocos de los muchos ataques. Los demás no tardaron en hender la carne del hombre, un Vástago, en parte incrustado en la piedra y en parte sobresaliendo de la misma.

La Gangrel se apartó de aquel cuerpo descuartizado, de la escultura imperfecta, e inclinó la cabeza.

Heshá volvió a concentrarse en el brazo que sostenía. Olisqueó la sangre y se dio cuenta de que era aquel buqué excepcional lo que flotaba en el aire que le rodeaba.

Heshá oyó cómo las garras de Ramona mutilaban otra porción carnosa de la escultura. Luego otra, y otra, hasta que dejó de escuchar. De hecho, sus oídos dejaron de percibir sonido alguno.

En aquel momento, el imperturbable Setita supo lo que eran la adoración y el miedo. Súbitamente consciente de algo antes incluso de poder registrar el descubrimiento en su mente, se incorporó muy despacio dándole la espalda a la maravillosa escultura. Lo que vio estuvo a punto de dejarlo con la boca abierta.

Una serie de símbolos complejos garabateados con sangre cubría toda la pared y gran parte del techo adyacente. Como erudito versado en infinidad de idiomas, Heshu supo de inmediato que aquello era un mensaje escrito. Como erudito versado en infinidad de idiomas, Heshu sólo pudo estremecerse presa de la frustración al verse impotente para traducirlo, para reconocer la lengua siquiera.

También supo de manera instintiva que aquel ensangrentado mensaje encerraba secretos sin parangón, sin duda procedentes de Anatole.

El cómo pudo concluir que aquellos caracteres guardaban inmensos secretos, no sabría expresarlo. Quizá fuese capaz de traducir porciones del texto de forma subconsciente gracias a su vasto conocimiento de los idiomas. Lo más probable es que aquellas palabras radiaran poder porque eran la verdad. Ostentaban un poder similar al de algunas de las reliquias en posesión de Heshu. Como la copia de *El libro de Nod* que nunca dejaba de crecer. ¿Llegarían a suplantar estas palabras a ese venerado texto?

Por increíble que pudiera parecer, Heshu se imaginó que sería posible.

Se puso manos a la obra de inmediato, tras dejar que la mochila que llevaba a la espalda resbalara por sus hombros hasta el suelo. Extrajo de ella una cámara digital y una impresora portátil. Conectó un transmisor a la impresora y encendió ambos aparatos.

Comenzó a sacar fotos. No dejó margen para el error, superponiendo los bordes de las imágenes. Le preocupaba la iluminación, pero vio un par de las primeras instantáneas tomadas y decidió que bastaría para distinguir los oscuros trazos de sangre sobre las paredes de piedra clara.

La transcripción exigió más de un centenar de fotografías, que Heshu introdujo en la impresora.

—¿Qué haces? —Ramona, cometidos sus crímenes piadosos, se

acercó a él.

Hesha levantó la mirada.

–¿Estás bien?

Ramona asintió con la cabeza.

–Creo que ese texto contiene un mensaje importante. Lo he fotografiado todo, pero también quiero imprimir algunas copias antes de irnos. En ocasiones, este tipo de magia no puede almacenarse durante mucho tiempo por medios tecnológicos. No pienso marcharme hasta haber impreso hasta la última palabra.

Ramona volvió a asentir y se alejó algunos pasos de Hesha. Seguía goteando sangre de sus garras.

El Setita terminó de preparar la impresora y la cargó con papel fotográfico. La activó y el aparato comenzó a producir más de un centenar de imágenes. Mientras tanto, Hesha se dedicó a fotografiar la escultura. Sobre todo, para dejar constancia de la obra, pero las líneas y la habilidad con la que habían sido creadas eran tan asombrosas que casi todas las fotos que sacó podrían calificarse de obras maestras de la composición.

Al cabo de un tiempo, dio por terminado el trabajo e imprimió también esas fotografías.

El Setita hojeó con cuidado las imágenes impresas de los sangrientos caracteres mientras la impresora procesaba la segunda carga de instantáneas. Parecía que todo había quedado registrado, pero se propuso conservar los archivos digitales de las fotografías.

Mientras las imágenes de la escultura se procesaban, Hesha observó a Ramona. Se sentía impresionado por la muchacha. Por la entereza demostrada. Por cómo no necesitaba ni deseaba alardear de lo que había venido a hacer. Había encontrado a su sire. Con vida. Y lo había matado. Lo había librado (y también a los demás) de un tormento interminable. Y, probablemente, había cargado ese sufrimiento sobre sus propios hombros.

Ramona se giró.

–Ya he terminado –acertó a decir Hesha.

Ramona echó un vistazo al astillado marco de carne y hueso, a cierta distancia de ella.

–Yo acabo de empezar –repuso, con voz tensa y atenazada por

la emoción.

Hesha asintió con la cabeza.

Se apresuraron a salir de las cavernas. Cuando el piloto rojo de su radio le indicó que se había restablecido la conexión, Hesha llamó al helicóptero.

Minutos después, mientras el vehículo descendía del firmamento nocturno, Hesha se preguntó si debería regresar y borrar aquellas líneas escritas con sangre. Después de todo, apreciaba más sus posesiones cuando le pertenecían en exclusiva. En este caso, no obstante, desechó la idea. Se encaramó al helicóptero y se abrochó el cinturón de seguridad mientras le venía a la cabeza el propósito del Libro egipcio de los muertos. Se preguntó si este mensaje dictado con sangre cumpliría la misma función para Anatole.

Puede que la labor del profeta no hubiese terminado todavía.

{Final vol.09}